

afortunado Miguel de Castro, del inverosímil Pedro Ordóñez de Ceballos, y del desaliñado aunque más puntual, Alonso de Contreras, aparte, claro es, las historias y novelas consagradas por la crítica y tomadas como elementos de calidad en cualquier matalotaje literario.

Henos ya en rasa campaña, bregando y luchando entre diques y canales sobre pantanos inclementes, en medio de luteranos y rebeldes.

Un camarada de Cervantes en el Tercio de Moncada, Marcos de Isaba (1), y el mismo Miguel en la segunda parte de su *Don Quijote*, nos van á llenar la medida en esto de las lacerías que ya carcomían el Estado militar del católico Rey, y en lo de la vida guerrera y hazañosa de las huestes hasta entonces y aun en mucho tiempo después invencibles.

¡Estábamos plenamente en la gradación establecida más tarde por Schiller en su *guerra de los Treinta años, de temibles, temidos, aborrecidos!*

Como entre todos los soldados del mundo no hubo ninguno más pobre en la misma pobreza, porque estaba atenido á la miseria de su paga, que llegaba tarde ó nunca, ó á lo que garbease con sus manos, iba, á la vez que desnudo, con un colete acuchillado que le servía de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se solía reparar de la inclemencia del cielo, estando en la campaña rasa con solo el aliento de su boca, que como salía de lugar vacío tenía él por averiguado que debía de salir frío contra toda naturaleza, «con un arcabuz mal hecho y una media viga por caja, roto el punto, serpentina y el frasco hecho pedazos, y el que llevaba la pica, tuerta y sin hierros, corta y á veces rota: otras veces desarmados, que quien los viera no juzgaría que iban á ser soldados y á servir á tan gran Señor y tan gran Rey, sino á labrar y cultivar las haciendas de aquellos á quien estos soldados han de defender y guardar».

(1) «Cuerpo enfermo de la Milicia española, con discursos y avisos para que pueda ser curado, útiles y de provecho.» Compuesto por el Capitán Marcos de Isaba, castellano de Capua, acabado por el teniente Miguel Guerrero de Casada á cuyo cargo estuvo el castillo de la ciudad de Capua. El cual desea el servicio de Su Majestad, la quietud y reposo de sus súbditos y vasallos y el acrecentamiento y reputación y buena disciplina de esta valerosa nación. Madrid, 1594.

Tales duras realidades, entraña de todas las desventuras de nuestra dominación y de nuestras armas en el mundo, daban en tierra con cuantas seducciones, fantasmagorías y gentilezas había forjado la imaginación soñadora de la España del siglo xvi. El perpetuo mal de la Hacienda y de la Administración, particularmente de la metropolitana, hacía é hizo estériles las bizarrerías y hazañas del soldado español de la vieja Infantería, por más que él constituya el tipo acabado del temple, del brío y de los vicios de la raza.

A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dinero
no fuera en verdad.

Si el mancebillo volaba acuciado por el hambre á la pelea, allí, en el seno del Tercio viejo, trocaba su villanía por el humillo de clase, realzado y abonado siempre por el heroísmo de las personas, no regateando jamás riesgos, sacrificios, esfuerzos, sangre y vida. Cuantas tretas de indisciplina, de crueldad, de ira, de avasallamiento indómito y salvaje de que más de una vez dieron señales los Tercios, hijas eran de las faltas de sus Reyes y Gobernantes, que nunca, nunca, nunca, ni entonces ni después, acertaron á crear Instituciones, á constituir guerras, á prepararlas y á iniciarlas.

Porque, aun en el punto sonado y clásico de los MOTINES, ¿de qué nacieron sino de la carencia de dineros que llegó al extremo de tener á las feroces *vieilles bandes* de Cousin sin ver un escudo durante dos y tres años, abandonadas en la remota Frisia ó en la cruel Zelanda, devoradas por el hambre, escarnecidas por un populacho cobarde, que no las había podido jamás domeñar ni aun vencer?

¿Qué tenían que hacer hombres de sangre generosa y cálida, que llevaban balas en la bolsa y pólvora en el frasco, y sabían á falta de capitanes naturales, serlo cada uno de los demás?

La filosofía suicida y negra de toda nuestra máquina militar y dominadora la traza por modo suave, genial, maravilloso, quien la padeció largos años de soldado, en su

Discurso de las Letras y las Armas, siempre nuevo y admirable. ¡Qué mucho que sobrevinieran tantos quebrantos y desastres sobre el sufrido pueblo español, que daba su alma en el honor con que mantuvo sus quiméricos sueños de grandeza y su existencia en el tesón sangriento con que disputó al Universo, la triste posesión del suelo conquistado, descubierto ó adquirido!

Y todavía, como cuidó de advertir aquel gran soldado cuanto político y hombre de letras D. Bernardino de Mendoza, la costumbre de nuestros Tercios «era diferente de las de los de otras naciones que pedían las pagas antes de ir á pelear y al tiempo de venir á las manos con los enemigos, porque los nuestros sólo reclamaban lo que se les debía DESPUÉS DE HABER COMBATIDO».

Aunque desabrido y bilioso, Isaba, cual Núñez de Alba en su libro señala, exagerando, las llagas «que comenzaban á devorar la energía inmensa de la noble Infantería de Su Magestad».

«Un soldado que haya vivido por acá mal y dado ruin cuenta de sí, huyó de alguna batalla, se hizo enfermo por no ir á la guerra, ha recibido alguna afrenta, jugó las armas, fué principio de algún motín, gran blasfemador, sospechoso cristiano, y que de puro temor ó desechado se vaya en España y cuando no se piensa se venga por capitán con una compañía en Italia, Flandes ó Armada, que sea causa por acá de grande espanto ó maravilla; y quien sea parte para esta elección y hace tal persona capitán, sea un Secretario ú otro alguno del Consejo, por parentesco ó amistad de personas...»

Que, en mejor romance, es lo que al gran Hidalgo Manchego dice el mancebito: «Si yo hubiera servido á algún grande de España ó algún principal personaje, á buen seguro que yo llevara ventajas que no tiene el servir á los buenos; que del tinelo *suelen salir á ser alféreces ó capitanes.*» De suerte que aquella dura y virtuosa escuela de Alemania y Flandes, que exigía por lo menos diez años de servicio en guerra viva para la capitania, llevando el arcabuz ó la pica y más tarde la banda y la alabarda, antes de acariciar la jineta, había venido á ser palenque de la intriga y feudo de la enfadosa, mala, roedora y funesta recomenda-

ción que en el día constituye el feroz cáncer, que padecemos por nuestros pecados.

¡Por algo las Ordenanzas de 1603 y posteriores, acuden con remedios empíricos y ruines, para atajar un mal que prende en casi todos los organismos del Estado español, hoy para perdición y pesimismo, con más fuerza que nunca, es á saber: el de reducir, mediante flaquezas y trampantojos, núcleos de servidores de honra y gala, á meros asilos de egoistas ó de frailunos menesterosos!

El espíritu genuinamente noble, á fuer de militar, de Miguel de Cervantes, que había saboreado la vida generosa y grande de la inmortal soldadesca heredera de la de San Quintín, en Lepanto y en las Terceras, con Generales del calibre de Don Alvaro y de Don Juan, se revolvía contra la visible decadencia del gallardo ejercicio. Y apaciblemente, con la tranquilidad cautivadora de los corazones viriles, abre por su boca el libro de la sana doctrina guerrera, diciendo al pajecillo: «No hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho, que servir á Dios primeramente y luego á su Rey y Señor natural, especialmente en el ejercicio de las Armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo menos más honra que por las Letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las Letras que las Armas, todavía llevan un no sé qué los de las Armas á los de las Letras, con un si sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es, que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso Emperador romano, cual era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, ó ya de un tiro de Artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? Todo es morir, y acabóse la

obra, y según Terencio, más bien perece el soldado en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden; y advertid, hijo, que al soldado, mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coje en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscabár la pobreza; cuanto más, que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir...»

No hay, no, en la historia del gran siglo militar de España, hijo más predilecto de las armas y de las letras.

Jamás, en su copiosa producción literaria, Miguel de Cervantes deja de reflejar su alma de soldado, ora en acentos de hermosa y levantada admiración hacia la estrechez, riguridad, virtud y gloria de la Milicia, ya en frases de cariño ó alusiones benévolas y respetuosas para camaradas ó superiores. ¡Qué hermosísimas las referencias de D. Alvaro de Bazán y del Sr. D. Juan de Austria!

Pero ya en la vida de camarada, de la guerra viva, de la campaña rasa, ni Garcilaso, ni el capitán Aldana, ni Gutiérrez de Cetina, ni Cristóbal de Virués, ni

... el magno Andrés Rey de Articida,
no por la edad descaecido ó laso,
.....

ni aun el propio D. Alonso de Ercilla, tuvieron para los peones homéricos, sus compañeros, las frases y el amor que el pobre mancebo arcabucero de D. Diego de Urbina.

¡Qué modos tan delicados emplea para dorar las supercherías de laya degenerada del *alférez* Campuzano! ¡Y qué donairosamente pinta los quebrantos de la carga de bubas, granjeada en Valladolid por tan socarrón buscavidas! *Soldado* violador, pero caballeresco y reparador al cabo, el toledano que engendra al gentil Luisico; *soldado* violento y largo de manos, pero sin puntas de recalitrante bravu-

cón, el que abofetea al gitanico Andrés Caballero; *soldado* al principio y al fin de su actividad madura, el simpático Tomás Rodaja; aspirantes á *soldados* los dos más hidalgos, estudiantes de la Universidad de Bolonia; *soldados* de mohatra trastejados, otros dos mozos caballeros, los mejor nacidos de cuantos recibieron el bautismo en las cofradías de pícaros redomados, de las Ventillas toledanas, del Potro Cordobés y de las Barbacanas de Sevilla.

Los únicos á quienes temen los mozos de mulas que tienen mucho «de rufianes, su punto de cacos y un si es no es de truhanes,» son *soldados*; los mejor librados del despojo de los bandoleros de Roque Guinart, son los dos *capitanes* de Infantería que van con orden de pasar á Sicilia, á quienes por cortesía pide prestados sesenta escudos, y eso por tener que contentar á los gascones y catalanes de la cuadrilla; pese á la gentualla maleante que vejeta y rueda por Europa, ya en los Tercios ó bien sueltos, bajo el coselete ó el herre-ruelo, jamás tiene para ellos apercibida su pluma, bien tajada y puntual cuando se trata de mesoneros, pajes, due-ñas, escuderos, esportilleros, mandilejos, cicateruelos, jaya-nes, tullidos falsos y cuantos encierra la caterva de pícaros de andrajo ó de tizona... Y para colmo de su devoción y respeto á la vida militar de su tiempo, está el perdón al buen *capitán* D. Jerónimo de Urrea, por su mísera traduc-ción métrica del *Orlando* de Ariosto, perdón que hoy le otorgarían también muchos espíritus serenos, como premio al que por atajar la matonería y guapeza de los que asalta-ron desde primera hora las filas de la Infantería española, «derreputándola» y envileciendo la fiereza y el puntillo de casta, dió á la estampa, con el crédito que otorga una vida de *soldado* valentísimo y digno, su *Diálogo de la verdadera honra militar* (1).

Pedía Londoño, como tantos otros maestros de la inven-cible Milicia, que como en la guerra se deben excusar hom-bres casados, conviene que no los haya, pero *debe permi-*

(1) Venecia, 1596.—Primera edición.

tirse que, por evitar mayores inconvenientes, haya por cada cien, ocho mujeres y que éstas sean comunes á todos...

Los señores soldados á quienes se dirigían en trances amargos ó difíciles los Vasto, los Borbón, los Alba y los Austria eran ricos y bienaventurados por la clase de vida viril y levantada de puntos que hacían. ¡Cómo no habían de ser sublimes iluminados del heroísmo y de la gentileza aquellos hombres que además de resultar la encarnación del honor individual, del brío y del patriotismo grande y ubérrimo, sentían halagados sus sentidos con el premio de la victoria y con el calor, la fragancia y las dulzuras de las cuatrocientas cortesanas á caballo, bellas y bravas, cual princesas de estirpe regia, más las ochocientas á pie, que según Branthôme marchaban en la Infantería española que el duque de Alba llevó á Flandes!

Todo iba en dichas huestes enderezado al mejor servicio de Dios y del Rey, imagen para ellas de la madre Patria. Por eso rayaban sus hechos en el límite de lo inconcebible: su misma fe, á diferencia de las gazmoñerías sacristanescas, mística-eróticas y frailunas de aquende, tenía un sabor varonil y marcial que brotaba en las horas de angustia ó de espasmo bélico, cual en las rabiosas del dique de Kowenstein al ver en las imaginaciones la figura del esforzado Pedro de Paz, caído antes en las bregas de Termonde. El alma religiosa y esclava del honor relampagueaba en aquel palenque donde, como nunca en la Historia, el coraje humano mostró su más pujante grandeza: *No cuida del honor ni estima la causa de Dios y del Rey quien no me siga*, gritaba Alejandro Farnesio á sus veteranos españoles, que con él á la cabeza, realizaron el empeño *que por sí constituye galardón de una raza* (1). Y aquellos hombres, jibaros en el valor, le siguieron y vencieron á las naves, á la Artillería, á la secta, á la masa y á las olas.

Los ingenios que mejor sintieron el amor á la bandera y á la raza, Puffendorf, refiriéndose á la batalla de Mühl-

(1) Barado, *Sitio de Amberes, dominación y guerra en los Países bajos*, este último trabajo, el más notable y completo de aquel período, en preparación.

berg; Cervantes, á la naval; Schiller á la jornada de Nördlingen, y Bossuet, á la rota de Rocroy, hicieron el elogio de ese peón admirable, de quien el subordinado de Urbina fué su representante más preclaro.

«Y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caído donde no podrá levantarse hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede SIN DAR TIEMPO AL TIEMPO DE SUS MUERTES»; grandiosas frases que sintetizan el esfuerzo titánico de un pueblo acreedor á más alta posesión del bien y de la gloria, que la alcanzada por el nuestro allende y aquende, y que realzan con mayor lúcido empuje las gallardías del Tercio Viejo, que las de Bossuet al ensalzar las bandas de Garcies, de Villalba y de Pérez de Peralta (1), en Rocroy, luego de ser cañoneados por Condé cual fortalezas humanas «que tenían la virtud de reparar sus brechas».

¡Grande, excelso peón castellano, eternizado por Don Quijote, tu glorificación cabal y bizarra; sin par Tercio de la vieja Infantería, combatido por la política de tus soberanos y gobernantes con mayor saña que por tus rivales, cual en tiempos más cercanos lo fueron también tus herederos insignes que bajo el mísero rayadillo mordieron rojos de ira, entre ciénagas, odios y maniguas, los despojos de un poderío colonial estúpidamente malgastado y perdido por la flaqueza y el egoísmo de la dirección social metropolitana... ¡No has muerto!

Se mantuvo el tesón mismo de la centuria XVIª y relampagueó tu histórico coraje en el Caney y en San Juan, porque tu alma, el alma buena del soldado Miguel de Cervantes Saavedra, vivía dentro de tu ser, devorada ahora como entonces, por el ruín desencuadernamiento del cerebro directivo.

Vives tú y vivirás eternamente para gala del nombre español, si logras nutrir tu médula con el sentido común y con el patriotismo, con la doctrina, la nobleza y la virtud, que campean en todos los discreteos del clarividente *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

(1) *Tercios de Galicia, de Soria y de Zamora*, regimientos hoy de tales nombres.

Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán.

Por Azorín.



Este es el trabajo que ha escrito Azorín para que sea leído aquí, en el Ateneo, con motivo del Centenario del Quijote. No tiene importancia; carece de transcendencia; el autor no puede meterse en disquisiciones hondas, porque sabe muy pocas cosas.

AZORÍN.

Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán.

Amigas mías, buenos amigos: Oid estas pocas palabras de un pobre hombre. Cuando D. Quijote llegó á la casa del caballero del Verde Gabán, estaba muy contento; acababa de realizar una de las mayores aventuras de su vida: la de los leones. En la puerta esperaban á D. Diego—tal vez un poco ansiosos por la tardanza—D.^a Cristina y Lorenzo. D.^a Cristina es la esposa de D. Diego; Lorenzo es su hijo. D.^a Cristina se encuentra en esa edad en que las mujeres hacen soñar á los muchachos que están en los Colegios; tal vez tiene una barbilla que se repliega suavemente sobre el angosto cuello del corpiño; acaso en sus ojos hay esa vaga melancolía, esa dulzura, esa añoranza que tenéis vosotras, buenas amigas, cuando estáis á punto de despediros de la edad loca. Lorenzo, su hijo, es un mozuelo absurdo y fantástico: Cervantes dice que su padre no ha podido hacer por nada del mundo, que estudie leyes; esto le granjea nuestras más calurosas simpatías. Cervantes añade también que tampoco su padre ha podido lograr que trabaje en la teología; esto lleva hacia él, con más fervor, nuestros afectos.

D.^a Cristina y Lorenzo están en la puerta de la casa; un

criado, hace un momento, ha avisado que por el cabo de la calleja venía D. Diego acompañado de otro señor extraño; al oír la nueva, D.^a Cristina y Lorenzo han bajado corriendo. Y ya está D. Quijote ante ellos: los dos se hallan llenos de una profunda estupefacción; acaso una turba de muchachos que les ha ido siguiendo por las calles del pueblo, rodea el grupo; es posible que estas buenas viejas, que no hacen jamás nada, se hayan asomado á las pequeñas ventanas que, para este efecto, hay debajo de los anchos aleros, y que algunos señores vecinos hayan aparecido en los umbrales de sus casas con sus redondos sombreros y la mano siniestra colocada en los pomos de las espadas. «¿Quién es — pensarán ellos — este hombre extraño que trae D. Diego y que lleva una media armadura, una rodela y un lanzón largo?» Entre tanto, D. Diego se apea sonriendo de su caballo y dice, dirigiéndose á D.^a Cristina y señalando á Don Alonso:

—Recibid, señora, con vuestro sólito agrado, al Sr. Don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, andante caballero y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.

D. Alonso, al acabar de pronunciar estas palabras Don Diego, se inclina con una profunda cortesía; D.^a Cristina dobla la cabeza y sonrío con una de esas ligeras sonrisas que vosotras, buenas amigas, tenéis y que nos confunden un poco, puesto que no sabemos si son de ingenuidad ó de ironía. Y sea, en fin, de cuenta lo que fuere, ello es que después de hecha también la presentación á Lorenzo, todos penetran en la casa. Cervantes ha tenido buen cuidado de decirnos, que esta casa es anchurosa, cómoda; hay en ella un desahogado patio, una bodega, con su jaraiz, y una cueva; arrimadas á las paredes, en bella y simétrica ordenanza, aparecen unas rotundas tinajas, producto de los famosos alfares del Toboso. D. Quijote, durante un momento, ante estas vasijas, por natural asociación de ideas, recuerda á Dulcinea; Sancho, más práctico, menos idealista —no le tengáis rencor por esto— es posible que sólo piense en el grato licor manchego. Luego, todos franquean la puerta de la sala: la sala es la pieza principal de la casa.

Se ven en ella un armario con libros amenos é instructivos, unos cuadros—en que los vivos colores aún no han sido velados por la pátina que hoy los obscurece—unas cornucopias, un contador de ébano ó de caoba, unos anchos sillones con asiento y respaldar entapizados. D. Quijote ha puesto sobre uno de estos sillones su celada con majestuosa prosopeya. Todos le miran en silencio, atónitos, estupefactos; en la puerta, una de estas criadas que Cervantes conocía tan bien (como la Argüello ó la Gallega de *La Ilustre Fregona*) abre los ojos asombrada; Lorenzo y D. Diego hablan con voz quedita en un rincón, en tanto que observan de rato en rato, á hurtadillas, á D. Quijote.

—Pero, ¿quién es este hombre tan extraño?—pregunta Lorenzo á su padre.

—No sé—contesta D. Diego.—No sé; á veces parece un loco y otras creo que es la persona más inteligente y discreta que he tratado jamás. En definitiva, no puedo decir si es un loco ó un sabio.

Y aquí, en esta perplejidad de D. Diego, está todo el encanto, toda la atracción, todo el profundo misterio de esta maravillosa aventura. Don Diego es un hombre sencillo, honesto, discreto; en la casa se respira un ambiente de sosiego, de paz; los muebles están colocados simétricamente; todas las cosas diarias se hacen á las mismas horas; las comidas están siempre á punto cuando llega el medio día y cuando llega la noche; á idénticos instantes se abren por la mañana las puertas y ventanas y se toca á retirada por la noche; se guardan y conmemoran todas las fiestas y sucesos de la familia; los manteles no están nunca manchados ni se verá jamás un desgarrón en los atavíos de las camas; la ropa blanca está guardada toda con cuidado en unos grandes arcaces de pino en que se ponen unos membrillos y unas olorosas raíces de enebro; en la alacena se apilan provisiones y golosinas de toda especie; las zafras* están llenas de aceite; la vidriada tinaja del pan aparece atiborrada de redondas y doradas hogazas. Y un silencio profundo, un silencio ideal, un silencio que os sosiega los nervios y os invita al trabajo, un silencio que Cervantes califica de «maravilloso» y que dice que es lo que más ha sor-

prendido á Don Quijote, reina en toda la casa. Y este es un contraste que presta el hondo, el transcendental interés á esta página. En esta casa, este mismo espíritu de orden, este mismo apego al método en todas las cosas diarias, este mismo bienestar sólido, silenciosamente gustado, hacen nacer en sus moradores un íntimo, un suave egoísmo. No quiero que interpretéis malamente ahora esta palabra. Doña Cristina, D. Diego, Lorenzo son excelentes ciudadanos; cumplen bien sus deberes; se portan lealmente con los amigos; son afables, son discretos. Pero tal vez algo que salga del ambiente pacífico y cordial de esta casa, les sorprende; acaso ellos no puedan tolerar una audacia, un contrasentido, una impetuosidad, una acción loca y generosa, que de pronto eche abajo todo nuestro método cotidiano, todas nuestras pequeñas voluptuosidades, todas nuestras previsiones, toda nuestra lógica prosaica. Y bien: ¿comprendéis cómo en esta casa del caballero del Verde Gabán ha de causar una emoción tremenda la llegada de este extraño personaje de la *Triste Figura*? Don Quijote no tiene plan ni método; es un paradjista; no le importan nada las conveniencias sociales; no teme el ridículo; no tiene lógica en sus ideas ni en sus obras; camina al azar; desprecia el dinero; no es previsor; no para mientes en las cosas insignificantes del mundo. ¿Qué hombre estupendo es éste? ¿Qué concepto es el suyo de la vida y qué es lo que se propone andando en esta forma por los caminos?

D. Diego no lo sabe; él no acierta á decidir lo que es á punto fijo este caballero que ha traído consigo. ¿Es un loco? ¿Es un sabio? El conflicto acaba de plantearse en esta casa: ya las dos modalidades del espíritu—la que representa Don Quijote y la que simboliza D. Diego—se hallan en pugna. ¿Cuáles serán las consecuencias? La batalla va á decidirse en el alma del mozo Lorenzo. Lorenzo está indeciso; ama la poesía, el ideal, las lejanías vagas y románticas, lo desconocido, lo quimérico; D. Diego, su padre, no ha podido hacer que se aplique á más provechosas y sólidas especulaciones; pero hasta ahora sus ímpetus, sus gustos, sus tendencias, se hallaban reprimidas, retenidas por el ambiente sosegado y regular de esta vivienda; acaso con el tiempo,

desengañado de sus quimeras y sus ensueños, hubiera llegado á ser un excelente agricultor ó un laborioso mercader. Y de pronto aparece en la casa este absurdo D. Alonso Quijano. Lorenzo y Don Quijote tienen una animada charla; Lorenzo lee sus poesías al caballero errante.

—¡Viven los cielos—grita entusiasmado Don Quijote—viven los cielos, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe!

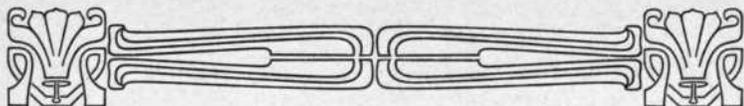
Ya la batalla está perdida, ó si os place, ganada. Lorenzo no será ni agricultor ni comerciante. Y yo os pregunto, amigas mías, buenos amigos: ¿Qué creéis que importa más para el aumento y grandeza de las naciones: estos espíritus solitarios, errabundos, fantásticos y perseguidores del ideal, ó estos otros prosaicos, metódicos, respetuosos con las tradiciones, amantes de las leyes, activos, laboriosos y honrados, mercaderes, industriales, artesanos y labradores?

Yo siento una cordial simpatía por los primeros; pero al mismo tiempo—y esta es la humana y perdurable antinomia que ha pintado Cervantes—yo quisiera tener una pequeña renta, una tiendecilla ó unos majuelos.

DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN

Por **Francisco Jiménez Campaña,**

DE LAS ESCUELAS PÍAS.



DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN

SEÑORES:

Vengo á esta fiesta literaria y entro en este palenque, donde hoy se rompen lanzas y se suenan adargas en honor del Príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra, requerido por vuestra buena voluntad, que no vió en mí, sin duda alguna, la carencia de todas las dotes y destrezas del buen mantenedor. Y puesto que la amistad os puso vendas en los ojos, no seré yo quien me entre ahora por vuestros oídos á los dominios de la inteligencia con el relato penoso de las miserias de mi imaginación, de las nubes de mi entendimiento, obscuro de suyo y de los pocos bríos del sentimiento.

Cumpliré como Dios me dé á entender con las leyes de la amistad, tan dignas de respeto como las leyes del honor, esperando que el cielo, que no se enoja de las buenas intenciones, venga en mi ayuda con su poder.

Y lo primero que voy á asegurar es que no soy extraño á vuestra alegría, ni vengo sólo con estos hábitos á tomar parte en el regocijo de los demás. Que como se trata de prestar homenaje voluntario al Príncipe de los ingenios en el tercer centenario de la aparición de su *Don Quijote* en la república de las letras, vienen conmigo, ó mejor dicho vengo yo con ellos y como el último mesnadero de sus huestes, y entro en esta plaza con Gonzalo de Berceo, aquel piadoso sacerdote de San Millán de la Cogulla, primer poeta español de nombre conocido, de abundante vena, creador de la leyenda histórico-religiosa en nuestra Patria, que trae por

pajes de brida aquel levantisco monje de Arlanza, que escribió el poema del Conde Fernán González, y el otro beneficiado de Ubeda, que continuó el poema de Alexandre; aquí entra aquel regocijado y travieso Arcipreste de Hita, que pulsó todas las cuerdas de la lira, desde la canción religiosa hasta la sátira, y trae arreos de príncipe, pues que lo fué de los poetas castellanos de la Edad Media; aquí viene Fray Martín de Córdoba, que escribió el *Vergel de las nobles doncellas*, y Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, con su *Reprobación del amor mundano*; aquí el insigne Obispo de Burgos, Don Alonso de Cartagena, con su *Memorial de virtudes*, y aquí Don Juan de Padilla, imitador del Dante en los *Doce triunfos de los doce Apóstoles*; aquí Fray Iñigo de Mendoza, discípulo del caballero orador y poeta Don Gómez Manrique y Fray Ambrosio Montesino, vate religioso de la Corte de la Reina Católica; aquí los místicos españoles, ricos de letras y de amor de Dios, pródigos de las luces de su ingenio, que iluminaron y alegraron el cielo de España, cuando el astro rey, embelesado con su hermosura y bizarría, no osaba apartar sus ojos de los dominios de nuestras armas, y por cuya habla rica y sonora y llena de inextinguible vida seguiremos siendo hasta la extinción del tiempo, á despecho de envidiosos detractores y tiranos y piratas, los regios dominadores del Nuevo Mundo; aquí Juan de Castellanos, que en el último tercio de la vida cantó, enamorado con senil amor, *Las elegias de varones ilustres de las Indias*; aquí Solís, cuya *Historia de la conquista de Nueva España* tiene todos los arranques épicos y las artísticas disposiciones de una epopeya; aquí Herrera, ya afinado y melancólico, ya resonando la épica trompa por la victoria de Lepanto; aquí Mariana, haciendo á las veces sombra á Tácito y Tito Livio y Jenofonte, y seguido, como noble infanzón, de sus escuderos los Padres José de Sigüenza, Martín de Roa, Antonio de Fuenmayor y Prudencio de Sandoval; aquí Góngora, allegando, al dormir de su ingenio, nuevas voces al tesoro de nuestra lengua, y recreando el ánimo de la Patria con el son argentino de sus artísticos romances; aquí Espinel con su *Escudero Marcos de Obregón*, por cuya venas corre la sangre aventurera y

picaresca de Gil Blas de Santillana. Aquí dignos de vuestro respeto y agasajo los grandes dramaturgos españoles, los que llevaron en triunfo el nombre de España como una bandera nunca vencida ni superada, y son aún ricos veneros adonde vienen á enriquecerse ingenios envidiosos de nuestra fortuna; ellos son y vienen como nobles capitanes, haciendo mesura á Cervantes, Lope de Vega, fénix de nuestros Siglos de Oro y de todos los siglos; Calderón, el de la *Vida es sueño*; Tirso de Molina, el de la *Prudencia en la mujer*, y Moreto, el de *El valiente Justiciero*, que subieron con alas de águila á las alturas del genio griego, cuando éste rugía y lloraba con Eurípides de Salamina y reía y satirizaba con Aristófanos de Atenas. Tras esta sublime manifestación del ingenio de nuestra Patria, nunca tan espléndida como en aquella áurea edad, yo escucho sonar de épicas arpas mezclado con notas alegres de risas, como en día de verdadera expansión del alma: son Fray Alonso de Acebedo cantando la *Creación del mundo*; Fray Diego de Hojeda, *La Cristiada*; el Obispo Valbuena, el *Bernardo*; Villaviciosa, la *Mosquea*, emulando á Homero, y el Sacerdote Rodrigo Caro, cantando con acento doliente, que llega á la médula del alma, con la visión no sé si de cosas presentes ó futuras:

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.

Luego se acerca, levantándose entre una muchedumbre de mediocres ingeniecillos, corruptores del habla castellana, el Padre Lorenzo Hervás con su hermoso *Catálogo de las lenguas*, y el Padre Alvarado, lleno de sales y hondo filosofar, conteniendo con sus *Cartas críticas* la corriente enciclopédicoasoladora de todo bien, y el Padre Esteban Arteaga, primer estético español, y los dos Benedictinos, honra de la añeja tierra cristiana del Miño y el Caabe, el gran crítico Feijóo y el excelente polígrafo Martín Sarmiento; y el Padre Flórez con su *España Sagrada*, historiando ya á la manera moderna; y pintando en nuestro rostro la mueca retonzona de la burla el Padre Isla con su *Fray Jerundio de Campazas*, y Fray Diego González con su *Murciélagos alevos-*

so, en armonioso contraste con Lista, que viene cantando á la *Muerte de Jesús*, porque todos la olvidan; y D. Juan Nicasio Gallego, airado aún con la traidora invasión napoleónica; y el Padre Basilio Bogiero, en fin, Escolapio, maestro de Palafox, orador y poeta, que fué el Tirteo que, con sus nerviosos cantos á la independencia patria, mantuvo entera el alma de Zaragoza y dió por ella la vida sobre el puente del Ebro, muerto á traición por los flamantes vencedores de Austerlitz y Marengo.

Yo no quiero contar por innumerable y porque aún no están juzgados por la historia crítica, la hueste de sacerdotes escritores del siglo que pasó: entre ellos se descubren por su gigantesca figura, Balmes, el del *Criterio*, y Mosen Verdagner, con su *Atlántida* y sus *Místicos Idilios*, nacidos de un corazón hermosamente cristiano.

Todos estos sacerdotes, prueban la parte activa y el hondo regocijo que la Iglesia española toma en estas fiestas celebradas en honra del Príncipe de los ingenios, Miguel Cervantes Saavedra. Y el tema que me ha cabido en suerte para su desarrollo, *El Quijote y la Religión*, lo ha de probar más.

I

«Religión—dice el *Diccionario de la Lengua Castellana de la Real Academia Española*—es virtud moral con que adoramos y reverenciamos á Dios, como á primer principio de todas las cosas, dándole el debido culto con sumisión interior y exterior nuestro, confesando su infinita excelencia.» Y religión católica, que es la que profesamos nosotros y profesó Cervantes y la que asoma la cara al través de la mayor parte de los hechos de Don Quijote, será la virtud moral y la fe, que se nos da en el bautismo, con las cuales adoramos y reverenciamos á Cristo, como á nuestro Redentor, y seguimos su doctrina.

Y esta Religión y no otra de paganos ni de turcos, es la que profesa el Ingenioso hidalgo manchego, la que le sale á Sancho por todos los poros del cuerpo y la que practican de buena voluntad gran parte de los personajes secun-

darios de esta novela, sola y única en la historia de las Letras.

Cada uno da de lo que tiene, y aquel soldado de la Cruz, que peleó en Lepanto contra la Media luna y derramó su sangre generosa en defensa de la fe de Cristo, aquel, que con su palabra arrebatadora convencía á los cautivos renegados de lo horrendo de su apostasía y los hacía tornar arrepentidos á los brazos de la Iglesia, nuestra Madre; aquel, que llegó al heroísmo de la caridad cristiana, queriendo sufrir él solo los castigos de una culpa noble, que era común á sus compañeros de cautiverio, cuando intentó la fuga y quiso alzarse con Argel y tornó las cadenas en armas y la paciencia que sufría en las mazmorras en arranques homéricos del Cid, cuando desterrado de Castilla, ensanchaba las fronteras de la patria á tajos de su tizona; aquel, que nunca tomó venganza de sus enemigos envidiosos y calumniadores, no podía dar otra cosa de sí que la fe de Cristo en que nació, ni al dar alma á los hijos de su pensamiento les pudo comunicar otra alma que chispas y ráfagas de aquella heroica fe, por la cual el relato de su propia vida es la más hermosa é interesante de sus novelas ejemplarísimas.

El Quijote fué lo que le quedó por hacer en bien de sus prójimos, lo que no llevó á cabo atajado por sus desdichas, lo más generoso de su corazón, desprendido y liberal, lo más subido en quilates de su opulenta imaginación y lo mejor concertado de su pensamiento: aquella estatua que modeló en la obscuridad del calabozo á golpes de desventuras, y rasguéó con el cincel de la risa y perfeccionó con los últimos toques del humorismo, que es amalga de burlas y de llanto; aquella estatua insigne, á la que después dió por alma su propia alma, soñadora y audaz, con todas las audacias reprimidas en la noche de su prisión y rebosantes de luz y de alegría, como engendradas en aquel corazón sano, con la salud de la nobleza cristiana y que nunca enfermó de envidia, que es ira triste y melancólica y mal-humorada, del bien de los demás.

La suma virtud de su héroe fué la fortaleza, la cual, como dice el filósofo Estagirita, tiene dos partes, que son

el acometer y el sufrir, cuyas dos virtudes no fueron vistas en toda su pujanza por humanos ojos, hasta que Cristo Nuestro Señor, *acometió* la hazaña de hacerse criatura, siendo Criador, y *sufrió* la muerte, siendo inmortal. Este es el espejo claro ante el cual se encuentran deformes los héroes del paganismo, los cuales, si tienen la audacia de acometer grandes empresas, se hayan desposeídos de la heroica virtud del sufrimiento, por cuya ausencia se vieron malogradas y no tuvieron digno remate sus hazañas más valerosas.

¿Y quién, diré yo ahora, haciendo la debida separación entre lo divino y lo humano y no queriendo barajar el cielo con la tierra, fué más acometedor de empresas arriesgadas y erizadas, como los Alpes, de dificultades, que Don Quijote de la Mancha? ¿Quién tuvo más paciencia en la adversidad, ni contó como sufridas más derrotas, que el caballero de la *Triste Figura*? Yo no os haré el recuento de sus hazañas, de todos bien sabidas, porque no hubo sombra de miedo ó de injusticia, que no recibiera el bote de su lanza, ni hubo caballero, ni castillo, ni león, ni ejércitos encontrados y trabados en batalla, ni carro de las Cortes de la Muerte, ni hueste de gigantes en los campos de Montiel, que no fueran acometidos con valentía por el esfuerzo de su brazo. ¿Qué culpa tuvo Don Quijote de que los castillos fueran ventas llenas de traginantes y hembras *del partido*, y no de guerreros y doncellas de honesto recato, ni de que los gigantes fueran molinos de viento y los ejércitos puestos en batalla, cuyos príncipes y capitanes él conoció y nombró con lengua de Homero, fueran humildes y tranquilas manadas de ovejas? Él acometió aquellas aventuras con el denuedo del que pelea con lo cierto y con lo real y no se le amilana el valor por verse uno contra mil, ni se le cae la lanza de las manos, cuando la enristra contra desaforados gigantes. *Es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra*, y allá se va el cristiano aventurero con tanta valentía como Cortés, á derribar los mejicanos ídolos.

Chocó el valor, por falta de juicio, con la materia y la fuerza de su brazo flaco, con el ímpetu del viento y la no-

bleza de su ánimo, con la malicia humana, y de aquí nació la risa y los refranes de Sancho, porque de aquí nacieron sus descalabros.

Ponderar con qué paciencia los sufrió, es obra larga y minuciosa. Jamás en viéndose vencido y maltrecho dió voces impías contra Dios, ni se descompuso su semblante con muecas de ira ni ademanes de desesperación. Con ánimo entero sufrió las heridas y humillaciones, y aun cuando su risible figura rodó muchas veces por el suelo, aporreada de yangüeses y pastores y desagradecidos galeotes, jamás rodaron su desnudo y su paciencia, ni cambió de semblante, que siempre su ánimo se tuvo de pié seco y enhiesto, como su lanza. Y si algún pecado venial cometió su paciencia y alzó más de una vez el cuento de su pica contra su escudero, más culpa tuvieron las bellaquerías de Sancho y sus mal disimuladas burlas, que las humillaciones de las derrotas. Así fué de acometedor y de sufrido el valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, porque tal era su fe en Dios y sus virtudes cristianas. Estas vivieron en él á pesar de su locura y cuando á la hora de su muerte, Dios, remunerador de justos y de iníquos, le volvió el juicio, que le arrancaron y saquearon sus endiablados libros, él murió como bueno, en paz con su conciencia, confortado con los Sacramentos, y sin otros odios ni encargos de venganza, que un legado de ira justa y sana á los perjudiciales libros de caballería.

Y porque no se crea que esta manera de discurrir sobre Don Quijote es solamente mía por ser ministro de Cristo, que todas las buenas obras de arte las quisiera para Dios, hable el gran poeta ruso Turguenef y exprese sus ideas hondas sobre el héroe manchego.

«Don Quijote—dice Turguenef—expresa por cima de todo la fe, la fe en algo eterno é inmutable, la fe en la verdad, que se halla fuera del individuo y que no se entrega á él sin exigirle rendido culto y sacrificios, largas luchas y grandes arrestos. Don Quijote está por completo penetrado del amor al ideal; para alcanzarle está pronto á padecer todas las privaciones, á sufrir todas las humillaciones, á dar su vida... Don Quijote creería indigno de él vivir para sí

mismo, cuidarse de su persona: vive constantemente fuera de sí, para los demás, para sus hermanos: vive para extirpar lo malo, para combatir á las fuerzas enemigas del hombre, gigantes, encantadores, opresores de los endebles. No hay en él rastro de egoísmo, jamás piensa en sí; todo es sacrificio.»

Hasta aquí el poeta ruso, enamorado del héroe de Cervantes, cuyas obras leía diariamente en castellano, para dar pasto á su alma con aquel sabrosísimo manjar, que cría héroes: y todo lo anteriormente dicho por él trasciende á cristianismo, puesto que sabe á sacrificio y á caridad con los prójimos.

Mas porque el temple del alma y su buena ó mala condición suele manifestarse no sólo en las obras, sino en las palabras, que á las veces se salen de la boca sin el cabal consentimiento de la razón, oigamos las que á Don Quijote le nacieron de la mitad del corazón con los consejos que le dió á Sancho en vísperas de gobernar la ínsula Barataria.

«Primeramente ¡oh hijo! dice Don Quijote, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría y siendo sabio no podrás errar en nada.

»Mira Sancho, si tomas por medio á la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay que tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Hallen en tí más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincente: que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

»Si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo.»

Y basta por no dar aquí formas de sermón á mi discurs-

so, que estos consejos parecen nacidos de la boca de un Santo Padre de la Iglesia y no disuenan entre las sentencias y parábolas de Salomón.

Ellos hablan solos, y solos y sin otras pruebas que los acompañen, confirman mi aserto de que el Ingenioso Hidalgo manchego fué caballero cristiano sin mezcla de turco, ni de hereje ni de judío.

Yo he oído estos consejos, que pueden ser código de la conciencia, puesto que nacieron de las entrañas del Evangelio, los he oído sonar vencedores en las Cortes en medio del tráfago vocinglero de la política, los he escuchado en los palacios de la justicia humana saliendo de los labios del letrado defensor y en las intrigas cortesanas, siempre dando al traste con la ambición y la codicia; y donde quiera que los he escuchado, han sonado en mis oídos, como deben sonar en los oídos del proscrito aquellos cantares cristianos con que nos arrulló la patria por boca de nuestras madres en las inocentes horas de la infancia.

II

Y si cristiano fué el andante hidalgo, cristiano viejo fué su escudero.

Sancho era hijo del pueblo, de aquel pueblo español donde tantos frutos dió la simiente evangélica. De esta tierra esponjosa y fértil, labrada en aquella sazón por las predicaciones de Fray Luis de Granada y del Beato Juan de Avila, por la palabra concisa y nerviosa de Fray Diego de Estella y la hondamente sentida del que escribió *Los trabajos de Jesús* y la arrogante y enérgica de Malón de Chaide, por el misticismo santamente caballeresco de la Doctora de Avila y el dulce y melancólico de San Juan de la Cruz y el clásico y suave de Fray Luis de León; Sancho era hijo de aquel pueblo que se solazaba y regocijaba en sus populares fiestas con los autos Sacramentales de Calderón, de Lope y de Valdivielso, y donde antes Jorge Manrique, calzando espuela y ciñendó espada, cantaba en medio del tropel de la

batalla aquella mansa elegía á la muerte de su padre, que se nos sale del alma en el rumiar de las penas de la vida; y después el gran satírico D. Francisco de Quevedo, dejaba á las veces sin concluir las epigramáticas aventuras del *Gran Tacaño*, para filosofar sobre la *Providencia de Dios* y las evangélicas hazañas del apóstol de las gentes. Sancho, en fin, era hijo de esta tierra bendita, saturada de cristianismo, como las vegas de agua, que mandaba naves á Lepanto, conquistadores á América, tercios á Flandes, teólogos á Trento, Velázquez al Calvario y Murillos al cielo, para dar vida y forma humana en los lienzos á los misterios de nuestra fe.

Y cierto, Sancho debía ser hijo de su tierra y lo fué. Zafio, ganapán, encortezado, malicioso y bellaco, con más refranes obedientes á su voluntad, que tuvo Lope de *vasallos consonantes*, y Quevedo de burlas, y de lances picarescos el *Lazarillo de Tormes*; Sancho fué cristiano añejo y borbota la fe de su alma á hora y deshora, y á las veces, cuando se le espera zahareño y aferrado á lo material y positivo, resulta manso y generoso; cuando ignorante y falto de toda luz, se le halla con puntas de teólogo, y cuando se le aguarda arrastrándose por la tierra tras los ajos y bellotas con que dar hartura á su hambre inextinguible, se le encuentra regalándose con los manjares del espíritu y las esperanzas de la otra vida.

Después del fantástico volar del Clavileño en que Sancho diz que vió desde la región del fuego chica la tierra y mezquina, y á los hombres enanos ó pigmeos, como quisiesen pasar aquellos nobles y descansados señores alegres las burlas adelante, viendo que se tomaban por veras y el duque le dijese á Sancho *que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban aguardando, como el agua de Mayo, Sancho se le humilló y le dijo: después que bajé del cielo y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres, tamaños como avellanas, que á mi parecer no había más en toda la*

tierra? Si su señoría fuera servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuera más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

Quería Sancho mejor gozar de una partecica del cielo, sin afanes ni cuidados, que gobernar en toda la tierra.

Y en vísperas de salir para la ínsula, cuando ya casi tocaba con sus manos el deleite de mandar y ser obedecido, y disponer de lo ajeno como de lo propio, cuando otros se venden por negros y pasan por herejes, y dejan al descubierto su honra, primero que el gobierno se les vaya de las uñas, Sancho está resuelto á dejarlo todo, si con la ínsula se ha de perder su alma, y así le dijo á Don Quijote, que dudoso de su buena disposición y entendimiento le resquemaba el espíritu con dudas y zozobras: *Señor, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que á todo mi cuerpo, y así me sustentaré, Sancho, á secas, con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas, que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.*

Las cuales respuestas no las diera Sancho, si no fuera cristiano, para quien antes que todas las ínsulas é imperios y tierras y playas de garamantas é indios es buscar el reino de Dios y su justicia.

III

De los otros personajes secundarios de esta novela maravillosa, que van escurriendo el nudo y formando la trama de la acción y despertando el interés con la diversidad de caracteres y de sus distintos cargos y oficios y diferente posición social, los hay de todos los colores, de tantos como tiene la vida humana, más abundante y rica en tintas de virtudes y de vicios que la luz solar en cambiantes de

variado color, al iluminar los montes y las sierras, los arroyos y los mares, los pájaros y los peces. Porque los hay nobles y plebeyos, con hábito de nobleza y de religión, sencillos pastores y endiablados estudiantes, venteros con uñas de gavilán y Camachos generosos y derrochadores, enamorados suicidas, y curiosos impertinentes, doncellas pudorosas y discretas y bellacas maritornes, regocijados de la vida y arrepentidos disciplinantes, forzados de galeras y ladrones sueltos y dueños de la riqueza ajena, *corrientes y molientes á todo ruedo*. No todos practican la virtud cristiana, pero la justicia campa entre ellos triunfante y señera, y á todos va repartiendo como reina providente, según sus merecimientos, mercedes y castigos, bienes y males, riquezas y desventuras.

No todos practican la virtud en la verídica historia de Cide Hamete Benengeli; pero no sale de sus manos descabrada la Religión, no se mete por los ojos con colores excitantes la obscenidad, y si alguna escena picaresca tiene lugar en la venta está pintada con tales trazas que no se para mientes en la bellacaría, sino que se ríe á todo reír con el lance cómico é inesperado. Cuando tiene lugar el suicidio del pastor desesperado de amores por la hermosa y garrida Marcela, de tal manera habla la peregrina pastora y con tales dejos de filosofía natural y con tales arranques de fortaleza cristiana defiende su libertad y su independencia de todo hombre enamorado de la hermosura, que Dios le otorgó sin obligación de corresponder á los que se aficionaren de su belleza, que no tiene prosélitos el suicida, ni allí queda asentado, sino intrínsecamente maldecido el derecho á privarse de la vida con las propias manos.

Ello es que aquí no andan trocados los nombres de las cosas, ni disfrazado el vicio de virtud, ni la deshonestidad de recato, ni la injusticia lleva arreos de derecho, ni la venganza es piadosa, ni la avaricia liberal, ni la hipocresía lleva nimbos de santidad, ni están coronadas las bastardas ambiciones, ni la mentira triunfante, ni al homicida se le consiente que se cubra y adorne con las preseas de la caridad las manchas de sangre de su víctima.

En cambio quedan en esta novela puestos en la picota

del ridículo, para pasto de buitres y escarmiento de desaviados la arbitrariedad despótica de la andante caballería y todo lo que se le parezca en las edades que pasaron y han de pasar; el culto idolátrico á la mujer, tan pernicioso como el abuso de su debilidad para considerarlas sólo como el instrumento vil de los deleites del hombre; el duelo propio de bárbaros y gentiles, porque es convertir la dignidad humana en un ridículo Júpiter tonante, que lanza un rayo de muerte por cada desacato venial, y la superstición, en fin, de los sortilegios y encantamientos contrarios á la fé que deja libre y responsable de sus actos á la voluntad y la visión de los futuros contingentes la reserva para Dios.

Y esta savia cristiana y este jugo evangélico no parte directamente de la inteligencia de Cervantes para los principales y más simpáticos personajes de su epopeya, sino que es su propio corazón enviando oleadas de sangre sana y creyente á todas las arterias vitales de su obra, que es hermosa copia de la vida de la humanidad; es la Religión, que no para mientes en los desatinos audaces de un loco, ni toma ascos de su triste figura, porque al fin es Madre, sino que enamorada de su corazón besa en la frente á Don Quijote, caballero campeador y perseguidor de las injusticias y mentiras que traían entonces y traen ahora á roso y velloso revuelta y desabrida toda la tierra.

HE DICHO.

DON QUIJOTE Y EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

Por Adolfo Bonilla y San Martín.



DON QUIJOTE Y EL PENSAMIENTO ESPAÑOL ⁽¹⁾

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es mi propósito en la noche de hoy, hablaros de *Don Quijote de la Mancha* en sus relaciones con el pensamiento filosófico español, teniendo en cuenta para ello, no sólo el carácter y la situación de este último en la época en que *Don Quijote* fué redactado y publicado por su inmortal autor, sino también los antecedentes oportunos para apreciar en todo su valor y en su significación más positiva el indicado pensamiento.

Entre los primeros que directamente se ocuparon en el asunto que va á ser objeto de nuestro examen, merece citarse D. Patricio de Azcárate, quien, en su *Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos y verdaderos principios de la ciencia*, publicada en 1861, consideró á Cervantes como iniciador del método racional que Descartes siguió también, al proclamar la evidencia como primer criterio de verdad, dando á conocer la realidad de las cosas y disipando las sombras que impedían el paso á la luz (2).

Después, en 1862, D. Ramón de Campoamor, en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, coincidió con la idea precedente, afirmando que Cervantes y Gómez Pereira «verdaderos fundadores del psicologismo moderno, son los primeros que intentaron certificarse de su existen-

(1) Conferencia pronunciada el sábado 6 de Mayo de 1905, en el Ateneo de Madrid.

(2) Tomo IV, página 211.

cia, para partir en sus investigaciones de un principio cierto» (1).

En 1870, D. Federico de Castro publicó su folleto *Cervantes y la filosofía española*, donde estima que Cervantes «retrató en sus héroes la lucha entre el espiritualismo místico y el sensualismo materialista, que por todas partes se empeñaba en el terreno de la Filosofía y en el terreno de la Historia» (2); y últimamente, este mismo año, el ilustre criminalista D. Rafael Salillas ha publicado un interesantísimo libro acerca de las relaciones que median entre el insignificante autor del *Quijote* y el eximio doctor Juan Huarte de San Juan, á quien se debe el curioso tratado: *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) (3).

Vamos, pues, á entrar en el estudio del tema propuesto, comenzando por anticipar una declaración: la de que no creemos en *simbolismos* que de un modo natural y claro no puedan inferirse del texto del autor. Por eso cuanto aquí digamos, y cuanto consideremos como representativo de un determinado pensamiento, ha de ser algo que sin esfuerzo ni tergiversación, de una manera lógica, resulte de las pa-

(1) «Cervantes en su original poema, cuando Don Quijote cuenta lo que vió en la cueva de Montesinos, dramatiza este mismo principio filosófico del modo siguiente: «Despabilé los ojos, limpiélos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba ó alguna fantasma vana y contrahacha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que era yo allí entonces el que soy aquí ahora.»—Con este razonamiento psicológico, el Hidalgo Manchego no solamente prueba que existe porque piensa, ó como él dice, porque hace *discursos concertados*, sino que existe con *identidad de conciencia, habiendo sido allí entonces el mismo que es aquí ahora.*» Campoamor: *Discurso* etc., página 29.

(2) Página 5.

(3) *Un gran inspirador de Cervantes. El doctor Juan Huarte y su Examen de ingenios.* (Madrid, 1905; 162 páginas en 8.^o) Estas relaciones de Cervantes con Huarte fueron ya vislumbradas por D. Federico de Castro en su folleto: *Cervantes y la filosofía española* (páginas 24-29), y por el original pensador D. Miguel de Unamuno en las jaculatorias que constituyen su *Vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra* (Madrid, 1905; páginas 11, 12, 13, 15, 299, etc.)—Aprovecho la oportunidad para advertir que la «variación de estilo» que observa el Sr. Salillas en los discursos sobre el amor, contenidos en el libro IV de la *Galatea*, no obedece por completo á que Cervantes estuviese influido por Huarte, sino á que copia, á veces con las mismas palabras, la doctrina expuesta en los *Diálogos de Amor* (1595) de León Hebreo, á quien cita, juntamente con Cristóbal de Fonseca (*Del Amor de Dios*, 1599), en el prólogo de la primera parte del *Quijote*. (Cf. nuestro: *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*; Madrid, 1903; páginas 684 y 685).

labras mismas de Cervantes. Don Quijote y Sancho Panza no son encarnaciones de nada, ni representan á nadie más que á sí propios; son tipos total ó parcialmente copiados de la realidad, y *vistos* por el autor que los describe. Quien confunda la profunda *verdad* de estos personajes con la fría é incolora concreción de entes metafísicos, será incapaz de distinguir nunca la figura de fantasía, del retrato.

Nuestra tarea es perfectamente factible, y no implica ilusión ni extravío de ningún género. Cervantes, además de ser hombre de extraordinario talento, era sin duda de ingenio esencialmente *claro, discreto y discursivo*. En sus escritos se preocupó extraordinariamente del fin didáctico. Había, pues, en él una inspiración ideal, además de la pura imaginativa ó fantástica que suele existir en las obras de pasatiempo, y aquélla inspiración es la que á nosotros nos sirve de fundamento para afirmar que en la producción especial de que tratamos, resplandece una particular dirección del pensamiento filosófico, que en la esencia se corresponde con la general corriente de la filosofía española.

Cervantes no hizo jamás profesión de filósofo, á pesar de las alambicadas disertaciones de la *Galatea*, de las sesudas reflexiones de *Cipión y Berganza* y de las profundas sentencias del *Licenciado Vidriera*. En sus novelas, en sus comedias y en sus poesías, se propuso siempre entretener y hacer *historia social*, pero el fin didáctico de su labor no puede ponerse en duda, puesto que él mismo lo afirma repetidas veces y con motivos muy distintos. Recuérdese, por ejemplo, aquel pasaje en que, hablando del arte dramático de la época y lamentándose indirectamente, por boca de los personajes de su obra, del escaso aliento que su trabajo en aquél sentido había obtenido, afirma, con Marco Tulio Cicerón, que la comedia debe ser «espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres é imagen de la verdad» (1).

Este no es más que un caso especial, de tantos como pudieran citarse, en que Cervantes declara paladinamente su propósito didáctico, si bien reconoce con naturalidad que «nadie se ha de meter donde no lo llaman, ni ha de querer

(1) I, 48.

usar del oficio que por ningún caso le toca», y «que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido; ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar á los grandes y á los que piensan que se lo saben todo: la sabiduría en el pobre está asombrada; que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio» (1). Sin duda, no escribió él exclusivamente para entretener; quiso armonizar el ideal estético con el docente, enlazándolos del modo en alto grado maravilloso que muestran sus escritos.

Examinemos ahora, sin lindezas de estilo ni hojarasca de frase—pues no hablamos para estetas lacios ni para folicularios ramplones, sino para los que sinceramente aman la verdad y el bien,—de qué suerte se determina en *Don Quijote*, en forma comprensible, esa conjunción del ideal estético con el filosófico; y, ó mucho me engaño, ó habréis de convenir conmigo, si os dignáis prestarme la benévola atención que otras veces me habéis concedido, en que el pensamiento capital de la obra responde á un propósito altísimo, que soluciona una cuestión vital, que atañe á un problema esencialmente filosófico y humano, el cual se daba en el siglo XVII, como se da, quizá con caracteres más señalados y con efectividad más inmediata todavía, en el nuestro.

Preciso es para ello tener en cuenta el medio filosófico en que se educó é instruyó Cervantes, los sistemas que imperaban en las escuelas de su tiempo, la dirección intelectual que hubo de seguir cuando niño y la que al parecer observó cuando hombre.

En la época en que Cervantes vivió (nació, como todos sabéis, en 1547), el Renacimiento español se hallaba ya en evidente decadencia.

El Renacimiento en general (tal como suele entenderse históricamente la palabra) puede considerarse dividido en dos grandes períodos: en el primero tiene, por decirlo así,

(1) Cervantes, *Coloquio de los perros*

un carácter *integral*; abarca, no sólo todas las manifestaciones de la inteligencia humana en sus direcciones más variadas, sino también la esfera total de la realidad y de la vida. Los primeros renacientes, buscando la resurrección de la antigüedad, sagrada y profana, procuran armonizar su conducta con el ideal, y, si reparáis en la vida y en las costumbres de los hombres de aquel tiempo, no podréis menos de quedar sorprendidos de la manera verdaderamente maravillosa como, dadas las condiciones del medio ambiente, consiguieron ellos traer á realidad la vida de aquellos pensadores y de aquellos artistas, la forma de cuyas producciones tendían á imitar con veneración.

¡Pero aquel período felicísimo, el más hermoso, el más brillante y encantador del Renacimiento, desapareció muy pronto! Puede afirmarse que, por los años de 1535 á 1540, había terminado casi por completo; entonces llega la segunda etapa, en la cual el Renacimiento vive y persevera tan sólo en uno de sus aspectos: en el aspecto puramente *erudito*. Continúa imitándose la antigüedad sagrada y profana; siguen reproduciéndose las obras clásicas, pero esa imitación, y esta reproducción sonlo únicamente del aspecto externo, de la forma aparente y visible. ¡La vida íntima, el ideal filosófico, el pensamiento de cada individuo, responden ya en esta segunda etapa á una dirección bien distinta de la precedente! El Renacimiento no reviste ahora los caracteres de una revolución universal; es, por el contrario, un movimiento fragmentario y *libresco*; se halla, en suma, en una positiva decadencia. Entonces viene al mundo Cervantes, y él mismo comprende bien la degeneración de la cultura, cuando habla en aquel su sabrosísimo *Coloquio de los perros*, de que «también se puede decir una necesidad en latín, como en romance; y yo he visto letrados tontos y *gramáticos pesados*, y romancistas vareteados, con sus listas de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una, sino muchas veces».

Conviene advertir que en España la tradición clásica no se interrumpió jamás por completo. Si repasamos nuestra historia filosófica y literaria, echaremos de ver, no ya en los tiempos próximos á Cervantes, sino en otros mucho más

antiguos, cómo aquella tradición se conserva y transmite. Entre los visigodos, en el siglo VII, esta era la preocupación constante de San Leandro, de San Isidoro y de sus discípulos y seguidores en la Escuela de Córdoba: Esperaindeo, San Eulogio, Alvaro y Sansón. No son capaces ellos, ciertamente, de resucitar la idea antigua, porque no la sienten en toda su profundidad; lo revuelto de los tiempos ha preocupado su espíritu, una educación viciada empequeñeció sus miras. Tampoco son suficientemente hábiles para reproducir con fidelidad la forma; pero, aunque no lo consigan, todo su conato estriba en esa reproducción, y á toda hora proclaman su propósito de realizarla. Y después de San Isidoro y de la Escuela cordubense, veis continuado ese camino por la gran Escuela de Traductores, fundada en Toledo, en el siglo XII, por el Arzobispo D. Raimundo, y sostenida la tendencia en el siglo XIII, gracias á los trabajos realizados en las gloriosas Cortes de D. Alfonso el Sabio de Castilla y de D. Jaime de Aragón.

El siglo XIV es un siglo de decadencia, no sólo para el pensamiento filosófico español, sino también para el extranjero; pero en el XV empiezan ya á notarse en nuestra patria los albores del verdadero y genuino Renacimiento, á que en un principio nos referíamos, del Renacimiento integral. Cuenta éste en España con dos principales focos: la corte napolitana de Alfonso V el Magnánimo de Aragón, y la de Don Juan II de Castilla. En la primera «sorprendió á los entendidos la universal sabiduría de un Fernando de Córdoba; maravilló á los doctos la ilustración de un Príncipe de Viana; encantó á los cultos la discreción de un Eneas Silvio; regocijaron á los maldicientes las maliciosas agudezas de los Panormitanos, Trapezuncios, Vallas, Filefos y Poggios, y pudo disfrutarse de los entusiasmos metafísicos de los Gazzas y Bessariones» (1). Espectáculo análogo nos ofrece la corte de D. Juan el Segundo, donde Pedro Díaz de Toledo traducía el *Axioco*, el *Fedro* y el *Fedón*, y recordaba los argumentos de Sócrates para exhortar al des-

(1) Véase nuestro estudio: *El Renacimiento y su influencia en España*, publicado en *La España Moderna* de Febrero de 1902.

precio de la muerte y á la condenación del suicidio en el bellissimo *Razonamiento que hizo sobre la muerte del Marqués de Santillana*; donde D. Enrique de Aragón traducía á Virgilio, Pero López de Ayala á Tito Livio, y Fernán Pérez de Guzmán y Mosén Diego de Valera se esforzaban por recordar en sus escritos la manera de Salustio y de Tácito; donde el insigne Marqués de Santillana, que «caresciendo de las formas, era contento de las materias», reunía en versiones los principales monumentos de la antigüedad clásica.

Acompaña á este movimiento en España, á principios del siglo XVI (que propiamente es el siglo de Cervantes), la fundación de las Universidades, y, especialmente, de la de Alcalá de Henares, llevada á cabo por el ilustre Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros en 1508. Allí hubo de verse una concurrencia verdaderamente extraña y peregrina, si la comparamos con el marasmo de la época precedente. Se buscaba la exactitud, el fin científico por todos los caminos y en todos los terrenos. El Catedrático de Griego era Demetrio Ducas, de Creta, que había ya figurado en Venecia, en la Academia platónica de Aldo Manucio. El de Hebreo era un converso: Pablo Coronel. El de Retórica, el originalísimo talabricense Fernando Alonso de Herrera, autor de la *Breve disputa de ocho leídas contra Aristótil y sus secuaces*. Los de Teología, Gonzalo Gil, Clemente, religioso franciscano, y Pedro Ciruelo. Los de Medicina, los doctores Tarragona y Cartagena. En Filosofía, sin embargo, siguió imperando la antigua *barbarie* escolástica: fueron los Catedráticos en la nueva Universidad, Miguel Pardo y Antonio Morales, que representaban, no el Renacimiento, sino precisamente todo lo contrario, aquello contra lo cual el Renacimiento protestaba, y contra lo que se dirigió la inmortal sátira anónima, conocida con el título de *Epistola obscurorum virorum*.

Si Juan Luis Vives hubiese ido á Alcalá, como estuvo á punto de hacer, otras hubieran sido en nuestra patria la suerte y la dirección de la enseñanza filosófica. Pero no aconteció así, por desgracia, y esta enseñanza en España, lejos de representar, como en las restantes esferas de la

actividad intelectual, restauración de la antigua sabiduría, personificó su corrupción y su decadencia, con muy contadas excepciones. Y debemos reconocer que en tal sentido se distinguían los españoles, porque si nos fijamos en la Universidad de París, veremos que éramos entonces nosotros los que acaudillábamos el movimiento tradicional y reaccionario, cual demuestran los nombres del Maestro Agustín Pérez de Oliva (*Inenodabiles omnium posterioristicarum resolutionum*, París, 1506), de Luis Coronel, Profesor en el Colegio de Montaigu (*Tractatus Syllogismorum*, París, 1507), de Antonio Coronel, discípulo querido de Juan Mayoris (*Questiones logice*: París, 1509; *Expositio super libros posteriorum Aristotelis*, París, 1510; *Tractatus exponibilium et fallaciarum*, París, 1511), y, sobre todos, el de Gaspar Lax de Sariñena (1), quien, desde el punto de vista filosófico, puede estimarse como el corifeo más importante á la sazón del obscurantismo flagelado por Luis Vives, por Budeo, por Erasmo de Rotterdam, por Ulrico de Hutten y por los demás renacientes. En Alcalá se reimprimieron, en 1540, las *Questiones logice*, de Antonio Coronel, y salió á luz, en 1538, el *Liber super prædicamenta Aristotelis*, del mismo. En Alcalá también explicó el doctor Juan de Medina, cuyo discípulo, Santiago de Naveros, en la *Expositio super duos libros Perihermenias Aristotelis* (Alcalá, 1533), se deleitaba todavía en las inextricables cuestiones *de futuris contingentibus*. El mismo Pedro Ciruelo, el insigne autor de la *Reprobación de supersticiones y hechicerías*, paga tributo á la vieja escuela en su *Prima pars logices*, dada á luz en Alcalá, el año de 1519. Se comprende, pues, que al publicar Pedro Simón Abril, en 1587 (tres años después de imprimirse la *Galatea*), su *Primera parte de la Filosofía, llamada la Lógica, ó parte racional*, diese gracias á Dios de que «los buenos y claros entendimientos de los que apren-

(1) *Tractatus exponibilium propositionum* (París, 1507). *Tractatus syllogismorum* (París, 1510). *Tractatus de materiis et de oppositionibus in generali* (París, 1511). *Tractatus de oppositionibus propositionum categoricarum in speciali, et de earum equipollentiis* (París, 1512). *Tractatus obligationum* (París, 1512). *Questiones in insolubilibus* (París, 1512).

Véase, sobre Gaspar Lax, nuestro libro *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento* (Madrid, 1908).

den, comiençan ya de gustar la diferencia que ay del sabor que tiene el pan de trigo al que tiene el de villotas».

El Renacimiento español se dirigió, pues, primeramente, en nuestras Universidades al lado literario, al aspecto *humanístico*, y no á la parte filosófica. Este otro Renacimiento vino más tarde, y comenzó por ser *extra-oficial*, repercutiendo luego en las dos Universidades que en España representan, respectivamente, lo que las de Oxford y Cambridge en Inglaterra: Salamanca y Alcalá. Tuvieron éstas hasta sus *textos* filosóficos rivales, las *Summulæ* (1547), de Domingo de Soto, en la primera; las del neo-aristotélico Gaspar Cardillo de Villalpando, citadas por Cervantes (1), en Alcalá (1557).

Es muy probable que en Alcalá realizase Cervantes sus primeros estudios, aun cuando quizá cursase también las letras en Sevilla, durante los años 1564 y 1565, en que su familia residió en esta ciudad, como supone el Sr. Rodríguez Marín, y antes, en 1561 ó 1562, asistiese á la escuela madrileña del Maestro Juan López de Hoyos, como sospecha el Sr. Navarro Ledesma (2). Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la primera noticia formal que tenemos de los estudios de Cervantes, se refiere al año 1568, y que entonces se hallaba bajo la dirección del citado Maestro Juan López de Hoyos, que le llama «su caro y amado discípulo», con motivo de la elegía que, en nombre de todo el Estudio, dirigió Miguel al Cardenal Diego de Espinosa, con ocasión de la muerte de la Reina Isabel de Valois (3). Ahora bien, López de Hoyos procedía, intelectualmente al menos, de la Universidad Complutense, y hasta mostró cierta afición á las obras caballerescas, porque suya es la aprobación, fechada en 9-Julio-1581, que precede al *Triumpho de los nueue de la Fama*, impreso en Barcelona en 1586.

Así como en Salamanca, que, según Cervantes (en el *Licenciado Vidriera*), «enhechiza la voluntad de volver á

(1) «El canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió: En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías, que de las *Sumulas* de Villalpando.» *Quijote*, I, 47.

(2) *El Ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid, 1905; pág. 22.

(3) Comp. E. Cotarelo y Mori: *Efemérides cervantinas*. Madrid, 1905; págs. 32 y 33.

ella á todos los que la apacibilidad de su vivienda han gustado», era la encarnación de la Teología y de la Dialéctica (1), la de Alcalá, cuyos hábitos escolares fueron tan donosamente descritos por Quevedo en el *Buscón*, era el tipo del aspecto literario y humanístico de nuestra cultura, carácter que se deja sentir en cuantos pensadores españoles procedieron de esta escuela.

Tres principales direcciones se observan en la filosofía española de la época en que Cervantes pudo ser influido por ella:

A) El Escolasticismo tradicional, más ó menos depurado de los defectos antiguos, y sostenido, entre otros, por Domingo de Soto, por Tomás Mercado, por Domingo Báñez, por el Cardenal Francisco de Toledo, por Pedro de Fonseca y por Pedro de Oña.

B) El Aristotelismo ó peripatetismo escolástico, defendido por Gaspar Cardillo de Villalpando, por Pedro Juan Núñez, por Pedro Juan Monzó, por Juan Bautista Monllor, por Pedro Martínez de Brea y por Pedro Simón Abril, entre otros muchos que pudieran mencionarse.

C) La filosofía independiente, más ó menos inspirada en Aristóteles, en Platón ó en Vives, y entre cuyos representantes cabe citar al insigne Francisco Sánchez de las Brozas, á Francisco Vallés, al Doctor Huarte de San Juan, á Gómez Pereira y al Maestro Alejo de Venegas.

La atmósfera en que se educó Cervantes fué, á nuestro juicio, la del peripatetismo escolástico, aunque preciso es reconocer que los estudios de nuestro poeta no fueron nunca ni muy profundos ni muy metódicos. Él, desde luego afirma que era aficionadísimo á leer, aunque fuesen «los papeles rotos de las calles» (2), pero al mismo tiempo se hizo cargo de los defectos de la enseñanza universitaria de su tiempo, y á ellos hace referencia en algunos de sus escritos. Ciertamente que no menciona las ridículas cuestiones dialécticas que

(1) Todavía en el siglo XVIII, al escribir el Dr. Diego de Torres Villarroel su *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*, dice, refiriéndose á Salamanca: «Yo quería esconder el hediondo nombre de Astrólogo, con el apreciable apellido de Catedrático de otra cualquiera de las disciplinas liberales.»

(2) *Quijote*, I, 9.

todavía preocupaban á algunos de los lógicos de su época, y de que aún hubo donoso recuerdo en el *Crotalón*, de Cristóbal de Villalón; cierto que no habla de las proposiciones de *incipit* y de *desinit*, ni de las suposiciones, ampliaciones ni equipolencias, pero algunas alusiones burlescas dirige á esas bagatelas, como con ocasión del encuentro de Don Quijote con el cuerpo muerto, donde dice aquél á su escudero: «Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *iuxta illud: si quis, suadente diabolo*, etc., aunque sé bien que no puse las manos, *sino este lanzón*» (1).

Otras referencias de los textos cervantinos, demuestran cómo el egregio autor de *Don Quijote* supo distinguir el Renacimiento decadente de aquel primitivo Renacimiento integral de que antes os hablé, y supo apreciar graves lunares en el primero, á pesar de la indiscutible brillantez con que los estudios humanísticos se cultivaban en Alcalá, donde, desde el punto de vista didáctico, esta corriente había tenido una representación importantísima en la persona del famoso cancelario Luis de la Cadena, tan encomiado por Benito Arias Montano.

Como síntesis, pues, de estas consideraciones, observaremos que si alguna influencia universitaria hubo de existir en Cervantes, fué principalmente la literaria y humanística, que por entonces encarnaba en el Estudio complutense.

Veamos ahora de qué suerte el pensamiento general filosófico de la época ejerce influencia en *Don Quijote*, y cuál es la representación ideal de los personajes capitales de esta obra, según la mente de Cervantes.

No entendemos nosotros que *Don Quijote* represente dos naturalezas distintas: que el ingenioso hidalgo sea, como aseguró Federico de Castro, la encarnación del espiritua-
lismo místico y Sancho Panza la del sensualismo materia-
lista. El mismo Cervantes escribe, en el prólogo de la
primera parte de su obra, que cada cosa engendra su seme-

(1) I. 19.

jante dentro del orden de naturaleza, y la naturaleza psíquica de Cervantes, como la de cualquier otro hombre, no no podía truncarse ni desdoblarse hasta el extremo de producir efectos de esencias opuestas. Trátase aquí de modalidades, de aspectos y momentos distintos de una misma naturaleza. La filosofía española no es, sin embargo, la filosofía de Don Quijote (1), ni tampoco la filosofía de Sancho Panza, sino ambas reunidas, combinadas, simbolizando direcciones que podrán aparecer como diversas, pero que no son sino formas de idéntica materia. Por eso vemos que en unas ocasiones parécenle á Don Quijote las razones de Sancho «más de filósofo que de mentecato» (2), y aun le asegura que está «muy filósofo» (3), mientras que en otras es Sancho Panza quien pone á su amo por los cuernos de la luna (4). El mismo fenómeno encontramos en el curso de nuestra historia filosófica, donde no vemos que se determine con carácter *unitario* la marcha del pensamiento nacional, sino que hallamos manifestaciones distintas, y aun contrarias, de ese pensamiento. En Lucio Anneo Séneca, en San Isidoro, en Don Juan Manuel, en Luis Vives, en Fox Morcillo, en el Brocense, en Simón Abril, en Venegas, en Vallés, en Gómez Pereira, en Huarte de San Juan, vemos predominar la tendencia moral y psicológica, el espíritu práctico; pero no hemos de olvidar por eso la tendencia metafísica, con puntas y ribetes de panteísmo y teosofía, de Domingo Gundisalvo, de Avicibrón, de Averroes, de Maimónides, de Raimundo Lulio, y sobre todo de nuestros grandes místicos de los siglos XVI y XVII.

Resulta, por lo tanto, que, partiendo de esta última consideración, sería para nosotros verdaderamente absurdo pretender determinar la filosofía de un país teniendo en cuenta *una sola* de las direcciones que en ella se observan, y buscar en tal sentido y por tal modo los caracteres de esa filosofía. Porque habéis de notar, señores, que de la propia suerte que el temperamento y las condiciones de un indivi-

(1) Comp. Miguel de Unamuno: *Op. cit.*, pág. 378.

(2) II, 59

(3) II, 66.

(4) II, 22.

duo no son idénticos en todos los períodos de su vida (á pesar de cuanto los psicólogos nos digan acerca de la permanencia del yo), así también varían las condiciones de un pueblo en los distintos momentos de su existencia terrena. Es empresa vana fijar nuestra atención en *uno solo* de esos momentos, como es ilusoria tarea definir la representación filosófica de *Don Quijote* reparando sólo en el ingenioso hidalgo, y prescindiendo de Sancho Panza, del Bachiller Sansón Carrasco, de Tomé Cecial, del Caballero del Verde Gabán, de los Duques, de los galeotes, de Don Fernando, de Cardenio, de los cabreros, de Roque Guinart y de las mil figuras que integran ese colosal poema humano.

La filosofía de Sancho es, desde el punto de vista del fondo, la filosofía del sentido práctico, y se traduce formalmente en los refranes, encarnación sintética y profunda de la sabiduría popular, que tiene su abolengo en el estilo sentencioso de Lucio Anneo Séneca, y su precedente inmediato en los apotegmas del *ribaldo* que acompaña al Caballero Cifar (1). La filosofía de Don Quijote es la filosofía de las grandes y elevadas aspiraciones intelectuales, y encarna exteriormente en los arrestos extraordinarios y fuera de lo común que observamos en nuestro héroe. Pero ambas reunidas integran y componen el conjunto, sin que en modo alguno podamos afirmar que se hallan de tal suerte separadas, que deban estimarse como símbolos de ideales totalmente opuestos.

Ahora bien, señores—y permitidme que llame especialmente vuestra atención acerca de las consideraciones que voy á exponer,—de las dos filosofías mencionadas ¿cuál es la que más os encanta?, ¿cuál es la que más os cautiva?... Paréceme oír vuestra respuesta; me diréis que el núcleo de la novela cervantina es Don Quijote; que cualquiera otra representación cede ante la magnitud de la suya; que, por lo tanto, el ideal que Don Quijote simboliza y encarna, es el ideal supremo de la obra. Veamos, por consiguiente, qué ideal es ese.

(1) Comp. Charles Philip Wagner: *The Sources of El Cavallero Cifar*; en la *Revue Hispanique* de 1903.

Fijaos para ello en que Miguel de Cervantes hace á su héroe caballero andante, y en que precisamente le arma caballero uno *que no lo es*, el truhán del ventero (de la misma suerte que en tiempos del escritor, y aun estoy por decir que en los nuestros, confieren grados de Doctor y juzgan de sabiduría quienes interiormente se hallan ayunos de verdadera ciencia). Notad igualmente cómo la labor sustancial de Don Quijote y las empresas que acomete son de todo punto ajenas á lo que ordinaria y comunmente hacen los demás mortales de su época. Se trata, en suma, en *Don Quijote* de llevar á la vida algo nuevo y desusado, de resucitar algo, de promover una transformación de ideas. De no ser así, ¿cómo explicarnos que un libro de mero entretenimiento sobresalga de tal manera en la literatura del mundo?, ¿cómo razonar de otro modo la superioridad de semejante obra?

Y notad también en este aspecto caballeresco de Don Quijote la influencia formalista, literaria, humanística, de la Escuela complutense en que Cervantes recibiera su primera educación. De los dos ciclos definidos de la literatura caballeresca, el bretón y el carolingio, en la biblioteca de Don Quijote apenas hay representación del primero; no hallamos allí á *Don Tristán de Leonis*, ni al *Baladro del sabio Merlin*, ni á la *Demanda del Sancto Grial*; pero sí encontramos representación del ciclo carolingio, si tropezamos con obras caballerescas como *Palmerín de Inglaterra*, donde predomina el falso y empalagoso discreteo sobre aquella simbólica venerable y potente que late en todas las grandiosas manifestaciones del ciclo bretón.

Había, pues, cierta deficiencia en el pensamiento cervantino; predominaban el aspecto literario y las aficiones artísticas sobre el punto de vista ideal y la tendencia fundamental metafísica, merced á la influencia de la Escuela complutense. Pero así y todo, aquel pensamiento ofrece para nosotros interés particularísimo, como veréis inmediatamente.

¿Qué implica la caballería andante? El ejercicio de la ley personal, de la justicia individual, prescindiendo y aun abominando totalmente de autoridad extraña, de imposición

externa, de mandato ajeno, aun en el orden religioso (1). Se trata, en suma, del individualismo más lógico, de la doctrina salvadora, de la verdad que libra, del anarquismo, en una palabra. Al caballero andante no le preocupan lo más mínimo las acciones ejecutivas del Estado, ni sus preceptos legislativos, ni su fantasmagoría judicial, porque para él, como Cervantes dice, su ley es su espada; sus fueros, sus bríos; sus premáticas, su voluntad.

En cualquiera sociedad, y especialmente en aquella en que Cervantes vivía, el tipo del andante caballero se produce en forma de contradicción absoluta, directa, con el régimen coactivo y esclavizador imperante. Don Quijote lucha á cada momento con estos obstáculos: el cura, el barbero, el ama y la sobrina se ríen de él; los hidalgos de su lugar le vituperan (también vituperaban á Cristo los escribas y los fariseos); los yangüeses le maltratan; en todas partes la realidad aparente (no la realidad viva y verdadera) se halla en oposición manifiesta con su modo de ser y de pensar. Sólo un zafio y rústico aldeano le ama, y por eso que le ama, llega á comprenderle; ¡sólo también viles ramearas, y despreciados publicanos, y mal olientes pescadores, amaron á Cristo, y por eso que le amaron, llegaron á comprenderle y á sacrificarse por el ideal!

En Don Quijote la contradicción mencionada comienza en el seno de su familia, cuando sus parientes le ven embeberarse en la endemoniada lección de aquellos libros caballescicos que le calientan los cascos y le trastornan el seso (¡trastornado era preciso tenerlo para meterse á desfacer agravios y á enderezar tuertos en tierra de juristas utilitarios!); prosigue cuando armándose de armas *viejas* (tan viejas que habían sido de sus bisabuelos, y que, tomadas de orín y llenas de moho, «luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón») sale de su lugar y emprende sus heroicas aventuras; continúa con los correspondientes altibajos en todos los capítulos de la novela; y no cesa más que cuando Don Quijote se ve derrotado, por no

(1) «¿Qué demonios lleva en el pecho—pregunta Sancho á su señor—que le incitan á ir contra nuestra Fe Católica?» I, 52.

pensar «que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante» (1), el cual, por no comer, estaba *metafisico*. Es decir, señores, que cuando Don Quijote pierde la fe en su cabalgadura, que es la *Metafísica* andando, deja de ser caballero andante, y piensa en hacerse pastor, y le entra el desfallecimiento y la hipocondria, y vuelve sumiso, como manso cordero, á la sociedad, al lugar de donde contento y alborozado salió cierta mañana, cuando «apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y melíflua harmonía la venida de la rosada Aurora».

Es singular, es muy extraño que eso sea lo que más me interese á mí, y lo que más os cautive á vosotros y lo que con mayor empeño llame la atención de todos. Tened por cierto y averiguado que ni las gracias de Panza, ni la cordura de los demás personajes de la obra, interesan al pueblo tanto como la figura del Ingenioso hidalgo (¡de Don Quijote, único merecedor de semejantes calificativos!) Y ¿por qué esto? Ya lo hemos visto: porque Don Quijote sale al mundo, emprende la carrera de la vida, con el propósito inquebrantable de atropellar la farsa y restablecer la justicia primitiva, la justicia de aquella edad de oro tan bellamente descrita en el capítulo XI de la primera parte, donde los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y de *mío*; donde todo era paz, todo amistad, todo concordia; donde la tierra, sin ser *forzada*, liberalmente sustentaba y deleitaba á sus hijos; donde la preservación de las doncellas nacía de su gusto y propia voluntad; donde—¡fijáos bien!—«la ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, *porque entonces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado*». Todo esto lo quiere restaurar el caballero andante—á quien *por ley natural* están todos los que viven obligados á favorecer—por la fuerza de su propio brazo, por virtud de su propia individualidad, sin tener

(1) II, 66.

cuenta con las conveniencias sociales, ni con las ordenanzas y prevenciones humanas (que varían con los lugares y con los tiempos), puesto que, como Don Quijote dice noblemente á D. Diego de Miranda (el circunspecto, apocado, meticoloso, limpio, satisfecho, cortés y crematístico filisteo), después de la incomparable hazaña de los leones, «en esto de acometer aventuras, antes se ha de perder el hombre por carta de más que de menos» (1).

¡Ah, señores rapistas! ¡Hombres de poca fe, que os mofáis de lo que hay de más alto y de más sacrosanto en la representación quijotil! ¡Venid á cuentas, mentecatos, desembarazaos de vuestra hipocresía, reconoced vuestra miseria y servidumbre, confesad que al ejercicio de vuestra actividad racional se oponen infinitas trabas, impuestas por un fantasma que vosotros mismos habéis creado y sostenido con vuestra sangre y con vuestras haciendas! ¡Decid, por fin, que al moveros, al estar quietos, al vigilar, al dormir, ese fantasma os cohibe, y os amedrenta, y os llena de pavor, y os torna éticos de espíritu y desmedrados de energía! ¡Proclamad que aquel armarse de armas antiguas, como hacían los hombres del primer Renacimiento y como hizo Don Quijote; aquel resucitar las costumbres viejas de los tiempos de lucha medioeval, es trabajar por la redención de los hombres y por la vuelta de la edad de oro! ¡No desmayéis por la flaqueza de Rocinante! ¡Id y predicad el Evangelio á todas las criaturas!

En cierto inmortal pasaje de su obra, Cervantes declara paladinamente qué ideales son los que encarna la personalidad de su héroe. Es en el capítulo XLV de la Primera Parte.

Discútese en la venta si la albarda es ó no jaez, y si la bacía es ó no yelmo, como pudiera discutirse en un certamen escolástico si la subsistencia es ó no comunicable; la discusión se trueca en disputa, y la disputa en pelea; un cuadrillero ase de Don Quijote, reconociendo en él al libertador de los galeotes; Sancho se alborota, D. Fernando apacigua los ánimos, y entonces Don Quijote, riéndose de

(1) II, 17.

las razones del cuadrillero, dice con mucho sosiego estas palabras (1):

«¡Venid acá, gente soez y mal nacida!; ¿saltear de caminos llamays al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alçar los caydos, remediar los menesterosos? ¡a gente infame, digna, por vuestro baxo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caualleria andante, ni os dè a entender el pècado è ignorancia en que estays en no reuerenciar la sombra, quanto mas la asistencia de qualquier cauallero andante! ¡Venid acá, ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad! ¡dezidme quien fue el ignorante que firmò mandamiento de prision contra vn tal cauallero como yo soy! ¡Quien el que ignorò que son essentos de todo judicial fuero los caualleros andantes, y que su ley es su espada; sus fueros, sus brios; sus prematicas, su voluntad! ¿Quien fue el mentecato, bueluo a dezir, que no sabe que no ay executoria de hidalgo con tantas preeminencias ni essenciones como la que adquiere vn cauallero andante el día que se arma cauallero y se entrega al duro exercicio de la cauallería? ¿Que cauallero andante pagò pecho, alcauala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Que sastre le lleuò hechura de vestido que le hiziesse? ¿Que Castellano le acogió en su castillo que le hiziesse pagar el escote? ¿Que Rey no le assentó a su mesa? ¿Que donzella no se le aficionò, y se le entregò rendida à todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿que cauallero andante ha auido, ay hi aurà en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?»

He aquí, señores, la suma y compendio del doctrinal caballeresco, la síntesis del ideal de justicia individual. Esta misión cumple la caballería, por modo simbólico en el ciclo bretón, por modo realista en el ciclo carolingio. Esto se propuso retratar Cervantes en su héroe.

Pero Cervantes parece desfallecer con Don Quijote al

(1) Cito por la edición madrileña de 1608.

llegar el término de su viaje aventurero. Como Miguel profesa en la Orden Tercera pocos días antes de morir, en 2 de Abril de 1616, así Alonso, cuando siente que se va muriendo á toda priesa, tres días antes de la muerte llama al cura para que le confiese y al escribano para que autorice su testamento, y abomina «las historias profanas de la andante caballería». ¡Cómo se admira entonces Pedro Pérez! ¡Cuál se alegra Nicolás el barbero! ¡Con qué premura va el Bachiller por el escribano! ¡Cómo se regocijan el ama y la sobrina!

Un ingenioso y elocuentísimo conferenciante compara en esta cátedra días pasados la figura de Don Quijote con la del Brandt ibseniano. No niego yo que puedan señalarse analogías importantes, pero afirmo que los términos de las carreras de uno y de otro héroe son absolutamente antitéticos: el de Ibsen, muere como ha vivido, sin claudicar en sus empresas ideales; nada más triste ni desolador, por el contrario, que el último capítulo de *El Ingenioso Hidalgo*: el abatimiento se ha apoderado aquí del caballero andante, y por eso reniega de su obra. Tampoco realizaron su ideal la mayor parte de los héroes de la *Demanda*, y, sin embargo, mueren satisfechos: les basta haber aspirado sin tregua á la visión del Santo Grial.

Se trata, pues, en el *Quijote*, de un héroe que no es consecuente con sus principios, que no acaba como empezó. Tal ha sido igualmente, por desgracia, el secreto de nuestros infortunios como pueblo: hemos sido inconsecuentes en filosofía, en política y en los demás órdenes de nuestra actividad social. Hay grandes ideales, propósitos nobilísimos, pero en la realidad se impone la mansedumbre de Sancho Panza; de donde resulta que nuestros Quijotes suelen acabar como Alonso Quijano, renunciando á Dulcinea por el más leve contratiempo de la vida. ¡Otro gallo nos cantara si nuestra finalidad hubiese sido la del Quijote de la primera parte!

Tuvo razón Cervantes cuando achacó la falta de caballeros al triunfo de la pereza, de la ociosidad, de la gula y del regalo (1); y no hay duda sino que la faz del mundo

(1) *Quijote*, II, 18.

cambiaría, si resurgiesen aquellos hombres, «castos en los pensamientos, honestos en las palabras, liberales en las obras, valientes en los hechos, sufridos en los trabajos, caritativos con los menesterosos y, finalmente, mantenedores de la verdad, *aunque les cueste la vida el defenderla*».

Así, en esta altísima representación, estimamos nosotros el valor filosófico de la obra cervantina. No se trata, pues, de una labor de frívolo pasatiempo. No se trata tampoco de un puro mérito formal y estilístico, ni de un tratado de filosofía transcendental. En los tres conceptos puede haber, y de hecho existen, libros superiores al *Quijote*.

El secreto de esta obra inmortal estriba en la profunda simpatía que el ideal quijotesco engendra en todos, aunque no todos se propongan realizarlo y aunque muchos se rían de él; porque también es universal y humano el convencimiento de que si ese ideal se practicase, la edad de oro tornaría y el mundo sería feliz. Por eso nos interesa tan extraordinariamente el *caballero de la Triste Figura*, y por eso, al resucitar en las letras Miguel de Cervantes la andante caballería, no pretendió reproducir con puerilidad el aparato externo y accional de los episodios medioevales, como después quiso hacer torpemente el falso Avellaneda, sino que se propuso poner en comunicación directa el símbolo de tales episodios con la perfecta experiencia que de la vida, con sus dolores y miserias, tenía, encaminando sus anhelos hacia un estado social en que la imposición se transformase en voluntad, en que los egoismos se convirtiesen en caridad, bajo la égida de hombres sanos de cuerpo y de espíritu, PARA QUIENES LA LEY FUESE SU ESPADA; LOS FUEROS, SUS BRÍOS; LAS PREMÁTICAS, SU PROPIA Y PERSONALÍSIMA VOLUNTAD. (*Grandes aplausos*).

HE DICHO.

DON QUIJOTE Y EL BUSCÓN

Por José Nogales.



DON QUIJOTE Y EL BUSCON

SEÑORAS, SEÑORES:

Desde que aprendimos á ver en la obra del hombre algo de más extenso y generalizador que el parto aislado de una voluntad y una inteligencia idealmente libres y teóricamente separadas de todas las influencias de la vida, se hace más interesante y más grato el esfuerzo para ahondar en las mutuas relaciones entre el hombre, la obra y el medio. Importa mucho conocer cuánto el humano ingenio puso en su labor fertilizante, y hasta en qué grado de claridad espiritual llegó á envolver el propio concepto de las cosas; pero importa también el conocimiento de lo que puso en el ingenio la vida general, corriente eterna de ideas y hechos, de nociones y atisbos, de esperanzas y desengaños, de ideales y de tormentos.

Partícula el espíritu de ese magno torrente, va arrastrado, influído, saturado de toda la cercana realidad, hacia ese punto lejano é infinito en que pone nuestra fe un poco de luz y de silencio, una vaga atmósfera de serenidad y de descanso.

Los árboles dan su flor y su fruto, pero en su tiempo y sazón. Y á esa obra de renovación y de vida concurren todos los elementos de energía natural acumulados en el instante expansivo: el sol, el aire, la tierra, el agua... Todo lo que envuelve, penetra y circunda. Así en la floración y fructificación de los espíritus.

Fué Don Quijote la cristalización dolorosa de un ensueño producido en contraste por un estado de alma nacional.

Fué á la vez el fruto de un gran espíritu amargado. No sé qué tienen los amargos frutos, que se apetecen, que deleitan, que perduran.

Caían sombras y duelos de aquellas cimas, antaño resplandecientes, que señalaron altivas las etapas triunfales de nuestra historia: los viejos héroes del tiempo imperial sentían hundirse sus pies, como en tierra removida de sepulturas, y sobre sus canas heroicas caía la infinita pesadumbre de las grandes cosas que se derrumban. No estaban lejos los días de Lepanto, y ya los anublaba la sombra de la *Invencible*. Comenzaba á perder el lenguaje su primitiva grandeza, tranquila y reposada, ennoblecida finalmente con elegancias toscanas. El intenso pensar de los místicos, ardiente como un ascua en la obscuridad, se apagaba en aquella atmósfera henchida de milagrerías, vacía de ensueños. Era como un tristísimo crepúsculo, vecino de la sombra, amigo de la noche.

Y cierto que en aquella noche se iban perdiendo, como arrancada pedrería de una diadema ideal, las altas cosas que sustentaron el cuerpo y el espíritu de una raza grande, fuerte y dominadora.

Cervantes, héroe y testigo de una parte de aquel mundo que á toda prisa se hundía, quiso recoger el gesto supremo de la abatida idealidad, en lucha imposible con todos los elementos de la aceptada razón y la ordinaria vida: y compuso el poema de aquella hostilidad, de aquella tristeza y de aquella nostalgia.

Así se difunde el dolor por las páginas del libro como la amargura del mar en las aguas serenas y profundas. Aguas serenas y profundas son, en que un ancho rayo de sol resbala eternamente, como un beso de claridad y de gloria.

Si es poema de dolor, página de rebeldía, protesta ó sueño, lamento ó indignación, significa que, aun en aquel escalón de la pendiente, llegaba á confortar las almas elegidas el calor de los ideales lejanos, que se desvanecían en la impasible sucesión del tiempo y las generaciones. Lo triste y desesperado es llegar á la postración moral, á la parálisis del alma, en que aceptando todas las formas dolientes de la

realidad, negamos aposento al ensueño y la rebeldía, á la inquietud y la protesta, á la lucha y el trabajo, á la ambición y la nostalgia, á la esperanza y la justicia.

Sale Don Quijote acuciado por la falta que él pensaba que hacía en el mundo, «según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer».

Ya ven ustedes—viene á decirnos Cervantes—que tales cosas para este tiempo, no son sino de loco rematado.

Y es triste que lo hayan sido y que lo sean; porque de esas altas locuras, encaminadas á un ideal de perfección y de alteza, recibieron mucho beneficio las naciones y mucho esplendor la humanidad. ¿Acaso todos los hombres entendieron en el mismo grado, y consideraron en la misma cualidad las verdades y los sentimientos? Héroes, santos y mártires, ¿qué fueron sino caballeros andantes del honor, de la caridad, de la idealidad y de la justicia?

Reside lo grotesco en toda desproporción: desproporcionada para aquel mundo es la figura mental, extraña á su propio medio, hostil á su propio ambiente, que intenta restablecer con la sola fuerza de su voluntad y sus bríos, el concepto noble y humano de las cosas, el verdadero sentido de la realidad deseada, y si del fondo de aquel perpetuo vencimiento, de aquel constante rodar por el polvo de todos los profanados caminos de la vida, surge la mueca inevitable de lo grotesco, no se dirige á la maltrecha caballeridad, que ven siempre el arte y el corazón y el pensamiento como rodeada de esa dolorida melancolía del estéril sacrificio y de la inútil acción.

Va el héroe por el mundo arrastrando sus locuras: quiere amparar á la viuda y al huérfano, redimir al oprimido, socorrer al menesteroso, sostener la ancianidad, y la infancia, y la pobreza y la humildad contra el señorío de los grandes, de los fuertes y los crueles. Quiere sustituir el rígido imperio de la ley con el más amplio sentido humano de tolerancia y de piedad.

«Al culpado que cayese debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, *sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra*, y en todo cuanto fuera de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstrate piadoso y elemento, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea, á nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia.»

Esto dice el *loco*, y así lo piensa y lo defiende, y así quiere imponerlo por los excelsos fueros de su valentía.

Es la magna figura caballeresca como un hermoso sueño; es como un ánima solitaria vagando en la serena frialdad de la noche, en la venturera penumbra del misterio. Le acompañan y sostienen virtudes y talentos; le conforta el influjo de ideales que brillan como lejanas constelaciones; le impulsan y mueven peregrinas visiones de grandezas muertas, de esperanzas tardías, de aún no nacidos sentimientos.

Y para que ningún astro faltase en los cielos de su espíritu, encendió en ellos la lumbre de un amor ideal, puro y tranquilo como lámpara del santuario, apacible y eterno como estrella crepuscular. Amor sentido y razonado, que es respeto, sostén, homenaje, castidad y dulcedumbre. Amor tan elevado é impersonal, que no cabe en los términos de la pasión ordinaria; y así se dirige á la mujer, con humana grandeza, convertido en piedad, en perdón, en respeto, en galantería, en todas las formas dulces del corazón y el entendimiento. No parece sino que de todas las mujeres, humildes, altivas, hermosas, miserables, puras ó pecadoras, formó un símbolo inmortal; aquella figura admirable, «alta de pechos y ademán brioso», ante la cual rindió toda la gloria de su valor, de su vida y de su esfuerzo. «¡Tuyo hasta la muerte!» Esa fué su fórmula.

Suyos hasta la muerte son y serán cuantos piensan, cuantos sienten, cuantos viven. No importa que añejas preocupaciones y modernos naturalismos, justamente desacreditados, quisieran introducir en la vida y en el arte un concepto erróneo ó medianamente soez de la relación anímica de los sexos: la mujer no es solamente «la hembra», es el espíritu colaborador, maternal y floreciente que ase-

gura á la creación el cumplimiento de sus más altos destinos.

«Y así—dice un sabio de nuestros días (1)—Don Quijote es honesto y comedido, porque el Arte se asusta de las risotadas impuras, de las pasiones indecorosas y de las torpes deformidades del naturalismo.»

No desampara el caballero sus altas y universales ideas en los continuos lances desventurados; antes las confirma y arraiga con tesón, que es parte de su valentía, y al cabo, como resultado lógico de aquella desproporcionada lucha entre un hombre y una sociedad, entre una voluntad y una época, es vencido el hombre. Reacciona para morir, y se complace en remover su amargura de vencido y de humillado en los mismos umbrales de la eternidad.

«Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.»

Siempre sonaron en mis oídos y en mi alma esas palabras de agonizante, con tristezas de abdicación y con sombras llorosas de despedida. Hay que saber ó que adivinar la suma de dolor y desaliento que hay en el fondo de todos los fracasos, en el cadáver de todas las ilusiones, en la ceniza de todas las esperanzas, en el vacío de todos los propósitos... Y aquel buen caballero, restituído á la cordura y mediocridad de hidalgo pobre, de español resignado, de pacífico lugareño, se va mansamente, tendido de largo á largo en su lecho, como en una balsa de honor, por ese río manso y temible que va á dar en el mar infinito, en el tranquilo y luminoso mar de los eternos sueños.

Yo me lo imagino en la actitud sepulcral de nuestros antiguos caballeros: reposado y frío en la blancura y transparencia de alabastro, apersonado y grave en su gesto mortuario; con el casco á los pies y la espada entre las manos, apercibido á gloriosas resurrecciones, á divinos llamamientos de otros mundos de paz y de justicia, donde no sean locos los que intenten amparar á la viuda y al huérfano, redimir al opreso, socorrer al menesteroso, sostener al débil contra

(1) Benot.

el humano señorío de la fuerza, de la soberbia y la crueldad.

¡Oh, Dios, qué sería de nosotros si hubiera muerto Don Quijote, si fuesen ciertas sus tristes palabras de abdicación y despedida!

Ni los contemporáneos ni los que mucho después vinieron, pudieron percibir en la obra genial de Cervantes la grandeza y majestad de su fondo. ¡Qué mucho, si tampoco vieron la hermosura perdurable de su forma! Considerada por unos como diatriba y por otros como bufonada, no es de extrañar su éxito de librería, como ahora decimos. Pero este éxito no ahogó la hostilidad y menosprecio de aquellas generaciones literarias.

Superior al *Quijote* fué para muchos el *Buscón*, libro más cercano á los gustos, á las inteligencias y las costumbres en aquel período. Porque de Cervantes á Quevedo, con haber sido contemporáneos una parte de su vida, media ya un abismo. Que de tal modo se despeñan las naciones en los precipicios de su decadencia.

Cervantes alcanzó á ver las postrimerías de un mundo calentado por los reflejos ponientes de un sol que se llevaba tras sí ideales y esperanzas. Quevedo se revolvió en las cenizas de aquel mundo. El uno no se aquietó hasta lanzar á la vida el divino sueño de la grandeza y la caballerosidad resucitadas; el otro se avino y conformó con la estrechez del medio en que todas las cosas se achicaban.

Fué Quevedo una poderosa inteligencia rendida á lo particular. De inquieto y agudo entendimiento, enriquecido con el caudal de las letras humanas—uno de los que no se hurtan, compran ni heredan—movióse toda su vida á impulsos de lo *actual*. Sabía remontarse á la esfera de los conceptos universales, más para traerlos á la particularidad de sus propósitos ó á las necesidades de sus luchas. Así halló en la misma santidad del Evangelio la hábil justificación de un programa de gobierno, que era, á la vez, una acerba crítica de lo existente. De vivir en nuestros días, aquel profundísimo ingenio no fuera sino periodista, mas de oposición: político también, pero á perpetuidad disidente.

Por esta condición de su gran talento crítico y de su muy legítima ambición personal, pudo y supo y quiso remover desde el fondo toda la capa cenagosa de las costumbres. Y hay que admirar en la acritud de su arte, no sólo el implacable tino, también su cortesana destreza. El hizo del lenguaje una daga que llevó hasta el fin, en sus retorcidos hierros, el resplandor y la muerte.

Nada se libró de su puñalada: verdad es que, bien mirado, nada debió de librarse.

El *Buscón* se enlaza á la anterior serie de pícaros de nuestra literatura por el procedimiento, por la acción y por el ambiente. Pero faltan en él dos elementos de índole esencial existentes en aquéllos: cierto candor de la miseria que nos hace transigir con la picardía, y hasta gustar en su fondo el raro deleite de las cosas reales, artísticas y graciosas, y esa tendencia moralizante, inocentemente abultada, que es otro de sus donaires, aunque involuntario.

Conviene también en la idea fundamental de todos los clásicos de este orden y en la teoría social de los presentes tiempos, de que el pícaro es producto del medio y no el medio producto del pícaro. Así, todos pervirtieron y malearon sus buenas condiciones naturales al contacto de la realidad, del desamparo, de la rudeza, de la burla y la crueldad.

Toda la inocencia y bondad que sacó de casa en su alma de muchacho *Lázaro de Tormes*, se la quitó con la mano el ladino ciego al darle aquella recia topada en el toro de piedra que hay en el puente de Salamanca: «¡Necio, aprende; que el mozo de ciego un punto más ha de saber que el diablo!»

«Parecióme—dice *Lazarillo*—que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño, dormido estaba; y dije entre mí: Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues soy solo y pensar cómo me sepa valer.»

Niño inocentón y temeroso, se desgarró de su hogar y patria *Guzmán de Alfarache*: no anduvo más sino de Sevilla á Cazalla y fué burlado de la ventera, atropellado del huésped, afrentado del arriero, maltratado de la justicia, acosado del hambre, ladrado de trabajos, viéndose á punto de acabar. Entonces fundó su resolución de hacerse pícaro en

este principio de práctica y universal filosofía: «Bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa.»

El *Buscón* Pablos tuvo en su niñez, según nos dice y muestra, «altos pensamientos». «Tuve siempre pensamientos de caballero», y viéndose hijo de un ladronazo y una hechicera, «quiso aprender virtud resueltamente».

Para esto, alejése del medio familiar, harto infamante, y buscó á tientas los caminos del saber. Padece so el poder del Dómine Cabra, á quien llama «la hambre viva»—cuyo linaje no se acabará en el mundo;—sufre en Alcalá la insolencia de los escolares, la injuria de los huéspedes, la bellaquería de los criados, y torciendo en aquel punto sus bonísimas intenciones, se dice:

«Avison, Pablos, alerta. Y vine á resolverme de ser bellaco entre los bellacos, y más, si pudiera, que todos.»

Esta fácil, pronta y completa adaptación á las condiciones de la impureza, conscientemente admitida, es acaso la diferencia más honda que separa esos dos períodos representados por Cervantes y Quevedo. Algo de la propia substancia dejaron en aquellas figuras, hijas de la experiencia y el entendimiento. Nacidas entrambas con altos pensamientos de caballerosidad y de virtud, Don Quijote no transige, no se adapta ni se aviene á ninguna impura condición de la vida. El *Buscón* depone ante la realidad su carga enojosa de ensueños y caballerías, y resuelve ser pícaro entre los pícaros, y más, si pudiera, que todos.

También se había perdido ya el sentido de la Naturaleza. En el *Buscón* no hay una sola mirada para el mundo extrahumano, para el paisaje, para los bosques y las montañas, para los ríos y las llanuras; tampoco para las noches de luna, las claras noches que el *Quijote* evoca; ni una palabra para los astros, para la majestad del espacio y la fecundidad de la tierra, ni para la infinita poesía de la luz y los rumores... Aquella gente vive en un mundo pequeño y atormentado. Necesidades, intrigas, bajezas, derivaciones de un régimen público de privanza y de un régimen privado de hipocresía, enredan las almas y las detienen en lo menudo y transitorio.

No placidez, no alteza, no poesía. El libro de Quevedo es asombroso, pero demoledor; todo rueda en él como en un despenadero; todo gime como en un potro. Es suplicio y afrenta, sarcasmo y condenación, pero merecidos. Es justicia que mandó hacer su implacable ingenio.

Y hay otra relación transcendental entre esas dos creaciones del ingenio español, loadas y perdurables, que me ha movido á juntarlas con instinto andariego en la humildad de este trabajo. No podemos maldecir de los que abatieron al *hijo* de Cervantes por celebrar al *hijo* de Quevedo. Es que una figura sustituye á la otra en la continua rotación social, y así en todos los eclipses de Don Quijote aparece el *Buscón* por ley de Naturaleza ó por altas determinaciones del Destino.

Sabiéndolo, pensándolo, hagamos porque jamás se eclipsen de nuestro cielo aquella caballerosidad, aquella generosidad, aquella poesía y aquella grandeza.

DON QUIJOTE Y LOS OPRIMIDOS

Por Juan José Morato.



DON QUIJOTE Y LOS OPRIMIDOS

SEÑORAS, SEÑORES:

Dos son las causas de verme yo en este sitio honroso y preeminente: una, la no merecida opinión que de mí tiene el Sr. Navarro Ledesma, moviéndole á sospechar talentos que, por desgracia mía y para enojo vuestro, no poseo; otra, mi afición al Ingenioso Hidalgo, más que por pura emoción artística, por ciertas escondidas afinidades de rebeldía contra el medio social.

Y como en la buena opinión de nuestro ilustre y laborioso amigo, antes fué parte el cariño que la justicia, y yo eché sobre mis flacos hombros peso mayor del que razonablemente pueden mover, en lo que dure la desmañada lectura de estos mal hilvanados conceptos, el homenaje que rendimos á un hombre, honra de la Humanidad, será para vosotros cruel penitencia. ¡Sin duda era preciso que en esta religión hubiese ayunos, cilicios y azotainas, para hacer más gustosos los goces y las alegrías!

Pero sírvaos de esperanza y de consuelo saber que acabará pronto esta oración agreste y humilde, como nacida de intelecto tan sin cultivo y tan árido, que no puede dar sino cardos y espinos.

Fué Don Quijote, ante todo y sobre todo, un rebelde, como podía serlo en aquellos días tan distintos y tan distantes de los nuestros; que no hay hombre ni genio, por atrevido que nos parezca, que no sea hijo de su tiempo.

Fué Don Quijote un rebelde que, como todos los rebeldes reales y fingidos, puso la envidia de su meollo y la fuerza de su brazo al servicio del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor, rompiendo con la ley y con la costumbre, sin pararse jamás á mirar si sus fuerzas guardaban consonancia con el empeño acometido.

Ve el hidalgo manchego que «en este mal mundo que tenemos, apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad y de bellaquería»; ve la injusticia y la iniquidad dominando como señoras, y este espectáculo subleva su ánimo, arma su brazo y le lanza á la acción, siendo los libros de caballerías, no la causa y origen de su conducta, sino la norma y patrón de ella, la revelación acaso de los medios de que podía usar para establecer el imperio del bien sobre la Tierra.

Así, todas sus aventuras van en pro del débil, y hasta cuando pelea para hacer confesar á sus adversarios que su dama es la más bella y perfecta criatura nacida, hasta cuando mide sus fuerzas con las del león, lo hace con la mira de mostrar que su ideal es el más digno de ser servido y que este ideal da á quien le profesa alientos invencibles.

Y no es que Don Quijote fuera un enamorado de lo viejo, que cifrara su gloria en resucitar instituciones desaparecidas por virtud de los progresos sociales y aun materiales, no. Lejos de esto, declara que «otras edades serán tenidas por más de hierro que la nuestra, que de las que ahora se usan es la dorada»; pero es que en los comienzos de aquel declinar de una era gloriosa, si no se podía con tanta justicia como antaño, decir con Juan de Mena,

Hoy los derechos están en la lanza
y toda la culpa sobre los vencidos,

subsistía el mal de los siglos pasados—¡subsiste aún!,—y de los bienes de la Tierra sólo disfrutaba hasta la hartura un puñado de elegidos, quedando para el resto de los humanos no más que los afanes y cuidados y trabajos.

No fué Don Quijote, no podía serlo, un reformador social; pero sí una conciencia recta, un espíritu candoroso,

un hombre dotado de altísimo y noble concepto de la vida. Y su acción, individual siempre, fué lo que debía ser, la que él mismo va á declararnos:

«Los andantes caballeros—dice—tomaron sobre sus espaldas el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes.»

«Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entreguéme en los brazos de la Fortuna, que me llevase donde más fuese servida. Quise resucitar la andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá he cumplido gran parte de mi deseo.»

«Los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados, ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes.»

Y cuando hace ver la superioridad de su profesión sobre la de los caballeros cortesanos, y en sus innúmeros coloquios con Sancho, con el canónigo, con el bachiller Carrasco, con el caballero del Verde gabán, con cuantas personas topa en su camino, siempre, siempre viene á dar en el mismo hito.

Cuál es—aparte el enojo y la ira que el espectáculo del mal suscita en todo hombre sensible y valeroso—el móvil de sus hazañas, también él mismo nos lo declara hablando con su escudero: «El deseo de alcanzar fama—dice con palabras de oro—es activo. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tíbre? ¿Quién abrasó la mano de Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo

pasar el Rubicón á Julio César? ¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles, guiados por el cortesísimo Cortés, en el Nuevo Mundo? Todas estas grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosísimos hechos merecen.»

Y si añadimos que el límite de sus empresas le estaba claramente señalado al caballero católico por su misma religión, tendremos completo el marco en que encuadra toda la acción de Don Quijote.

Pero hay algo más, que conviene poner en relieve porque nos demuestra que el hidalgo manchego era un rebelde de análoga contextura mental que todos los grandes rebeldes pasados y aun presentes, y este algo es su ingenuidad y candor, y sus alientos á prueba de desengaños, y su noble desinterés.

Recordad su primera hazaña. De la espesura de un bosque salen los ayes y lamentos del pobre Andresillo, azotado cruelmente por su amo Juan Haldudo, y cuando Don Quijote, fiado en la promesa del atormentador, cree firmemente haber realizado una buena obra, Haldudo, el rico, en vez de pagar la soldada al triste zagalejo, le da duplicada ración de azotes. ¿Como había de caber en la recta conciencia del hidalgo que hubiese nadie capaz de faltar á lo prometido?

Recordad también la aventura de los galeotes; recordad otras ingratitudes y fracasos, y veréis que en Don Quijote no producen ni asomos de desaliento, sino, á lo más, hondísima amargura. De las pedradas con que los galeotes pagan su libertad, sale su fe más pura y acendrada.

Para cumplir su misión, la simpática empresa que se impusiera, no mira jamás á quién hace bien. «A los caballeros andantes—dice indignado á Sancho—no les toca ni les atañe averiguar si los encadenados, afligidos y oprimidos que encuentran van de aquella manera ó se encuentran en aquella angustia por su culpa ó por sus gracias; sólo les toca ayudarles como menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías.»

Más aún, Don Quijote, cortés y comedido siempre hasta

con sus enemigos, como hombre fuerte y seguro de que la razón está de su parte, es, no ya cortés, sino afectuoso y sencillo con el débil.

A Sancho le trata, más que como á criado, como á par suyo, y con cariño departe con cabreros y con pastores y con viandantes, por mísera que sea su condición.

Y si seguimos paso á paso las aventuras del ingenioso hidalgo, no encontraremos nada que desmienta lo que va afirmado.

Comienza manifestando sus propósitos al socarrón ventero que le da el espaldarazo, al decirle que aquello redundará «en bien del género humano», y pocas horas después, y con el suceso que todos sabemos, libra á un débil, á Andrésillo, de las garras de un poderoso.

En su segunda salida, al pelear con los molinos de viento, pretende abatir la soberbia de los fuertes, y si lucha con el vizcaíno es por creer que en el coche iban débiles y forzadas mujeres.

En el episodio del pastor Grisóstomo, Don Quijote, lejos de seguir la opinión de los más, aplaude y defiende las nobles y discretas razones con que Marcela vuelve por la independencia del sexo femenino, y prohíbe á todos, poniendo mano á la espada, que la sigan y persigan.

Más adelante encuentra á los encadenados galeotes, y sin pararse á mirar su condición y circunstancias, los da libertad.

Y arremete contra los sacerdotes que llevaban el cuerpo del caballero muerto en Baeza, por sospechar que en aquellas andas iba algún oprimido, y promete favor y ayuda á la Princesa Micomicona, por ser ella débil mujer y por creerla opresa de espantable gigante, y cuanto ve rodar las lágrimas por la cara de la imagen que los disciplinantes llevan á través de los campos en demanda de lluvia, y las lágrimas, aun siendo de vidrio ó de plata, remueven lo más hondo de sus entrañas, y por libertar á un sér débil y lloroso falta hasta á la palabra empeñada.

En la tercera salida no va, como la muchedumbre, con Camacho el rico, el espléndido, sino con Basilio el pobre, y va con él quizá más por ser pobre que por tener razón.

Ve á Melisendra y D. Gaiferos seguidos de multitud de moros; despierta su natural valeroso, y también le tenemos defendiendo al débil.

Y más tarde ofrece de bonísima gana amparo y remedio á la Dueña Dolorida, y en su pro acomete la aventura del caballo *Clavileño*.

Y después, por servir á la hija de doña Rodríguez, abandonada por quien abusó de ella dándole palabra de casamiento, hace el sacrificio de batirse en palenque abierto con un hombre que ni era de su clase ni de su profesión.

En suma: toda la vida de caballero andante del famoso hidalgo no tiene otro objetivo que el bien, la libertad y el consuelo de los oprimidos, y la ruina y la humillación de los soberbios, de los opresores.

Y no sólo hizo esto Don Quijote; llegó á más, llegó á hablar de una sociedad ideal, con palabras memorables que figuran en todas las antologías.

Como cien años antes de que el valeroso paladín hollara los campos de la Mancha, Tomás Moro había lanzado al mundo su *Utopía*; y precisamente en los días en que el hidalgo manchego hablaba con los cabreros de la edad de oro, el napolitano Campanella preparaba su *Ciudad del Sol*.

¿Es que el Renacimiento, trayendo al estudio y á la admiración de todos el mundo griego y romano, suscitó, con la lectura de Platón, la idea de una sociedad perfecta? ¿Es que la tremenda crisis del feudalismo, para que naciesen las modernas nacionalidades, hizo que los ingenios superiores pensarán que ni lo viejo ni lo nuevo era bueno, lanzándolos á concepciones ideales de ciudades sin mácula? ¿Es que el espectáculo de la ruina y la desolación de toda Europa, que precedió al advenimiento del régimen absoluto y le acompañó durante siglos, produjo una reacción en los espíritus escogidos, llevándolos á soñar con formas perfectas de organización social, en las que, por un reparto equitativo de la riqueza y del poder, no fuesen posibles tantos duelos y tantos horrores?

Conteste quien sepa. Yo registro aquí el fenómeno, y al hablar de «Don Quijote y los oprimidos» tengo que referirme á este hermoso pasaje de la obra inmortal, en el que

nuestro héroe ve en las palabras *tuyo* y *mío* la fuente y manantial de todas las miserias, desdichas, mentiras, vicios, iniquidades y crímenes.

Oigamos una vez más palabras tan gustosas, tan elocuentes, bellas sobre toda ponderación, con una belleza no igualada por nadie:

«¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*! Eran en aquella edad todas las cosas comunes. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. No habían la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. Entonces no había qué juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban solas y señoras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad.»

¿Habéis leído en la ciudad del Buen Acuerdo, de los ácratas, ó en las tentadoras lucubraciones de Bebel y de Morris, ó en las fragmentarias previsiones de los socialistas científicos y de los anarquistas, algo que desdiga de tan hermoso cuadro?

¿Acaso no es superior en belleza el discurso de Don Quijote á las complicadas concepciones ideales de Moro, de Campanella, de Saint-Simón, de Fourier, de toda la legión, en suma, de los llamados socialistas utopistas?

Una diferencia fundamental, es cierto, hay entre Cervantes y los reformadores modernos, y es que el primero ve esa Arcadia tentadora en la infancia de la Humanidad, y los segundos la atisban en las brumas de lo porvenir; pero notad que Don Quijote y los reformadores la señalan como la única era de felicidad colectiva.

Lo que en el uno es nostalgia, es en los otros esperanza; mas lo mismo el que mira á «lo que fué» que los que miran

á «lo que será», tienen idéntica visión de paz, de ventura, de abundancia.

Y así, si Don Quijote no pudo ser un reformador—aun siendo tan grande su amor á los oprimidos y su odio á los soberbios,—tuvo valor bastante para salir á su defensa, y en ocasiones demostró que sabía muy bien dónde radicaba el origen de todo el mal social, y quizá, si los tiempos hubiesen sido otros, la acción del valeroso caballero no se hubiera encerrado en el estrecho marco del restablecimiento parcelario de la justicia...

¿Es este el ingenioso hidalgo que Miguel de Cervantes—«más versado en desdichas que en versos»—nos pintó? Yo no lo sé, ni mi modesto trabajo pretende ser una nueva interpretación de la obra inmortal.

Obediente al halagüeño mandato del Presidente de la Sección de Literatura de esta docta Casa, relato lo que veo en Don Quijote, y desde aquí os digo á vosotros y digo á los oprimidos, por cuya causa trabajé siempre y trabajaré toda mi vida, que si en la obra cuyo centenario celebramos hay enseñanzas y consuelos y regocijos para todos, los hay también para los humildes; que el *Quijote* no es obra escrita para recreo egoísta de escogidos y de ahitos, sino de consuelo, aliento y esperanza para los incultos y oprimidos.

Otros habrán prostituído su arte, haciéndole, como dijo el poeta, «esclavo del poder y la mentira»; Cervantes no, que por algo tuvo la vida y la desdicha como maestras supremas é insustituibles.

Señoras y señores: Los desatinos de Don Quijote loco, hacían más profundos y más discretos los razonamientos de Don Quijote cuerdo; las necedades de Sancho mentecato, daban mayor donosura á las agudezas de Sancho despierto; esta lectura mía realzará los primores de las otras, del propio modo que estimamos en más la salud después de la enfermedad, y la belleza nos parece más grande tras de habernos horrorizado con el espectáculo de la fealdad.

Y con esto concluye vuestra penitencia, y yo me veo libre de este potro, al que me trajo mi mala ventura.

Don Quijote en el extranjero.

Por Ramón Pérez de Ayala.



DON QUIJOTE EN EL EXTRANJERO

SEÑORAS Y SEÑORES:

«Mil veces, leyendo á mis filósofos, sabios, poetas y novelistas favoritos, de extrañas tierras, he pensado: ¡Qué lástima que este espíritu no hubiese penetrado y recordado bien el de Cervantes! La cita del Quijote estaba muchas veces *indicada*... y no venía. En Carlyle, en Renán, por ejemplo. ¡Cuántas veces *la asociación de ideas* llamaba al ingenioso hidalgo... y no venía!»

Palabras del maestro Clarín, en un libro póstumo. Y sin embargo, Cervantes y su Don Quijote son nuestro gran hombre y nuestro gran libro más traducidos al extranjero, más meticulosamente interpretados, apostillados y glosados, más alabados y encarecidos. Pero adviértase, que en este bandal de traductores, intérpretes y hermeneutas de países extraños, acontece lo propio que dentro de nuestra casa: y es, que por cada espíritu inquisidor é inquieto que cale y bucée y escudriñe en el caudal sin fondo de este libro imperecedero, se da una taifa de gentes de la más baja ralea intelectual; cerebros apergaminados, rugosos y cicateros, ávidos en la rebusca de naderías, mercachifles de las letras que trafican con las obras del ingenio como si fueran géneros de importación, y pedantes de toda laya, de esos que en sus andanzas y ajetreos por la vanagloria, en lugar de lucir el yelmo de Mambrino por de fuera del cráneo, lo llevan dentro de la cabeza.

«Verdaderamente familiarizado con Cervantes—añade Leopoldo Alas—yo no conozco á ningún grande hombre.»

Familiarizado... Parad la atención en este hondo y amable adjetivo. Familiarizado no dice relación de puro intelecto; aleja del ánimo toda idea de cosa fría y literaria, cual es la comprensión cabal en virtud de un juicio sereno, ajustado á las estrictas reglas de una estética rigurosa. Familiarizado supone íntima y afectuosa convivencia, calor de mutuos y acoplados sentires, no de parejo pensar; es adjetivo atañadero al amor. Para entender á Cervantes y á Don Quijote, es menester amar á entrambos ingenios y sublimes hidalgos. Pero, para amarlos, ¿no será menester entenderlos? ¿Y acaso no radicará aquí la razón de que no los amen hasta familiarizarse con ellos los hombres que desconocen esta recia y adusta, pero dócil y agradecida habla castellana?

Clarín nos dice: «Don Quijote no siendo en castellano no es ni la sombra de Don Quijote; no se puede penetrar todo lo que en idea-forma y en forma-idea vale el *Quijote*, sin tener el castellano en los tuétanos.»

Y mucho antes, Martínez de la Rosa, advertía «sólo á Cervantes le fué concedido animar á Don Quijote y á Sancho, enviarlos en busca de aventuras, y hacerlos hablar: su lengua no puede traducirse ni contrahacerse: es original, única, inimitable».

Si Don Quijote en otro idioma que no sea el de Castilla no es sombra de Don Quijote, si la lengua de hidalgo y escudero, es original, única, inimitable, y no puede traducirse, remedarse ó contrahacerse, parece lógico y necesario que los de afuera ni cabalmente los comprendan, ni cumplidamente los amen. Cierto que el hidalgo reciamente construído, seco de carnes, enjuto, amarillo y amojamado de rostro, que no parecía sino hecho de carne de momia, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y corva, los bigotes grandes, negros y caídos, y el labrador rechoncho y mollar; cierto que uno y otro, en las llanadas manchegas nacieron, bajo su sol único, en el aliento fecundo de la tierra se impregnaron, y de ella recibieron cierta modalidad de carácter que en ningún otro paraje ni región del mundo hubieran recibido; punto de honor enhiesto y firme, en el uno; sencillez terrenal, hombría de bien en

el otro; bizarro descuido, loco imaginar de bravas y desmedidas empresas en aquél; medroso encogimiento en éste; gallardías y baladronadas, donaires y pícaras burlas; y, todo cuanto, por tan maravilloso arte se entrecruza y combina, y forma organizada trama que no se diría otra cosa sino que es el tejido muscular y nervioso que mueve brazos, é imprime ademanes, y anima el rostro, y da vida al cuerpo ideal del andante caballero de la Triste Figura, y al de su escudero fiel. Pero ¿y la osamenta? ¿y el bien dispuesto y repartido armazón en que toda aquella carne de pura casta castellana se asienta? ¿Y los más ocultos resortes de aquel alma alucinada ó de aquella otra voluntad, bonachona como el buen pan, y á ras de tierra? Lo íntimo de Don Quijote es concreción de universal sentir; su esqueleto, fiel trasunto y breve compendio ó suma del de ese gran vertebrado, la humanidad; y el meollo, la médula, el tuétano de sus huesos, quintaesencia de la más alta intuición, substancia de genio, de héroe, según Carlyle.

Esta y no otra, es la razón de que la mayoría de los cervantófilos extranjeros, casi obsesos por la externa envoltura, y aunque versados en nuestro idioma, no embebidos en su peculiar genio y jugosa substancia, ó no hayan entendido á Don Quijote, ó lo hayan interpretado á tuertas.

Pero ¿qué otra cosa acontece con la mayor parte de los de por acá? A fuerza de comentarios vacuos, grotescos esoterismos, apostillas baladíes y toda suerte de ociosos repegones, han ido encostrando de tal suerte la bruñida y bien adamasquinada obra cervantesca, que es punto menos que imposible darse de cara con su brillo insigne sin asquearse en éste, á manera de moho y herrumbre que han puesto en ella. Bien está que disfrutemos y derritamos dentro de nuestras almas la dulcedumbre suavemente acordada de la prosa divina del manco divino, y el singular donaire de sus conceptos, y el malicioso resquemor de sus parlerías; pero hacer alto en este punto sin escarbar en los redaños y entresijos de sus héroes, es como quedar en el atrio de un templo, ó en el introito de un culto, ó como si en nuestras manos una de aquellas manzanas de oro de que habló Goethe, embebecidos con su belleza, deleitosa y regalada á la

vista, renunciáramos al sazonado y agridulce fruto antes que desgarrar la piel. Sería de ver al primer hombre atónico, suspenso ante la Naturaleza, moza é intacta, se ha dicho; y yo añado: sería de ver un espíritu de nuestro tiempo, bien templado y desnudo de conceptos postizos, meterse alma adentro en el Don Quijote. Vano empeño; antes de asomar en los umbrales de este libro, nos asedia un enjambre de guías, expertos conocedores de la vereda que hemos de recorrer y que á cada paso nos darán adecuada y prolija explicación de cuanto vemos; esto es un anacronismo, este pasaje está tomado de Amadís, aquí se hace alusión á Lope, acullá hay una construcción que no es castellana, y así sucesivamente. Nunca más á cuento ha venido aquella sentencia de Pablo de Tarsis, *la letra mata, el espíritu vivifica*. La letra de Don Quijote había soterrado su espíritu y ha sido ménester que dos talentos tan poderosos y sagaces como los de F. Navarro y Ledesma y Miguel de Unamuno, hayan hundido la luminosa lanza de su inteligencia en lo más recóndito y sustancioso, pasando por la letra, como por lo que es, diáfano y purísimo cristal, sin romperlo ni mancharlo. Nunca, hasta ahora, se habían dicho tan atinados conceptos, observaciones tan perspicaces, tan calurosas y vibrantes palabras, tan hondas ideas, tan humanas y amables hipótesis, acerca de Cervantes y Don Quijote; y si algo se le acereó ha sido fuera de nuestra tierra, voces despertigadas de un lado y otro del mundo, llenas de amorosa simpatía y de buen sentido.

Y al llegar á este punto, evitando enojosos y prolijos preámbulos, he de casar algunas ideas, que en lo ya escrito, parecen seguir cada cual su derrotero, en apariencia contradictorios. ¿No habíamos quedado, advertirá alguno, en que aquello que de castizo tiene Don Quijote es intraducible? ¿Cómo, pues, esas voces extrañas pregonan amor al buen hidalgo antes que nosotros? Ciertamente: la costra del libro y la encarnación palpable y humana de sus personajes, son del más puro casticismo. Esta es la causa de que los cervantistas españoles, casi en su totalidad, no hayan hecho sino resbalar, á ratos, por la mansa superficie de un estilo terso en algunos pasajes, ó reir en aventuras de retozón re-

gocijo, y todo se les vuelve disertar sobre si salen malparados los libros de caballerías de la mano sana de Cervantes, si su lenguaje es el más perfecto y expresivo, si las aventuras son de lozana inventiva, ó viceversa, que de todo hay, incluso trabajos muy atinados, cuerdos y entretenidos, de gran mérito sin duda, pero ninguno en que se le abra el pecho al hidalgo y se le pongan al aire su entrañable y espiritual sentir. Toda esta balumba de obras en su mayoría de acarreo, de erudición, de segundo orden ó cuando menos de carácter preparatorio, han echado sus raíces y tentáculos parasitarios por la corteza quiijotesca, de tal suerte, que es bravo empeño desgarrar su trama tupida, como lo es desarraigar la hiedra de un roble centenario.

Contrariamente, para los de afuera, esta envoltura y encarnadura netamente castellananas, es cosa que se disipa y se les va de ante los ojos, con lo cual el caballero de la Triste Figura de amojamado y escuálido y seco que era, tórnase mucho más, se queda en los puros huesos, que son huesos de humanidad, concreción de universal sentir, según se ha dicho. Y aún cuando supusiéramos que este interior tinglado del heroico manchego, sólo en algunas de sus piezas fuera conocido de los extraños, si éstos son un Stendhal, ó un Heine, ó un Tolstoi, no es de admirar que luego, de su cosecha, lo reconstruyan y hagan vivir tal como nació y se hizo hombre en el genio de Cervantes, con su meollo metafísico, del mismo modo que Cuvier ante un fragmento óseo de animal antediluviano levantaba el edificio de su esqueleto. Pero este vigor constructivo sólo le es dado á aquellos que con mayor intensidad viven la vida humana, y de aquí el que si en contadas ocasiones damos con frases acerca del *Quijote* que nos inundan el alma en suave ternura de agradecimiento, las más de las veces, la cita de Cervantes está indicada y... no viene, la asociación de ideas llama al ingenioso hidalgo... y no viene.

Decidme á este propósito, si no asoma á las mientes la hidalguería y ridícula figura de Don Quijote y algunas de sus andanzas, ó la rechonchez de Sancho y sus refranes y decires, cada vez que se trate de inquirir cuál sea la naturaleza de lo cómico, y por qué misteriosos y desconocidos

mineros mana á borbollones la risa. Y decidme igualmente si leyendo libros que de estos curiosos fenómenos de psicología hablen muy por largo, al ver que nunca llegan ni amo ni escudero, no os invaden la amargura, la decepción. Pues ni Descartes, ni Lammenais, ni Dumont, ni Schopenhauer, ni Rouvier, ni Spencer, ni Bain, ni Fouillé, ni Ribot, los cuales han formulado sendas teorías sobre este asunto, se acuerdan para nada de nuestro héroe, que tan en punto hubiera estado á guisa de documento, ya que en él se compendian y resumen todas.

Dugás, en cambio, en su *Psicología de la risa*, trae á cuento al andante caballero, pero con ocasión tan desdichada y tan de segunda mano por las trazas, que más valdría que no se hubiera acordado de él. Escuchad:—«Las cosas reales pueden parecernos risibles, pero no lo son por naturaleza. Al contrario, las cosas imaginarias son risibles en sí. Tiene la idealidad un singular defecto, y es que no sirve sino para divertir y mover á risa. Imaginario es sinónimo de ridículo. Un infierno en el cual no se cree, es un infierno *pour rire*. Así, la imaginación con sus quimeras, su locura grandiosa ó sus inocentes, extravagantes caprichos, préstase más á la risa que á la realidad grotesca. De esta suerte, se puede oponer á la risa idealista que nace de las cosas, la risa realista que se burla de las ideas. En el libro inmortal de *Don Quijote* encuéntranse estas dos direcciones de lo cómico; no es Sancho menos ridículo que su amo, pero lo es de otra manera; por decirlo así, en sentido inverso. Se regocija la razón á costa del uno; á costa del otro, el buen sentido; entiéndase: razón, sentido de lo ideal; buen sentido, sentido de lo real.

»Si es la burla más atrevida y fuerte aquella que toma pie en realidades, es la más natural y frecuente aquella que se ensaña en extravagancias de ensueño. Los grandes autores cómicos, Rabelais, Molière, Cervantes, son realistas; dan la razón á *phusis* en contra de *antiphusis*, y *antiphusis* aquí no es otra cosa que los productos monstruosos de la imaginación humana: sentimentalismo novelesco, locura heroica, preciosismo, etc., etc. Su risa es el desquite del buen sentido contra las divagaciones orgullosas de la fantasía.»

Decidme si al llegar á esto no sentís un punto de hostilidad contra este señor sabio, tan ligero, que así hace y deshace á su antojo. Pero aún hay más.

«Obsérvese que la mayoría de los personajes cómicos se distinguen por su espíritu imaginativo, son iluminados, des-cerebrados, locos; en su mollera se asienta la vacuidad de los ensueños. El mejor tipo del género es Don Quijote.»

Y á seguida hace una cita de Michiels que no le deja muy bien parado. «Simboliza la tendencia á olvidar, á desconocer los hechos de la vida real. En sus ideales de gloria caballeresca, de empresas heroicas, toma molinos de viento, cuyas alas voltean á impulsos de la brisa, por gigantes que mueven sus brazos; rebaños, por ejércitos de sarracenos; fantoches, por seres vivos, y á una robusta labriega, por gentil castellana. Ni fracasos ni sufrimientos aniquila su ilusión. Camina á través de su ensueño como á través de densa niebla poblada de figuras quiméricas. Sus andanzas, escritas con manifiesto propósito de mofa, divierten como una mascarada. Pero—y este pero denota palmariamente que no es Michiels tan miope como el sabio antes citado—pero, la locura de Don Quijote de tan sistemática y completa, cesa de ser divertida; *á la larga, nos parece inquietante y grave.*»

Bergson, en un libro publicado hace contados meses, *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico*, sienta una teoría muy ingeniosa y acertada, que puede resumirse en los siguientes rasgos sintéticos: «Cuanto nos sugiera ideas de automatismo, de tiesura mecánica, es cómico; y al revés, todo lo cómico lo es en virtud de hacernos pensar en esta inconsciencia y agarrotamiento á lo fantoche. Actitudes, gestos y movimientos del cuerpo son risibles en la exacta medida que este cuerpo nos hace pensar en una simple mecánica. El cuerpo, sobreponiéndose al alma, todo incidente que lleve nuestra atención á la parte física de una persona, cuando la causa debiera ser lo moral, es cómico.» ¿No os acuden á la memoria muchedumbre de trances qui-jotescos que pudieran subrayar y avalorar estas ideas? Bergson parece ignorarlos, y sólo más adelante al decir: «reímos siempre que una persona nos da la sensación de una

cosa», añade: «se ríe viendo á Sancho Panza manteado y por los aires como una pelota».

Lo distintivo de lo cómico en los caracteres es la insociabilidad. «Si un carácter es insociable, puede ser cómico. Grave ó ligero, nos hará reír si se las arregla de modo que no nos conmovamos. Insociabilidad del personaje, insensibilidad del espectador: he aquí las dos condiciones esenciales, juntamente con el automatismo que está implícito dentro de ellas. Toda distracción es cómica, y cuanto más profunda la distracción, más alto linaje el de lo cómico. La distracción sistemática, la de Don Quijote, es lo que de más cómico se puede imaginar en el mundo. Es lo cómico mismo, agotado, dentro de lo posible, en su propio manantial.»

Theophilo Gautier ha dicho de lo cómico extravagante que es la lógica de lo absurdo. Numerosa filosofía de la risa se asienta sobre ideas análogas.

Lo absurdo en lo cómico no es un absurdo cualquiera. Es un absurdo determinado. No crea lo cómico, se deriva de él. No es la causa, sino el efecto.

Suponed que un día, paseando por el campo, en la cumbre de un collado, alcanzáis á ver algo que vagamente se parece á un gran cuerpo inmóvil, con luengos brazos que giran. Aún no sabéis lo que aquello será; pero de seguro escudriñáis entre vuestras ideas ó recuerdos aquel que mejor se acople ó convenga á lo que divisáis lejano. De pronto la imagen de un molino de viento se levanta en vuestro espíritu. Sí; es un molino de viento lo que tenéis ante la vista, y poco importa que unas horas antes hayáis leído cuentos de hadas é historias de gigantes de descomunales brazos. El buen sentido consiste en saber acordarse, pero más en saber olvidar. El buen sentido es el esfuerzo de un espíritu que se adapta y se readeapta sin tregua, cambiando de idea á cada nuevo objeto. Es una modalidad de la inteligencia que casa exactamente con la movilidad de las cosas. Es la continuidad en movimiento de nuestra atención á la vida.

Ahora, he aquí á Don Quijote que se va á la guerra. (Así dice, ni más ni menos que Mambrú, lo cual prueba que la generalidad de estos señores sólo conocen el libro por referencia. Recuérdese lo de los cuentos de hadas.) Ha leído

en las novelas que los caballeros topan en su camino con adversarios gigantes. Le es, por tanto, menester un gigante. La idea del gigante es un recuerdo privilegiado que afincó en su espíritu, que agazapándose acecha la coyuntura de precipitarse fuera y encarnar en una cosa. Este recuerdo quiere materializarse, y el primer objeto que se presente, aunque con un gigante guarde remotísima semejanza, gigante será, hecho y derecho. Donde vosotros veis molinos de viento, ve Don Quijote gigantes. Esto es cómico y es absurdo. Pero, ¿es un absurdo cualquiera?

Es una inversión especial del sentido común. Consiste en pretender modelar las cosas sobre una idea y no la idea sobre las cosas. Consiste en ver delante aquello en que se piensa, en lugar de pensar en aquello que se ve. El buen sentido consiste en poner todos los recuerdos parejos y á la iguala; el recuerdo apropiado resonará con la situación presente si es su afín, y la interpretará. Por el contrario, en Don Quijote existe un grupo de recuerdos que domina á los otros y al personaje mismo: la realidad ha de doblegarse ante lo imaginado y darle cuerpo.

Formada la ilusión, Don Quijote, razonable, la desenvuelve hasta sus últimas consecuencias; se entrega á ella, seguro y preciso, como un sonámbulo. Ved, pues, el origen del error y la lógica especial que rige aquí al absurdo.»

Y dejando con esto á una parte psicólogos y psicofisólogos, oigamos lo que poetas, novelistas, pensadores y filósofos nos dicen de D. Alonso Quijano el bueno, ó de su creador D. Miguel de Cervantes Saavedra.

Juan de Lafontaine, en sus *Cuentos y baladas* escribe una frase admirable de sencillez, de todos conocida: «Me encanta Cervantes.» Nada más; y basta en aquel espíritu sutil que supo cautelar rastreras pasiones y villanos instintos en ficciones ingenuas.

Boileau, en carta á Racine, á vuelta de quejumbrosas noticias sobre su salud, acerca de si su afonía se muestra pertinaz, ó si el médico le ha mandado purgarse, y otras de este linaje, dice: «Esfuérzome en arrastrar mi vida miserable como mejor me es dado, con un abate, hombre muy de bien, que es tesorero de una santa capilla, mi médico y mi

apotecario. Discurro mi tiempo con ellos, sobre poco más ó menos como lo discurría Don Quijote, *en un lugar de la Mancha*, con el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco; tengo también un ama, fáltame la sobrina. Pero de todas estas gentes, aquel que mejor representa su personaje soy yo, que estoy casi tan loco como él, y que diría no menores simplezas si fueran capaces de entenderme.»

Reparad en que esto ha sido escrito por un hombre tan bien medido y ponderado en sus juicios, como lo fué Nicolás Depreaux, y en siglo tan galantemente frívolo, tan secamente espiritual, tan hipócritamente amable, tan ceremonioso y de fría galanura, tan sin pasiones y de rasero como lo fué el siglo de las gabotas y minuets, de las marquesas pastoras de cándidos corderillos, de los abates casquivanos, de las grisetitas favoritas del rey. Y entonces, el temido cancerbero del Parnaso, que no aventuraba palabra sin antes aquilatarla y medirla, el hombre posado en sus decisiones, que eran la cordura y la sensatez misma, se declara casi tan loco como Don Quijote, y diría no menores simplezas si las gentes de su trato fueran capaces de entenderlo.

Por ser curiosos, y si no de gran alcance crítico, de fina perspicacia, transcribo algunos párrafos de la dedicatoria de Rabeners Satiren, por Gottlieb Wilthelm Rabener:

«Al rucio de Sancho Panza. ¡Dichoso, oh, tres veces, dichoso asno que encaneciste en los tiempos del sabio Sancho, cuando se veneraban los merecimientos hasta en los asnos!...

»Una prueba de tu ingenio fué que, en el espacio de algunos meses y entre mil infortunios, aprendiste más de lo que pueden á duras penas aprender en España cien hijos de nobles durante tres años de Universidad en Osuna.

»El saber, que á tantos jóvenes doctos hace insoportables, fué para tí un nuevo impulso á la humildad; virtud que no es común entre nuestros estudiantes...

»Era una falta de tu tiempo el que se escribía poco y se pensaba menos aún; en nuestros tiempos la falta consiste en que escriben muchos sin reflexionar...

»Con ninguna de todas sus aventuras ha dado Sancho Panza tan irrecusables muestras de su talento como con el

gobierno de la insula Barataria, y justamente en aquel período de tiempo tus preeminencias se han colocado en una luz que no puede obscurecer la sucesión de los siglos. Tú fuiste el hermano y el más fiel amigo del feliz Sancho. Él no se atrevió á gobernar sin tí, y al llevarte detrás de sí al gobierno, con jaeces y ornamentos de seda, volvía la cabeza de cuando en cuando á mirarte, y con tu compañía iba tan contento que no se trocara con el emperador de Alemania. Y á tí recurrió, cuando, fatigado por el peso del no acostumbrado gobierno, tomó la magnánima resolución de huir sobre tí, asno fiel, de la penosa ostentación de un mando.»

Del doctor John Bowle, citado por Juan Montalvo, son las siguientes palabras: «Este autor celebérrimo, tan justamente estimado de todas las naciones cultas, es el nunca como se debe alabado Miguel de Cervantes Saavedra, honor y gloria, no solamente de su patria, sino de todo el género humano.»

Y añadiré, porque en este punto coincide con ciertas apreciaciones del último libro de Miguel de Unamuno, que el doctor Bowle supone que Cervantes, al idear su libro famoso, acaso se inspirara en Iñigo de Loyola, del cual un historiador francés dice «que fué tan famoso en su caballería andante espiritual como su ilustre paisano Don Quijote lo fué yendo en busca de aventuras». «Esto—según Bowle—fácilmente se deduce de la relación que de sus hechos nos da el P. Rivadeneira, examinando los cuales puede establecerse un justo paralelo entre ambos caballeros. Loyola en su juventud *era muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías*. Cambió su lectura por el *Flor Sanctorum*, y se determinó á *querer imitar y obrar lo que leía*. Mezclando Loyola las prácticas caballerescas en sus actos piadosos, *por imitar él, como caballero de Christo, aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas armas toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora de Monserrat*. La conducta de Loyola fué en muchas ocasiones verdaderamente quijotesca, como puede verse comparando los diversos historiadores.»

Florián, traductor del *Quijote*, estampa al frente de su

traducción: «Una verdad que no me parece bastante conocida es que Don Quijote, además de su donaire, de su estilo cómico, está lleno de esa filosofía natural que, al ridiculizar preocupaciones quiméricas, respeta el fondo de sana moral que contengan. Todo lo que el héroe dice, cuando no habla de caballería, parece dictado por la sabiduría para hacer amar la virtud; su mismo delirio no es más que un amor mal entendido de esa virtud. Don Quijote es loco en sus acciones, pero es cuerdo cuando raciocina; y, como siempre es bueno, se le ama siempre; nos reímos de él, pero nos interesamos por él; vémosle que desbarra, y, sin embargo, le escuchamos.»

¡Lástima que el divino Júpiter de Weimar y el admirable Juan Pablo, no hayan ahondado, y convivido y amado á Don Quijote como fuera de esperar! Sí, tocante á ellos tiene justeza lo que *Clarín* decía: «Verdaderamente familiarizando con Cervantes no conozco á ningún grande hombre», díganme si aquello que yo afirmaba de que los extraños pueden ir más en derechura al meollo de la locura cuerda, y de la sublime ridiculez de Don Alonso, no adquiere trazas de certidumbre escuchando á Schelling.

No será demasiado afirmar que hasta ahora sólo hay dos novelas, y son el *Don Quijote*, de Cervantes, y el *Wilhelm Meister*, de Goethe; aquél perteneciente á la más magnífica de las nociones; éste á la más sólida.

Basta recordar el *Don Quijote* para comprender lo que quiere decir la idea de una mitología creada por el genio de un solo individuo. Don Quijote y Sancho Panza son personajes mitológicos en todo el ámbito del mundo civilizado, como la historia de los molinos de viento, etc., etc., son verdaderos mitos, tradiciones mitológicas. Lo que en la limitada concepción de un ingenio de segundo orden habría parecido apropiado solamente como sátira de una locura determinada, nuestro poeta, por medio de la más feliz de todas las invenciones, lo ha metamorfoseado en la más universal, profunda y pintoresca imagen de la vida.»

Y más adelante: «Hace el poeta nacer sus deleitables sucesos de asuntos que, en su mayor parte, no son nacionales sino enteramente generales, como el encuentro de los

galeotes, del titiritero, del león en la jaula. El ventero, que Don Quijote toma por un castellano, y la Maritornes, son en todas partes de casa.

Los antiguos han alabado á Homero como el más feliz inventor; los modernos, con razón, á Cervantes.»

Los hermanos Schellgel, devotos de Cervantes y su obra, escribieron muy atinadas y justas disquisiciones críticas, tanto sobre el espíritu de Don Quijote como sobre su forma externa. Como no es cosa fácilmente hacedera entresacar frases representativas de un trabajo de tan sólida estructura y recia trabazón de discurso, baste mencionarlos por ahora. (Véase acerca de estos autores y de otros que no se citan, Hegel, Schopenhauer, etc., etc., el tercer tomo de la *Bibliografía Crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Leopoldo Rius.)

Saint-Beuve—*Nuevos Lunes*—dedica un artículo á Don Quijote. De él puede entresacarse algo tan sustancioso y original como lo que sigue: «Sin que lo pensara Cervantes cada uno de nosotros es á su manera un Don Quijote y un Sancho Panza. En cada uno de nosotros se halla en mayor ó menor grado, algo de esta deficiente alianza del ideal exaltado y del buen sentido positivo y rastrero. En muchos es solo cuestión de edad; uno se duerme siendo Don Quijote y se despierta siendo Sancho.»

¡Desbastarse cada día algo, como Sancho: esto es, pasar de un absurdo grande á un absurdo menor! ¿No es cierto, que extremando la ironía podría sostenerse sin demasiada inverosimilitud, que sea quizás éste, en ciertos ramos, el único progreso posible para la humanidad?

Cervantes compuso una obra maestra, sin sombra alguna, de claridad perfecta, obra amena, sensata, en la que sólo se introduce lo quimérico para ridiculizarlo.

Ahora bien; si queremos proceder con cordura al juzgar el *Quijote*, es preciso secar esa lágrima que de algún tiempo á esta parte se ha querido unir á la sonrisa, ó cuando menos, es menester decir para que el mundo lo sepa: Esta lágrima se la hemos puesto nosotros, porque creemos que le sienta mejor.»

En las memorias de un turista, Henry Bayle, nos habla

de «la noble delicadeza y de la grandeza de alma del admirable Don Quijote». Y el mismo Stendhal, con aquella sutil intensidad que tanto encareció Hipólito Taine, en cierta ocasión, lamentábase de que no estuviera en su mano el perder la memoria de año en año, para renovar durante su vida el placer de leer por vez primera dos libros: el *Quijote* y *Las mil y una noches*.

Y en este punto, ante las mil y mil opiniones de extranjeros que quedan por examinar, algunas muy conocidas—Merimée, Tourgueneff, Gautier, Víctor Hugo, Chasles,—menos vulgares otras—William Prescott, Biedermann, Haggberg, Dentingeretrest—todas ellas asequibles merced á la ya citada bibliografía de Rius, es menester mencionar á dos singulares ingenios que han sabido decir bellas y hondas palabras acerca del *Quijote*. El uno, aunque escribe en lengua castellana no es nacido en España. Trátase del malogrado escritor Juan Montalvo. Es el otro *el más grande poeta lírico* (1) del siglo xix, Enrique Heine.

«Capítulos que se le olvidaron á Cervantes—ensayo de imitación de un libro inimitable.» Tales son título y subtítulo de una obra póstuma de Juan Montalvo; y, si al escuchar este orgulloso rótulo frunciis el ceño dispuestos á fulminar vuestro odio contra el osado que descolló de la espetera la péñola de Cide Hamete, después de haber leído el proemio del ensayo, le perdonaríais enternecidos, y hasta pienso que el mismo Cervantes si llegara á leerlo perdonárale igualmente, por la misma razón que Cristo perdonó á Miriam de Magdala, por haber amado tanto.

Es empresa lindante con lo imposible, extractar ó condensar cumplidamente este prólogo ó proemio, y como no seré yo quien se precie de semejantes empeños, me doy por muy satisfecho con transcribir algunas de sus frases y párrafos.

«Juan Falstaff no es ni para escudero de Don Quijote.» Dice en una ocasión y más luego: «Don Quijote es un discípulo de Platón con una capa de sandez.»—«Echada al crisol de la filosofía, locura que tan risible nos parece, luego veríamos cuajarse una pepita de oro aquilatado.»

(1) Apreciación puramente subjetiva, discutible como tal.

Hablando de los dolores mudos de aquellos que con sus donaires, malicias y agudezas han sabido endulzar los dolores de los otros, tiene expresiones tan castizas y hondas como las que siguen: «Ríe el dolor, ríe la desdicha, y los que tienen el poder de alegrar á los demás, de sazonarles la vida con la grosura del ingenio, la untuosidad almibarada con que pasan fácil y agradablemente los peores bocados; esos brujos inocentes, digo, no participan casi nunca de la sal con que regalan y deleitan á los otros.»

En otro pasaje se lee: «Ni Don Quijote es ridículo ni Sancho bellaco, sin que de la ridiculez del uno y de la bellaquería del otro resulte algún provecho general. Los filósofos encarnan sus ideas en expresiones severas, é incultan en nosotros sus principios con modos de decir que nos convencen gravemente. Esto, por lo que tiene de fácil, cualquiera lo hace, si el cualquiera es uno que disfruta lo de Platón y Montaigne. Ocultar un pensamiento superior debajo de una trivialidad; sostener una proposición atrevida en forma de perogrullada; aludir á cosas grandes como quien habla de paso; llevar adelante una obra seria y profunda, chanceando y riendo sin cesar, empresa es de Cervantes.»

Entre las citas que Rius hace de Heine no aparece cierta página de Alemania: página de conmovedora intensidad y ternura. Dice así:

«Los autores de *Hamlet* y del *Quijote* son los más grandes poetas que han producido los tiempos modernos. Más aún que el dulce William, Cervantes ejerce sobre mí indefinible encanto. Le amo hasta derramar lágrimas. Y este amor viene de tiempo atrás.

Es el *Don Quijote* el primer libro que he leído, cuando pronunciaba ya bastante bien las letras. Aún recuerdo aquellos tiempos en que huía, muy de mañana, de la casa paterna, é iba á los jardines públicos á leer *Don Quijote* sin que nadie me molestase. Era una hermosa mañana de Mayo, en los comienzos de la primavera, que brillaba en apacible aurora, y hacía que el rui señor la adulase. Y este dulce adulator cantaba sus loores con voz tan dulce y cariciosa, que las rosas, aun las más púdicas, abrían sus botones, y los enamorados céspedes dábanse tiernos besos con los

rayos del sol, y árboles y flores se estremecían. Yo me sentaba en la avenida llamada de los Suspiros, sobre un banco de piedra guarnecido de musgo, cercano al surtidor, y mi corazón joven se regocijaba en las aventuras del osado caballero. En mi probidad infantil lo tomaba todo en serio. A cada zarandeo que la suerte le deparaba al pobre héroe, yo pensaba, que así debiera ser, que es propio de héroes ser zurrados y escarnecidos, y esto me contristaba mucho. Era muy niño, no estaba al tanto de la ironía que Dios ha creado en su universo, y que el gran poeta ha imitado en el suyo; y así, derramaba amarguísimas lágrimas cuando el caballero no recogía sino ingratitudes é insultos; y como, poco experto en la lectura, pronunciaba cada palabra en voz alta, pájaros y árboles podían escucharme. Lo mismo que yo, estos inocentes seres de la Naturaleza no entendían gran cosa de ironía; también ellos lo tomaban todo en serio y lloraban los dolores del caballero infortunado. Al menos se me figuró que sollozaba una vieja haya, y que el grave chorro del surtidor sacudía su barba ondulante más reciamente, gimiendo por la dureza de los hombres. Encontrábamos que el heroísmo de Don Quijote merecía siempre la misma admiración que cuando el león, perezoso de combate, le vuelve la espalda, y que sus acciones eran tan gloriosas y meritorias como seco y desmedrado su cuerpo, carcomida su armadura y descarnado su rocín. Despreciábamos á la canalla que molía, cobarde, á palos al héroe, y más aún á la canalla aristócrata que exornada con bellas vestiduras joyantes, frases distinguidas y título ducal, se burlaba de un hombre que tan les sobrepasaba en nobleza y espíritu. El caballero de Dulcinea elevábase más y más en mi alma y ganaba más y más mi afecto, según avanzaba en este libro maravilloso, cosa que aconteció en este jardín, hasta fines de otoño, en que llegué al final de la historia. Nunca olvidaré el día que leí el desdichado combate, de tan triste vencimiento para el caballero.

Era un día triste. Feos nubarrones gris cubrían el cielo gris. Desprendíanse dolorosamente las hojas amarillas de los árboles. Pesadas lágrimas de lluvia estaban suspendidas en las últimas flores, cuyas cabezas se inclinaban melancó-

licas. Los ruiseñores habían enmudecido hacía tiempo. La imagen de la decadencia de todas las cosas se extendía en torno mío, y mi corazón estuvo á punto de estallar cuando leí, cómo el noble caballero tendido y cubierto de polvo, sin levantar la visera, elevando hacia su vencedor la voz hueca y débil, que parecía salir de una tumba, le dijo:—«Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.»

Sólo el triste, el amargado, el andariego y vencido poeta Heine, mellizo en dolores de Cervantes, mellizo en ideal é infortunios, hermano menor en el triste y doloroso sonreír, pudo haber atinado á calcar en verso escrito el alma del *Quijote*. «Era muy niño: no estaba al tanto de la ironía que Dios ha creado en su universo, y que el gran poeta ha imitado en el suyo.» Breve trasunto de este universo de ironía es el libro portentoso para los que creemos firmemente, si no en Ormuz y Arimán, en una extensión animada por un espíritu, benévolo en ocasiones, adverso en otras, irónico siempre, en una realidad burlona y tornadiza que, viéndonos, enhiesta la voluntad, inrompible el propósito, en ristre la lanza del orgullo ambicioso, del anhelar de gloria, nos trueca los gigantes que habíamos de aniquilar con nuestro brío en molinos de viento, y que al mirarnos desmayada y floja la voluntad, desvanecido el propósito, hecha trizas y herrumbosa la lanza de la ambición, convierte los molinos que habían de darnos el pan cotidiano en gigantes invencibles. Por donde quiera decepción, desencanto, en el universo y en el libro. Lucha el manchego D. Alonso por la gloria, como ha dicho muy bien Unamuno. «Es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama»; no por otra cosa. En tanto haya quien luche por el uno y por la otra, habrá Quijotes, sea cual fuese el escenario de la pelea, y aquellos que en sus tuétanos sientan el clamor del salmista, sed de infinito, ansia de inmortalidad, sean de casa, sean de fuera, verán como les corre por los huesos el mismo escalofrío heroico del denodado caballero, al encararse con los

peligros, y como á la fin la propia pesadumbre se asienta en su alma con el vencimiento que la ironía del mundo les impusiera. El disfrute del espíritu de Don Quijote tócanos á todos, propios y extraños, en la misma medida, que universal es este soplo de aniquilamiento ante la esquivia realidad. Y si uno de esos maravillosos alquimistas ó químicos de la crítica, por medio de sus artes y sutiles expedientes, fueran capaces de extractar en una fórmula todo el jugo de nuestro libro inmarcesible, no fuera otra que cierta sentencia de un extranjero, otro Quijote que quizás no haya leído el *Quijote*, Federico Nietzsche.

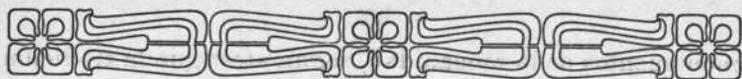
—«Todos somos monos de nuestro ideal.»

HE DICHO..

¿Es un libro esotérico el Quijote?

Por Rafael Urbano.

F. T. S.



¿Es un libro esotérico el Quijote?

I

Hay libros biblias sobre los cuales vuelve constantemente la humanidad, animándolos de un modo perdurable con nuevos y continuados comentarios. Esos libros son, desde luego, los mejores monumentos de cada pueblo; los libros que inauguran una lengua, los que la fijan de un modo más acabado, los que expresan la historia de un gran ciclo, ó los que revelan para siempre, de un modo definitivo, un ansia humana. Son libros revelados por los grandes maestros de compasión, ó libros divinos que han hecho carne y luz en las mentes inmaculadas de hombres predilectos.

Un día llega el gran mensajero y besando la frente de un escogido, le dice: «Y bendito sea el fruto de tu mente.» Y la mente saludada por el ángel da á luz, quedando pura. Pare entre las bestias y los humildes, y el gran hijo, perseguido por la ira del mayor y más viejo de los ancianos, el Herodes del sentido rutinario, vive errante y oculto hasta que llega la hora de su glorificación eterna.

La última idea es el último Cristo y el último Budha que se revela á los hombres.

La revelación se hace de dos maneras distintas, opuestas al parecer, pero conformes entre sí, porque en el fondo no se trata más que de una sola y única revelación: de la única verdad.

Unas veces los grandes libros son revelaciones directas de lo Divino, como ocurre con los más grandes y antiguos

monumentos de la humanidad, según atestigua la tradición de los hombres, y otras, bajo el aspecto de conquistas humanas, la Verdad y lo Divino se manifiestan como triunfos y asaltos de las mentes, aunque no sean en realidad sino testimonios clarísimos de una evolución moral, y en todo caso, la señal de que debe procederse á una iniciación colectiva.

Y así, la palabra murmurada, la máquina concebida y la región descubierta, otro hombre ú otros muchos han podido murmurarla, concebirla y descubrirla; y á menudo, con frecuencia, las mejores palabras de los poetas y los grandes inventos de los sabios no pueden vincularse á un hombre sólo, y es preciso añadir á cada uno un compañero que, á distancia, muy lejos y sin noticia del otro, ha llegado á una conclusión idéntica ó parecida. Newton y Leibnitz van asociados en el cálculo infinitesimal; Kant y Laplace, en la nebulosa; Adams y Le Verrier, en el descubrimiento de un mismo astro.

En órdenes más libres la concurrencia no se manifiesta tan claramente, pero no deja de existir por eso. Si en un caso raro dos hombres escriben un drama ó una novela parecida, en un caso más frecuente dos mutuos desconocidos desarrollan el mismo asunto. Por lo demás, en todas las literaturas hay un Shakespeare para cada pueblo y un Homero para cada lenguaje, aunque sólo el más grande de los Shakespeares y de los Homeros sean el único Shakespeare y el único Homero que deban en realidad consignarse.

Hoy, después de haber iniciado á los estudiantes en los postulados geométricos, todos ellos son como Euclides; pero el único Euclides es el primero que los dictara.

La vanidad humana puede creer en el genio como en un conquistador afortunado; pero no es sino un primer hombre de una serie uniforme que estará más adelante en el mismo nivel de iniciación, mientras no llegue otro nuevo profeta. Así es como lo vulgar actual fué lo excepcional de lo pasado, y por esto podemos comprenderlo.

Pero la revelación de lo divino, sea mecánica ó espiritual, se manifieste en el invento de una máquina ó en la emisión de una idea, se hace siempre por un signo, de una

manera provisional y esotérica, que debe desarrollarse y desentrañarse más adelante.

En verdad toda revelación se nos ha dado, y lo que ocurre es que vamos descifrando el enigma poco á poco.

Toda la mecánica ha sido revelada en principio al primer hombre, bajo la forma de movimiento, y la revelación fué patente cuando por su evolución mental llegó al plano inclinado y al martillo. Lo demás es un comento de esas máquinas primarias; y la mecánica, la construcción y la ingeniería no son sino una exégesis no terminada de la única divina revelación espiritual: la conciencia.

Hechas estas revelaciones á un hombre, llegaría lógicamente el estado actual. Y si fuera posible otra vez el nacimiento de un primer hombre, dándole las facultades de pensar y moverse, pasaría por Aristóteles, por Descartes, por Kant, por Edison, y llegaría al más elevado de nuestra época.

Es preciso, sin embargo, que nos atengamos sólo á un extremo de la revelación. Al de la revelación moral, ya que él mismo nos ha traído á estas ideas con motivo del homenaje que la cultura española tributa á una de las obras más interesantes que ha producido: *EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA*, por *Miguel de Cervantes Saavedra*.

II

La obra de Cervantes ha tenido la propiedad de despertar, entre todos los hombres, un sinnúmero de ideas, después de leerla con algún detenimiento. Y esta constante y sostenida modernidad que mantiene, acredítala como un libro revelado, como una verdad llena de jugo, como una revelación inacabada, ya que no se ha hecho de ella un último y definitivo comentario, y es aún para los hombres, no el pan intelectual para el hambre de un día y un hombre solo, sino un mar inagotable, hasta la fecha, para la sed de todos los días y de todos y cada uno de los hombres.

No se sabe lo profundo del mar, y el mar es cada día profundo. Y cuando llegue á saberse su cabida y se pueda

decir: «Hasta aquí llega», el mar no será ya profundo, ni mar siquiera.

La eternidad del *Quijote*, su duración en el tiempo y su extensión ilimitada para la razón de los hombres, lo revisiten del carácter augusto de una revelación divina, de un algo revelado, pero revelado como todas las revelaciones conocidas, revelado para que siga revelándose; donado, más bien, á las gentes para que lo miren y lo gusten desde todos los sitios y por todas partes.

En este aspecto yo no vacilo en tomarle por un libro divino, por un gran libro, por uno de esos libros sobre los cuales ha de volverse cotidianamente, porque todos los días puede enseñar alguna cosa, hasta que el hombre, habiéndolo comentado lo bastante, lo deje sin jugo alguno, desubstanciando las verdades que encierra.

Pero no ha sido vista así por casi nadie la obra de Cervantes, como tampoco se ha considerado de igual modo la obra de Shakespeare y el mismo Apocalipsis, libros sobre los que han trabajado tantos enfermos y sobre los que tantos enfermos han de trabajar todavía, más para agravar sus dolencias que para remediarlas.

Lo que se afirma por regla general, después de la lectura de esas obras es, desde luego, su divinidad; pero para aminorarla en seguida reduciendo la revelación continua á un comento definitivo que, si fuera verdad, acabaría con ellas al revelarse la pretendida enseñanza que se dice haber descubierto. Y es que más que tomarlas por algo revelado para revelarse poco á poco en cada uno, se las toma como obras ocultas y esotéricas en el más despreciable y egoísta significado que se da á estas dos palabras. Se cree que son jeroglíficos que contienen la receta de un *alcahest*. Y así todos los comentarios conocidos de Shakespeare, del Apocalipsis y de Cervantes, son sólo ponderaciones, anuncios de un *alcahest* personal, ineficaz para el resto de los hombres, que necesitan otro más fuerte ó más débil; pero no el anunciado últimamente, ni ninguno que pueda anunciarse andando el tiempo.

Nuestra verdad es lo que nosotros hallamos.

Son tres ó cuatro puntos, tres ó cuatro párrafos de esas

obras, los que escoge el enfermo para fundar sobre ellos su comentario. Tratándose de las visiones de San Juan, ya se sabe, el célebre cordero, llamado á levantar el séptimo sello, es el propio comentarista de última hora. En el caso de Cervantes, el exégeta es siempre el soñado sabio «que en los venideros tiempos» saca á luz «la verdadera historia», y para el cual ha escrito expresamente Cervantes esas páginas tan excépticas y terribles, que tomadas á la ventura personal resultan edificantes y fuertes.

No es eso.

El *Quijote* no es un libro esotérico y oculto, un libro fuerte, un libro revelado por los dioses, sino un libro escrito por un hombre, una obra de magia, de magia negra, de magia mala, escrito por un hombre desprovisto de toda esperanza. Por el mayor verdugo del ideal. Por el más sincero y humano de los narradores, pero no por el más humanizado de los hombres. Es un libro de decadencia, de decrepitud y desfallecimiento moral.

Si es cosa de morir de risa viendo todas las locuras de Don Quijote, es cosa de morir de pena viendo, al fin y á la postre de la historia, cómo fué tan desgraciado siendo loco y cómo vivió tan poco siendo cuerdo.

Y es que toda la fábula de la obra va encaminada, enderezada por el propio autor, contra toda resurrección anímica. Este es el verdadero y único fin que se persigue en toda ella. El *Quijote* es, como podría decirse hoy empleando el lenguaje de Nietzsche, una desmonetización de todos los valores morales de la época de Cervantes. Es un desencanto. Es la quiebra de todos los ideales y la más terrible de las censuras que se han escrito contra la preponderancia del ideal en la vida. Así, Don Quijote es un derrotado mental práctico, un derrotado en la vida por el terrible delito de seguir y creer en un ideal en que nadie sino él cree y acata. Es la condenación de todo ideal para la vida, y así pudo muy bien recomendarlo Augusto Comte, como uno de los libros de la biblioteca del positivista.

La finalidad del *Quijote* no tiene ni siquiera la brutalidad desconsoladora del consejo spenceriano que dice á los padres: «Dejad á los niños que se quemen los dedos, porque

sabrán lo que es la llama.» La novela es posible únicamente por la lucha que sostiene el héroe con la vulgaridad de los demás personajes que le tratan.

No hay ni puede haber esoterismo alguno en el *Quijote*, porque tiene, ante todo, un carácter de crítica, de censura, de destrucción. Lo más opuesto, precisamente, al verdadero esoterismo. *Porque el misterio podrá ser una tontería, pero jamás una crítica.* Siempre es una enseñanza y una construcción.

¿Pero es que podía, por ventura, hacerse una obra esotérica con esa fábula? No. De ningún modo. Eso es una cosa creíble para los que han sospechado que el poema de *El cantar de los cantares* es un diálogo entre Jesús y la Iglesia. Lo que jamás imaginó el ignorado escritor de ese cántico, que tiene todas las suavidades y molicies de Siria.

Lo esotérico no puede referirse más que á la ciencia cosmológica ó á la psicología. Las demás enseñanzas se manifiestan siempre demasiado claras; porque sólo es peligroso para los hombres el jugar con el mundo ó con el alma. Porque, además, la vida de la mente en este plano y dentro de la raza que concluye, es sólo darse cuenta del planeta y del espíritu.

El esoterismo del *Quijote* es de un orden muy inferior, muy reducido, según la mayoría de sus exégetas y comentadores. La obra queda reducida á un soberbio folleto, á una sátira cobardona contra el orden civil de la república. Y aquí, como en todos los apoyos que ha buscado la sagacidad de los inquisidores cervantistas, ha servido de fundamento una mala inteligencia del menguado escoliasta de ocasión. El famoso mote que Don Quijote se propone adoptar últimamente, al ser vencido por el bachiller Sansón Carrasco, cuando éste le manda que se guarde un año en el ocio de los trabajos, el famoso: *Post tenebras spero lucem*, después de la obscuridad espero la luz, y que el mismo Cervantes hizo poner en el escudo que fué al frente de la primer edición de la primera parte, se ha tomado por sentencia sibilina del autor, cuando no es más que la empresa del más desventurado de los hombres. Y más que empresa y leyenda, el más terrible suspiro de un pobre y desvalido caballero.

Bien. Pero ¿podía proponerse Cervantes un esoterismo tan pequeño como se ha sospechado? Menguada cosa hubiera sido el *Quijote* cuando tantas y tan terribles cosas sobre lo humano y lo divino nos han dicho llanamente mil compañeros suyos en las Letras y en las Ciencias.

Cervantes es el menos audaz de todos los escritores españoles de su siglo; es uno de los más católicos y de los más patrióticos; católico contra los protestantes, católico contra los turcos, católico contra los judíos. Español contra los extranjeros y extraños á las banderas de España. Hasta cerca de un siglo después de haberse publicado el *Quijote* no se manda en el *Indice Expurgatorio* corregir esas dos líneas luteranas que se leen en el capítulo XXXVI de la segunda parte (1).

Y, sin embargo, el *Quijote*, prodigio natural de las grandes obras que la mente humana sabe conquistar de la divina, puede ser un libro esotérico y oculto, porque contiene una enseñanza para el espíritu.

III

Hemos de tomarle del revés, completamente del revés. Hemos de creer que Don Quijote triunfa, que jamás es vencido, que todos sus burladores quedan burlados y que el único cuerdo es el propio Alonso Quijano el Bueno, siendo locos y mentecatos todos los demás.

No ha de creerse, seguramente, que Cervantes escribió su obra, como dijo el pobre Revilla, á salga lo que saliere. Escribióla pensando y meditando mucho, aunque la dejara llena de equivocaciones y descuidos que todos podemos encontrar, aun poniendo poca diligencia.

Sí, pensó y meditó también en la vida de Iñigo de Loyola

(1) En el *Indice Expurgatorio* de 1667, pág. 794, y en el de 1790, pág. 51, se mandan tachar los renglones siguientes: «Las obras de caridad hechas con espíritu débil nada aprovechan ni sirven de cosa alguna.» Este texto se lee con más frecuencia en las ediciones corrientes: «...que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada.»

la, como indica el profesor Unamuno en el su ya famoso comentario, y creyeron hace tiempo no pocos escritores transpirenáticos. Porque Iñigo de Loyola era la mitad de España, que tenía espíritu en él entonces. Y si no se llamaba así, se llamaba San Juan de la Cruz ó Santa Teresa, como la andariega y andante reformadora del Carmelo. Es posible también, como ha dicho ó ha querido decir el señor Benjumea, que en la escena del escrutinio pensara Cervantes en el *Indice Expurgatorio* de Roma. Sí; todo eso es posible, es probable, es verosímil. ¿Pero quién ha de creer y ha de poder demostrar, que las bodas de Camacho son una parodia de las bodas de Caná; que Sancho Panza es San Pedro, que en la penitencia de Don Quijote se ridiculiza la de Jesús en el desierto, que hay una referencia á los Santos Oleos en el llanto de Maritornes y otras barbaridades por el estilo?

Si el ocultismo del *Quijote* está en que Don Quijote es el idealismo y Sancho Panza la realidad, en que Dulcinea es la Verdad ó la Teología (!), como quieren otros; en que todos los nombres de las personas y los lugares que allí se mencionan son anagramas, charadas y camelancias; en que el yelmo de Mambrino representa la Monarquía; los caberos, la Iglesia; en que la Inquisición está parodiada en la aventura de Altisidora; el traslado de los restos de San Juan de la Cruz, en la del cuerpo muerto; Iñigo de Loyola ó el mismo Jesús, en Don Quijote, y otras locuras por el estilo, vale bien poco la obra de Cervantes, y no merecía la pena de escribirla en un estilo tan transparente, en el que con tan poco esfuerzo han podido comprenderla los hombres de tres siglos después, para los cuales no fué precisamente escrita.

El ocultismo y el esoterismo del *Quijote* ha de buscarse en otra parte, si es que puede hallarse alguno en una obra destinada para solaz y recreo. Ha de buscarse invirtiéndola por completo. Pero esto va contra el propio espíritu de Cervantes, uno de los espíritus más apegados á la recta exposición de las cosas, de tal modo, que nadie puede igualarle en tal sentido, á excepción del pío y verdadero fundador de la Compañía, de Luis Vives, el auténtico iniciador de la misma.

Cervantes, como ha observado oportunamente G. Ticknor, «nunca pudo desnudarse de aquel odio á los moros, heredero de sus mayores». Los azares del destino le fortificaron en un catolicismo guerrero, y fué como los más genuinos españoles de su siglo, un místico militar, un soldado de la fe, más soldado que Iñigo de Loyola, pero menos místico y más seco que un Molinos, que un San Juan de la Cruz ó una Santa Teresa.

Es preciso tener la imaginación desarreglada para ver en el *Quijote* todas esas cosas que han visto y han querido ver sus comentadores. Es preciso conocer solamente ese libro de la época y desconocer el resto ó no conocer otro de ella para atribuirle lo que los demás han dicho.

Veamos el *Quijote* del revés, sigamos la locura de Don Quijote, y así como los que leen de prisa esas páginas toman por prosa de Cervantes la que pone en boca de su héroe siempre que habla, tomemos por verdad y por razón la locura de éste, y en esto pecaremos menos que aquéllos, porque daremos un galardón al autor que los otros le quitan y arrebatan, confundiendo su decir con el de un loco.

Este Don Quijote oculto, este Don Quijote esotérico, tomado del revés será así un libro parangonable con el único libro que le iguala en el único y nuevo fin que le asignamos: la *Imitación*. Veamos la novela de Cervantes como una *Imitación* para la vida, más práctica, más carnal y más transcendente que la de Kempis ó Gerson, y en vez de EL INGENIOSO HIDALGO démosla el título que verdaderamente le cuadra en éste su nuevo estado: *La Imitación de Nuestro Señor Don Quijote*.

Es la única manera de dar esoterismo á la obra de Cervantes.

Y visto así desde el principio hasta el término de la fábula, podemos suponer que se trata de una iniciación del espíritu de un libro como todos los libros nacidos al calor de la *Teología mística*, de San Buenaventura; como el *Itinerario*, de Fray Jerónimo Gracián; el *Camino de perfección*, de Santa Teresa; la *Guía espiritual*, de Molinos, ó *El ornamento de las bodas espirituales*, de Ruysbroeck el Admirable.

Sí; si quiere verse así se verá de ese modo, y el *Quijote* será un libro místico que podía haber escrito un Swedenborg ó cualquier creyente en la Nueva Jerusalén ó en cualquier Sión de los Estados Unidos.

La cosa es fácil. Sentado esto, lo demás va saliendo como el hilo de un ovillo.

Aquello de que el libro fué engendrado en una cárcel es una alusión á las miserias de la vida cotidiana; los cuidados que pone Don Quijote en la nominación de las personas y cosas es una exaltación de los mantras. Dulcinea es la nueva vida. Sancho el espíritu que se va liberando y así todos y cada uno de los personajes y episodios de la obra.

El *Quijote*, discurriendo así, es la conquista de la perfección, es la liberación del alma, de esa alma que para subir al Carmelo ha de hacer su salida como decía Juan de Yepes, San Juan de la Cruz:

En una noche oscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh, dichosa ventura!,
Salí, sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

Que es como sale, ni más ni menos, por primera vez Don Quijote cuando se lanza á una aventura: «Antes del día.» (Capítulo II, parte I.) Y como sale en su segunda salida, acompañado de Sancho: «Sin que persona los viere.» (Capítulo VII, parte I.) Y aún en la tercera y última: «Al anochecer.» (Capítulo VII, parte II.)

Porque así, á oscuras, «sin ser notada» ha de salir el alma para entrar en la purificación. Y sus trabajos han de ser triunfar de todos los pecados, como muy claramente dice Cervantes en el capítulo VIII de la segunda parte: «Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y el sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las oca-

siones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.»

En fin, prosiguiendo de este modo se puede llegar al cabo y remate de la historia, haciéndola un manual de perfección como ha intentado por ahora el más ingenuo de los ingenios españoles, á quien poco trabajo costaría demostrar dentro de un mes otra cosa que no fuera precisamente lo contrario.

Pero «¡lástima grande que no sea verdad tanta belleza!» El *Quijote* no es un libro esotérico, no tiene ningún sentido secreto y oculto. Es un libro de decadencia, de muerte, de aniquilamiento de todo ideal. Ha quedado como la *Biblia de Buen Sentido*, como un Enchiridión de las gentes sensatas, de esas gentes conformes con el correr y suceder de las cosas, tranquilísimas, por donde cruza con mansedumbre callada la rutina más embrutecedora.

De todo ese monumento no queda más que un pecado. El *Quijote* ha dado el patrón para el último insulto contra el espíritu que quiere emanciparse: «¡Es un Quijote!»

Y el *Quijote* nació cuando ya no había un Cortés, ni un Pizarro, ni un Ercilla, ni un Almagro, ni un Alvarado. Nació cuando la decadencia empezaba á enseñorearse de España, y á los héroes de la fuerza no podía oponerse un héroe del espíritu.

Todo había acabado. No quedaba nada que hacer.

Es un libro de nosotros, pero para los demás; un libro de dolor, de dolor humano, donde, bajo la apariencia de una risa que parece atestiguar la suprema alegría de la existencia, hay sólo un llanto interminable que se derrama sin hipos y sollozos para disimularle. La risa de Rabelais es más humana, más natural, más sana.

Andando el tiempo, cuando se llegue á una elevación más segura y firmísima del espíritu, es posible que se diga: «Con Rabelais se reían antes los hombres y se siguen riendo todavía. En cambio, con Cervantes ya no se ríen, y es probable que los más caritativos de lo futuro lleguen á llorar por los pobres sin ideales del pasado.»

Y entonces, ese libro que hoy se busca para solaz y recreo, buscado mañana para sentir algo de piedad por los que fueron, quedará últimamente ensalzado, no por un

esoterismo que no contiene, sino por su claridad y transparencia, que es lo más estimable en lo que no es de los dioses.

El término, la conclusión, la misma finalidad del *Quijote* no puede ser más depresiva y deprimente para los hombres sencillos y para los hombres buenos. La moraleja y la filosofía del *Quijote* puede compendiarse en estas breves y sencillas palabras:

No hay que hacerse ilusiones. No debemos hacernos ilusiones ni luchar por ideal alguno, porque el cura, el barbero, el estudiante que regresa con sus cursos aprobados al lugar, nuestra sobrina, el ama misma, el ventero, los magistrados, los discretos, los sandios, la mujeres de partido y la canalla nos correrán por todas partes, se burlarán de nosotros é impondrán su simplísimo sentido de lo real y miserable á nuestra divina locura.

Hasta el amigo, el buen amigo que se nos pega al paso en nuestro ir á la gloria, se burlará de nosotros.

Pero aquí está la salvación y el premio de nuestra constancia en la persecución del ideal, aquí está todo el valor constructivo y consolador del *Quijote*. En lo que produce tanta desesperanza cuando se le lee sin moral alguna. Es verdad que Don Quijote recobra la razón y muere; que muere irremisible y definitivamente. ¿Pero quien dice que haya muerto Sancho? Sancho vive, y vive más loco que su amo y maestro; no persigue un ideal tan elevado como el loco é ingenioso caballero, pero ha perdido á estas fechas toda su rusticidad y egoismo y se encuentra en el umbral de las grandes ideas.

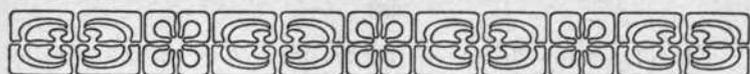
¡Bendita, pues, la quijotesca locura, mientras á sus expensas pueda elevarse cualquiera de los Sanchos del rebaño!

HE DICHO.

LA POESÍA DEL "QUIJOTE,,

Por Mariano Miguel de Val.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



LA POESÍA DEL “QUIJOTE,”

SEÑORAS Y SEÑORES:

Aún cuando no tuviérais idea de la generosa tolerancia y de la benevolencia que son en esta casa tradicionales, hallaríais de ello plena demostración y acabada prueba por el solo hecho de verme aquí, con mis pocos años y sin merecimiento alguno ni nombre, ocupando puesto tan elevado y honroso.

Y es lo cierto que habituado yo á estas bondades y con el estímulo, además, de unir mi esfuerzo, aunque siempre débil y pobre, á cuanto en esta ilustre corporación se emprenda en justo homenaje á nuestras inmortales glorias, no me resistí cuanto debiera á aceptar el nuevo honor que la buena amistad me dispensaba. Culpable soy, pues, de abusar tanto de una benevolencia que nunca se me regatea y tan inmerecida y amablemente se me prodiga; culpable soy de no haberme concretado á *repicar*, como era aquí mi deber, sin intentar al mismo tiempo *ir en la procesión*, lo cual bien dice el refrán que no se puede.

Corresponderé siendo lo más breve posible, aunque mi tema es vasto, y apoyándome en autorizados criterios que suplan y compensen mi insuficiencia.

Pertenezco á una generación todavía sin historia, que apenas balbucea, pero que llega ya y se agranda en el horizonte, y parece traer por estandarte la enseña de la rebelión, y se hace anunciar por sacrílegas avanzadas, despreciadoras de todos los respetos; avalancha implacable, desdeñosa, que atropella los ídolos más altos y amenaza derribar altares y templos.

El «más allá» de sus primeros ideales es un mal que le ciega á cada paso.

Son jóvenes; engendrados en días de dolor, vinieron ya angustiados á la vida.

Hora llegará, no lejana, en que, percatándose de la brevedad de la existencia, se den más á saborear los sazonados frutos, que á inventar nueva Flora, y sin esperar de la incertidumbre del porvenir amaneceres cada vez más claros, tengan por bueno el sol, por despejado el cielo, por floridos los árboles y con solo dejarse acercar lo que antes rechazaban, crean haberlo descubierto todo, saciando así las ansias de sus dorados sueños.

Nadie mejor que Cervantes para ser el maestro de esa nueva generación intelectual que, lejos de manifestarse, como él, en sus juicios, recatada y benévola, alardea de valentía contra los difuntos y es hasta adúladora entre los vivos.

Desgraciado de aquél—escribe el mismo Clemencín, el más duro comentador de Cervantes,—desgraciado de aquél á quien no suspendan y arrebatan las gracias y bellezas admirables, originales, únicas del *Quijote*.

Esto no quiere decir que Cervantes haya sido discutido nunca. Detractores tuvo, sí, como toda obra popular. El mismo Lope de Vega, que fué menos tiempo amigo que enemigo de Cervantes, le censuró duramente, contradiciéndose con sus alabanzas de otros días; pero aparte inquinas y rencores, aparte desautorizadas críticas sin eco, ó distingos aislados sin fuerza alguna, para Cervantes ha sido unánime el elogio.

El *Príncipe de los ingenios españoles*, que á pesar de su reconocido extraordinario mérito, no se libró durante su azarosa vida de las alternativas de la varia fortuna, fué, como todos los grandes genios, mirado con desdén por algunos literatos que no comprendían ó no querían comprender sus primores.

Verdaderamente Cervantes—dice Benot (1)—fué el rigor de las desdichas.

(1) En el prólogo de la obra *Cervantes y su época*, de Ramón León Máinez.

De mozo, formó parte, en calidad de camarero, de la servidumbre del cardenal Aquaviva, legado del Papa Pío V; militar, quedó lisiado en Lepanto; cautivo en Argel, sufrió cinco años, en los calabozos de aquella guarida de piratas, toda clase de privaciones y malos tratamientos; rescatado, no pudo vivir en su patria como escritor de comedias y entremeses; alcabalero y comisionista durante muchos años, fué al fin encarcelado por infundadas presunciones; autor ya de *El Ingenioso Hidalgo*, del que se hicieron seis ediciones en 1605, año de su aparición, es atropellado por el alcalde de casa y corte en Valladolid; y ya viejo y achacoso, tiene que vivir de las limosnas de un magnate y de las dádivas de un arzobispo.

Atormentan, al leer la vida del *Príncipe de los ingenios*, los numerosos trances en que tan á punto estuvo la humanidad de perder, sin haber dado aún el portentoso fruto, al que llevaba en sí la gloria mayor de la Literatura española.

Groseros versos, que se resiste la lengua á decir y la pluma á copiar, fueron despreciativamente publicados y eran burlescamente repetidos contra el autor del *Quijote*.

Esteban Manuel de Villegas comparaba á Cervantes con un mozo de mulas; el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, se atrevió hasta á insultarle por viejo y manco, que tenía más lengua que manos (y teniendo él más manos que lengua, le robaba la ganancia que había de producirle la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*); Lope de Vega escribía lo siguiente:

«Don Quijote de la Mancha
(perdone Dios á Cervantes)
fué de los extravagantes...» (1)

Y sobre la rivalidad de Lope, aún le insultaban en versos como éstos:

(1) Compárese con lo que Cervantes decía de Lope de Vega al citarle en su *Viaje del Parnaso*:

«Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja, ni aun le llega.»

«Solo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza y puerco en pié.
Para que no escribieses, orden fué
del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste buey, pero dijiste mû:
¡Oh, mala quijotada que te dé!»

Pero aun siendo así, víctima de una suerte fatal y de la impotencia misma de sus contemporáneos, alcanzó, bien pronto, la universal admiración que á su gigantesca talla correspondía, y, ceñida á sus sienes la gloriosa corona de la inmortalidad, se le disputaron después los hombres y los pueblos; éstos, ansiando ser su patria, ansiando el señalado honor de haber sido lugar de su nacimiento; aquéllos, por el singular orgullo de llamarse sus colegas, y así, con notoria exageración, analizando las innumerables facetas de tan brillante ingenio, Cervantes ha sido juzgado como marino, como soldado, como viajero, como teólogo, como político, como jurisconsulto, como sociólogo, como erudito, como lingüista, como crítico, como táctico, como filósofo, como médico, como alienista, como economista, como astrólogo, como geógrafo, como vascófilo, como demócrata, como revolucionario, como anarquista, como cocinero, como camarero, y ¿qué más? hasta como manco..... y no sería de extrañar que algún ilustrado tañedor de vihuela le supusiera rara habilidad música ó algún dentista erudito le diese también título de tal y disertare el día menos pensado, sobre las quijadas de Don Quijote, según las vió Sancho al asomarse á la boca del animoso caballero tras la famosa aunque desdichada aventura de los rebaños.

Significa esto que las generaciones futuras, sea cualquiera el temple de su espíritu, se descubrirán igual, con admiración y respeto, ante el monumento literario del que han gozado tantas generaciones «como los campos de las benéficas influencias del sol», y que ha llenado, en los siglos, de estimación y de gloria universales las españolas letras.

Labor es, sí, de los modernos tiempos la de completar, ordenar, resumir y compendiar los estudios que de Cervantes y de sus obras se han escrito, para hacerlos más claros y ponerlos más al alcance de la inteligencia; y ha de ponerse

también un especial cuidado en seleccionar los juicios y desechar las interpretaciones que de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* se han hecho, porque, aun siendo dicha obra tan popular, dejaría bien pronto de serlo, si se empeñasen los sabios, ó los pensadores y filósofos más ó menos profundos, en darle un carácter y una significación que no sólo no tiene, sino que ni constituyó, remotamente siquiera, el pensamiento del autor, claramente expresado sin disfrases, rodeos ni simbolismos.

Lejos de citar, en lo sucesivo, á Cervantes entre los traductores de Marina, Milicia, Teología, etc., tolo lo cual, al fin y al cabo, no ha sido infecundo porque abundantes obras (1) ha producido, apologías notables, ingeniosas, en las que un noble y patriótico espíritu campea, parece llegada la hora de fijar la atención en la excelencia moral de aquel gran hombre, de cuya azarosa vida sabemos, no sólo por cuanto de él nos dicen Mayans (2), Pellicer (3), Ríos (4), Navarrete (5), Hartzenbusch (6), Fernández Guerra (7),

(1) *El espíritu de Miguel de Cervantes Saavedra ó la filosofía de este grande ingenio*, por D. Agustín García Arrieta; *Bellezas de Medicina práctica descubiertas en la obra de Cervantes*, por D. Antonio Hernández Morejón; *Pericia geográfica de Cervantes*, por D. Fermín Ceballero; *Cervantes, teólogo*, por D. José María Sbarbi; *Afición é inteligencia militar de Miguel de Cervantes*, por el general Ximénez de Sandoval; *Cervantes, revolucionario*, por D. Francisco M. Tubino; *¿Cervantes fué ó no poeta?* por D. Alfonso de Castro; *Jurisprudencia de Cervantes*, por D. Antonio Martín Gamero; *Cervantes y la Filosofía española*, por don Federico de Castro; *Cervantes, vascofilo*, por D. Julián Apraiz; *Cervantes marino*, por D. Cesáreo Fernández Duro; *La cocina del Quijote*, por D. Cesáreo Fernández Duro; *Cervantes, viajero*, por D. Manuel de Foronda; *Cervantes en ciencias médicas*, por D. Joaquín Olmedilla; *Cervantes, administrador militar*, por don Jacinto Mermúa; *Ideas y noticias económicas del Quijote*, por D. José Manuel Piernas y Hurtado; *Cervantes, inventor*, por D. José María Asensio; *Cervantes, poeta épico*, por D. Luis Vidart; *Primores del Don Quijote en el concepto médico-psicológico y consideraciones generales de la locura para un nuevo comentario de la inmortal novela*, por D. Emilio Pí y Molist; *La cuestión social en el Quijote*, por D. Baldomero Villegas; *Cervantes esclavo y cantor del Santísimo Sacramento*, por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe; *Noticia sucinta de los animales y plantas que mencionó Cervantes en el Quijote, con nociones históricas acerca del tabaco, chocolate, café y té, cuyo uso no conoció el Ingenioso hidalgo*, por don Miguel Colmeiro; *Cervantes, poeta lírico*, por D. Eugenio Silvela; *Cervantes hombre de acción*, por D. Francisco Navarro Ledesma.

(2) Gregorio de Mayans y Siscar publicó, en 1737, la primera vida de Cervantes, admirado en el extranjero y apenas conocido en su patria.

(3) Juan Antonio Pellicer. Bibliotecario del Rey, en 1778.

(4) Vicente de los Ríos, en la edición de 1780.

(5) Martín Fernández Navarrete, edición de la Academia de 1819.

(6) Juan Eugenio Hartzenbusch, en 1874.

(7) Aureliano Fernández Guerra, en 1864.

Barrera (1) y mejor aun, de una manera más elocuente, completa y acabada Francisco Navarro Ledesma en su libro *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, sino por cuanto se refleja en todas y cada una de las páginas del *Quijote*, en las que impresa para siempre quedó con signos claros, indelebles y hermosos.

Si se atiende—decía el maestro Valera, el inmortal Valera, cuya sepultura, caliente aún, perfuman todavía las flores que con él enterraron (2)—«si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el *Quijote*, viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad, resplandecen en ese respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios (3).»

«Maese Nicolás, el barbero, es persona de buenas prendas y apacible trato. El señor cura no puede ser mejor de lo que es, ni el bachiller Sansón Carrasco puede ser más regocijado, más ameno y más dispuesto á suaves burlas, sin perjuicio ni mortificación de nadie» (4).

Las mujeres, especialmente, y á pesar de lo que para juzgar á la antojadiza Leandra, dice de que «los que cono- cían su discreción, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal dispuesta», las mujeres, repito, son casi todas en el *Quijote*, según la frase de Hartzembusch: «bellas y discretas y merecedoras de

(1) Cayetano Alberto de la Barrera.

Son también de citar las biografías dadas á luz por Manuel José Quintana, Buenaventura Carlos Aribau, Jerónimo Morán, cuya obra mejora mucho á la de Navarrete en la parte documental, y la de Ramón León Mainéz; los importantes trabajos de Luis Viardot, Jorge Ticknor y Philareté Chasles, discretos cervantistas extranjeros, y los curiosos opúsculos de D. Nicolás Díaz de Benjumea.

(2) Don Juan Valera, fué enterrado el Jueves Santo fecha 20 de Abril, diez y siete días antes de la lectura de este trabajo en el Ateneo.

(3) Valera. Discurso de 1864 en la Real Academia Española.

(4) Valera. Discurso póstumo.

cariño, y á la que pinta ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne.»

«No ya Luscinda, Dorotea, la inocente y amorosa doña Clara y Ana Félix, la morisca, sino hasta la Tolosa, la Molinera y la desdichada Maritornes, tienen algo que, como criaturas de Dios, las dignifica y hermosea, vedando el desprecio y moviendo á compasión respetuosa el sello divino del Hacedor en el alma humana indeleblemente estampada» (1).

Ríense dos mozas cuando Don Quijote las llama doncellas, pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena y cuando les pregunta sus nombres, no se atreven á mentir; sino que bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan de la Tolosa y la Molinera. La soez Maritornes misma, la caricatura del *Quijote* más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente.

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro sér, según él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de Don Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, ramerás, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente; todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras» (2).

«Los caracteres de las personas subalternas están trazados magistralmente: la bellaquería del ventero que armó á Don Quijote, la discreción de Dorotea, la conducta villana de los galeotes, el despejo apicarado de Ginés de Pasamonte, la ingenuidad pueril de doña Clara, la indulgencia é instrucción del canónigo de Toledo, el reposado aseo de la casa de D. Diego de Miranda, la atolondrada afición de los Duques á divertirse, las sandeces de doña Rodríguez, la burlesca prosopopeya del doctor Pedro Recio, la saladísima

(1) Valera. Discurso póstumo.

(2) Valera. Discurso de 1864.

escena del labrador, pintor y socarrón de Miguelturra» (1). Son figuras eternas de las que siempre viven, que conocemos todos y tratamos, y en las que el público, como siempre ocurre con las creaciones del genio, reconoce inmediatamente hermanos y comparte con ellos las penas y las alegrías, las aspiraciones, los goces, los ideales.

Y si en todos los personajes secundarios se observa que Cervantes cuida mucho de suavizar las asperezas de sus figuras, haciendo contrastar en ellas las buenas con las malas cualidades, y hasta justificando á veces por ajenas causas sus vicios, sus defectos ó sus inclinaciones torcidas, en mayor escala se ve todo esto al considerar la hermosamente triste figura de Don Quijote, honrado, bondadoso, desinteresado, discreto, pues salvo su graciosa locura y su exaltación en el solo punto de la caballería, es un dechado de perfección moral, de talento y de recto juicio, de urbanidad y cortesía, é igual se ve también en la figura no peor trazada del bonachón escudero.

La locura del valeroso hidalgo es algo inmensamente venerable, como un poder divino que obliga al amor, al amor más puro, honesto, respetuoso y elevado, al amor platónico en forma de Dulcinea del Toboso; al ideal más noble en forma de andante caballería, que brilla para él con resplandores de gloria, y al entusiasmo por cuanto es grande y sentido y bello en la naturaleza y en el alma, á tomar por castillos las ventas, por gigantes los molinos, por yelmo de Mambrino la bacía de azófar, por damas las ramerás, por truchas el abadejo, la simple agua por bebida de encantador esquife; á imaginar á la vista de las nubes de polvo que dos manadas de carneros levantan, formidables ejércitos que se aproximan de valerosos Laurcalcos, temidos Micocolembos y nunca medrosos Brandabarbaranes; á imaginar ante los andrajosos porqueros, que al áspero son del cuerno enronquecido andan por los rastrojos recogiendo su manada de cerdos, servidores del castillo, enanos ó encantados seres que á toque de clarín anuncian al castellano la llegada del huésped caballero, y, en fin, á no tener nada y sacrificarlo

(1) Prólogo del comentario de D. Diego Clemencín.

todo, sin otro estímulo que la bendición amorosa de su Dulcinea ni otro móvil que el de alcanzar la sana, la inocente gloria de ser justamente celebrado como el primero entre los caballeros andantes de más fama, el primero en deshacer agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones, mejorar abusos y satisfacer deudas.

No hay, en mi sentir—dice también el gran Valera, á quien vuelvo porque yo no podría decirlo mejor,—acusación más injusta que la de aquellos que imputan á Cervantes el delito de haber intentado en el *Quijote* poner «en ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad, la castidad en los amores y otras virtudes que constituían el ideal del caballero y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus... Don Quijote, burlado, apaleado, objeto de mofa para los Duques y los ganapanes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la desenvuelta Altisidora, y hasta pisoteado por animales inmundos, es una figura más bella y más simpática que todas las demás de su historia. Para el alma noble que la lea, Don Quijote, más que objeto de escarnio lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan en su monomanía es Don Quijote discreto, elevado en sus sentimientos y moralmente hermoso, sino que lo es aun en los arranques de su mayor locura».

Cierto; durante la lectura de la obra, más interesa el buen corazón y las honradas y virtuosas prendas de Alonso de Quijano el Bueno, que hacen reir los extravíos y extravagancias del Caballero de la Triste Figura.

Así también en el bueno de Sancho resplandecen las más bellas cualidades; el miedo que francamente declara y á todas luces revela en tantos y tantos pasajes de la obra, y que le conduce hasta oler *y no á ámbar* durante la jamás vista ni oída aventura de los batanes, no es, ciertamente, miserable cobardía, pues ocasiones hay en las cuales demuestra palmariamente su bravura, como en aquella su lucha á brazo partido, «mano á mano, como hombre honrado», según su frase, con el cabrero, á raíz de la bruscamente cortada relación de Cardenio; no es miserable cobardía, sino prudent-

cia, mansedumbre de hombre sosegado, pacífico, como tampoco al seguir á su amo y señor en tan azarosas empresas lo hace por miras interesadas ó egoístas; acaricia, sí, con infantil credulidad la idea de llegar á verse gobernador de la ofrecida ínsula, mas no es por otra cosa que por el grande amor que á su mujer y á sus hijos profesa, y más adelante también por el mismo amor que le inspira la compañía de su amo, cuando, á pesar de los malos días y peores noches y de los pésimos tratamientos y cada vez más continuos y desventurados lances, se entristece y llora si Don Quijote le despide, y le besa los pies y le manifiesta su deseo de no apartarse de él en el resto de su vida.

Y es que la obra de Cervantes no es la obra de un simple novelista, por grande que sea, sino de un genio, de un alma hermosa y buena, cuyo don más alto era el de divinizarlo todo, esmaltando siempre con su luz los más profundos pensamientos que ha encarnado la elocuencia en el lenguaje humano, cual si al desfilas las personas y las cosas que imaginaba su fantasía por el tamiz de su espíritu tomaran algo de sus excelentes cualidades, y que tenía además ese instinto sobrehumano, esa facultad creadora suprema mediante la que, aun siendo ingenio lego, es decir, que no había recibido grados académicos ni cursado las ciencias ni las letras, adivinaba lo que no sabía, «tenía la intuición de la verdad absoluta, de la cual se derivan, como fáciles consecuencias todas las verdades relativas que constituyen el organismo de los conocimientos humanos» (1).

De aquí que hayan llegado á estudiarle como filósofo, como geógrafo, como juriconsulto, etc., y en todo ello demostrase conocimientos nada comunes no precisándole haberlos aprendido en libros como no le es nunca necesario al genio «ser malvado para pintar el remordimiento del crimen, ni ser santo para explicar y hacer sentir los delirios éxtasis de la virtud, ni tiene precisión de haber estado en los lugares para conocerlos, ni estudiar las ciencias para tratarlas familiarmente, ni ser artista de profesión para

(1) D. Luis Vidart. Obra citada.

juzgar las obras de arte» (1). Así Cervantes nos habla de todo, lo divino y lo humano, y nos presenta, delineados siempre con destreza admirable, los más diferentes cuadros y los más bellos paisajes, llegando desde la más deleznable realidad á la más elevada fantasía, de lo cuerdo á lo absurdo, de lo grave á lo ridículo, y presentando tal diversidad de personajes, de tan distintas cataduras, que asombra cómo á todos los retrata con igual perfección y donaire.

Bien podría, pues, afirmarse, sin más antecedentes que el *Quijote*, que Cervantes era más que nada un gran poeta. Repito que esta afirmación podría hacerse aun cuando no se supiera de su vida ni hubieran llegado á nosotros de sus obras más que *El Ingenioso Hidalgo*.

Tenemos, sin embargo, otras razones y fundamentos sólidos para considerar al *Príncipe de los ingenios* como un gran poeta, uno de los primeros de su siglo, aun cuando no hubiera escrito el *Quijote*.

Lo que hay, es, que fué tanta la celebridad alcanzada por esta obra que eclipsó á todas las demás del mismo autor, y ya sus contemporáneos le negaban aptitudes de poeta, sembrando así un error que todavía no se ha borrado, y que personas que pasan hoy por eruditas y doctas y de buen gusto literario sostienen aún, lo cual es prueba indudable de que han preferido y aceptado por más cómodo acatar el error tal como lo recibieron de sus mayores, á convencerse por sí mismos de la verdad, para lo cual les hubiera sido suficiente leer una sola vez las poesías ya coleccionadas.

Meditando D. Eugenio Silvela, en una conferencia notable que dió no hace muchos días en esta cátedra, sobre cuáles pudieran ser las causas de esta equivocada opinión, la atribuía, de acuerdo con lo dicho por Navarrete en sus eruditas *Ilustraciones* á la vida de Cervantes, al excesivo crédito alcanzado por la confesión misma del *Príncipe de los ingenios*, que en el *Viaje del Parnaso*, dice:

«Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.»

(1) D. José María Asensio. Obra citada.

y más adelante:

«Vayan, pues, los leyentes con letura,
cual dice el vulgo mal limado y bronco,
que yo soy un poeta de esta hechura:
cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.»

Tomado así, al pie de la letra, lo que sólo una excelente modestia significaba, y unido esto á lo que le perjudicó la competencia con Lope de Vega, el *Fénix* (1), así como también más tarde «la implacable saña con que D. Diego Clemencín, el más ilustre de los comentadores del *Quijote*, no desaprovechó ocasión para afirmar que Cervantes fué infelícísimo en los versos», no es extraño, en efecto, como decía muy bien el ilustrado conferenciante, que los críticos y el común de los lectores «pasaran por los versos con prisa ó con enojo».

Cervantes tenía, sin embargo, conciencia de su valer y *se desvelaba*, según confesión propia, por demostrarlo, recibiendo siempre con sentimiento profundo el poco recto y menos benévolo juicio de sus contemporáneos, para los cuales «de su prosa se podía esperar mucho, pero del verso nada».

Él mismo, en el prólogo de sus comedias, declara que le da pesadumbre el oír semejantes afirmaciones y se lamenta de tener sus poesías «arrinconadas en un cofre y condenadas al perpetuo silencio», como también de que un librero no se las comprara por haberle un autor de título informado desfavorablemente.

«Sólo D. Adolfo de Castro—decía el mismo Sr. Silveira—ha escrito, que yo sepa, defendiendo la causa de Cervantes como poeta. En el prólogo de los líricos del siglo XVI y XVII, de la colección de Rivadeneyra, copió algunos versos del famoso Ingenio, sacando los ejemplos, principalmente de las comedias, y ponderó la gallardía de algunos romances, la encantadora sencillez de algunas canciones, la facilidad

(1) De una carta de Lope de Vega: «De poetas no digo: Muchos en ziernes para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como *Zervantes*, ni tan nezio que alabe á *Don Quixote*.»

que enamora en letrillas y romances cortos, comparables á los de Góngora; la facilidad, dulzura, sencillez y elegancia de pasajes poéticos, que compiten con los de Lope de Vega; la riqueza en galas poéticas, que tanto se encuentra en algunas de las comedias de Mirademesqua, y la robusta entonación épica de algunos trozos de la Numancia. Quedaron fuera del elogio de Castro, sin duda porque trató el asunto de soslayo, las más preciadas joyas, que una crítica inspirada en la justicia y el buen gusto debe engarzar en la corona poética de Cervantes.»

En los actuales tiempos, después de fijada la atención en las poesías del *Príncipe de los ingenios* y de publicada de ellas una mejor colección, siquiera sea labor todavía por hacer la de buscar las muchas obras de Cervantes que debe de haber desperdigadas por los archivos, sólo á personas de pésimo gusto se les puede ocultar la verdadera enormidad del error hasta aquí sustentado.

«Tanto han repetido—escribe con justificada indignación Navarro Ledesma—la opinión ridícula de que Cervantes no era poeta en verso, que desde este primer instante en que sus poesías salen al mundo; es menester fijarse en ellas, estudiarlas, analizarlas, considerar los pocos años del autor, tener en cuenta su índole de obras de encargo y de tema impuesto... y luego compararlas con todo cuanto se escribía en su época, por ejemplo, con la elegía que por aquel mismo tiempo compuso el maestro Fray Luis de León á la muerte del príncipe D. Carlos:

«Quien viere el sumptuoso
túmulo al alto cielo levantado...»

y su famoso epitafio:

«Aquí yacen de Carlos los despojos»,

que por andar tan citado y repetido en todos los librucos de Retórica, es familiar y suena bien á las orejas habitadas á él. Los versos de Cervantes en sus veinte años no son mejores ni peores que los del maestro León, entonces y ahora príncipe de la poesía lírica, cuarentón y en todo el vigor del estro, y estoy por decir que el propio Homero no

los hubiese escrito más hermosos con motivo semejante, si se le hubiese exigido que elaborase un soneto, una *redondilla*, ó sean dos quintillas del sistema antiguo, cuatro quintillas dobles y una elegía en tercetos, dirigida, en nombre de todo el estudio, al cardenal D. Diego Espinosa, la cual, por cierto, comienza con estos tres versos de gran poeta:

«¿A quién irá mi doloroso canto,
ó en cuya oreja sonará su acento
que no deshaga el corazón en llanto?...»

Bello libro este de Navarro Ledesma, del que por honroso privilegio leí, aún en pliegos, uno de los primeros ejemplares. Aprended en sus elocuentes páginas el amor que desde su juventud profesó Cervantes á la poesía, su revelación á la edad de veinte años en el funeral de la reina doña Isabel de Valois, ocasión tan solemne como la que dió á conocer al gran Zorrilla en el entierro de Larra; las inspiraciones de sus viajes por Italia, por Africa, por España; sus epístolas á Mateo Vázquez; su vuelta á Madrid y los poetas con quienes trabó estrecha amistad; la representación de *El trato de Argel*; el momento de popularidad que alcanzó á los treinta y siete años, cuando se le comprendía entre los mayores poetas de España y se buscaban sus versos para autorizar nuevos libros y se le aplaudía en el teatro; la publicación de *La Galatea*; sus malandanzas y desventuras, que á cada paso le recordaban que era poeta; los premios alcanzados en las justas literarias de Zaragoza, celebradas en honor de San Jacinto, y en el certamen poético de Madrid, organizado para conmemorar la canonización de Santa Teresa y, en fin, su *Viaje del Parnaso*, que no es otra cosa que su autobiografía en verso, compuesta en la época más grande y memorable de su vida, «aquella en que el hombre, olfateando cercana la muerte, quiere decir á los futuros tiempos lo que él ha sido, y lo dice entreverando la sinceridad y la llaneza con estos ó aquellos toques de modestia, no fingida, sino naturalmente mezclada con el franco orgullo de quien está cierto de haber realizado obra maciza, sólida».

Contando, pues, con todo esto, á mayor abundamiento

en prueba de que Cervantes fué antes que nada poeta ¿cómo nos hemos de apartar de ver en el *Quijote* un verdadero poema, aunque en prosa, que por la sublimidad de su asunto se adentra en los dominios de la epopeya; ni cómo hemos de olvidar esta gloriosa categoría del autor al recorrer aquéllas páginas y leer y admirar y conocer allí tan elevados conceptos, tan hermosos cuadros, tan bellos tipos que nunca más de la imaginación se borran, ni se hacen antiguos á través de los tiempos, ni dejan de ser igualmente comprendidos y admirados en los más remotos pueblos, como si creados fueran solamente para demostrar que lo grande, lo sublime á todos llega, á todos conmueve, y en todas partes se aclimata?

Poeta, sí, aun cuando no hubiera escrito más que el *Quijote*, poeta en prosa; y poeta en verso también, si se analizan y estudian otras obras hasta ahora casi desconocidas.

Junto al discurso de la *edad de oro*, que un simple puñado de bellotas inspira al hidalgo manchego, á la manera que aquellas tobosescas tinajas halladas más adelante en casa del caballero del Verde Gabán, le trajeron á la memoria la dulce prenda, causa de su mayor amargura, está aquella amorosa, dolorida canción que para darle contento y solaz canta el zagal Antonio, el zagal enamorado, músico de un rabel, que también por los montes y selvas hay quien sabe de música.

ANTONIO

Yo se, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo;
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.

Más allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.

Abalázase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado
ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.

Y si son servicio parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
más de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
andan un mismo camino,
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme pulido.

Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto,
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo:

Tal piensa que adora un ángel
y viene á adorar á un jimio;

Merced á los muchos dijés
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo.

Desmentíla, y enojóse;
volvió por ella su primo:
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á montón,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía,
que más bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,
que son lazadas de sirgo:
pon tu cuello en la gamella,
verás cómo pongo el mío.

Donde no, desde aquí juro
por el santo más bendito,
de no salir destas sierras
sino para capuchino.

Dejando solo dos capítulos intermedios, y, tras el bellísimo cuento de la pastora Marcela—aquella que fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debía ni podía ponerle falta alguna,—encontramos la canción de Grisóstomo, aquellos robustos y desesperados versos del difunto pastor, y á renglón seguido las claras y suficientes razones de la hermosa Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura, aparecida para justificar sus desdenes, por cima de la peña donde se cavaba la fosa del enamorado muerto....

«Los que hasta entonces no habían visto á la pastora, la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto.»

Observad cómo la imaginación de Don Quijote se engrandece y entusiasmo y eleva al hacer el retrato de su dueña y señora la hermosa doncella, emperatriz de la Mancha, D.^a Dulcinea del Toboso, cuando contestando á Vivaldo, el caminante, sobre si era caballero enamorado, dió un gran suspiro y dijo:

«Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos há de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que la sólo discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.»

Abrid al azar por otra parte el libro y acaso presenciareis el entierro de Grisóstomo, oiréis el panegírico pronunciado por su amigo Ambrosio al borde de la sepultura:

«Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, sólo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes; cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.»

Acaso daréis con Don Quijote y Sancho, cuando en aquella noche oscura acertaron á entrar «entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio,

la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban».

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo: «Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro...; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos...

»Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destes árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas de Rocinante, y quédate adiós, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si no volviere, puedes tú volver á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.»

Acaso toparéis con la poética ilusión del loco hidalgo de ser presentado al rey, á la reina y á la infanta su hija, ó con el interrumpido relato de Cardenio, enamorado y poeta, como lo son el mismo Don Quijote, y Antonio, y Grisóstomo, y Lotario, y el mozo de mulas, y el enamorado don Luis, y Vicente de la Roca, aunque éste, de cada romancé que componía daba veinte traslados, y Lorenzo, el hijo del

caballero del Verde Gabán, y algunos otros personajes de la novela; sorprenderéis tal vez, sentada tras un peñasco y á la apacible sombra de un fresno, á la incomparable Lus-cinda, más divina que humana, lavando sus pies en el arroyo que por allí corría, los blancos, los hermosos pies, que no parecían sino dos pedazos de cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido.

Leed aquellas dulces historias y la del Curioso impertinente, la del Cautivo, la del mozo de mulas, la del cabrero, la de la Dueña dolorida; las sabrosas pláticas entre el hidalgo y su escudero y la discreta y graciosa que pasó entre Sancho y su mujer, aquel capítulo que el traductor, al llegar á él, tuvo por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio; aquellas continuadas aventuras como la espantable y nunca imaginada de los molinos de viento, la estupenda del vizcaíno, la nunca vista ni oída de los mazos de batán, la alta y gananciosa del yelmo de Mambrino, las muchas y extrañas de Sierra Morena, la brava y descomunal de los cueros de vino tinto, la del carro ó carreta de las Cortes de la Muerte, la felizmente acabada de los leones, la grande y maravillosa de la cueva de Montesinos, la famosa del barco encantado, las acaecidas en la casa de los Duques, y, en fin, por no citar más, aquella en que el Bachiller Sansón Carrasco es vencido bajo el disfraz de caballero de los Espejos y aquella en que, al cabo, el Bachiller vence á Don Quijote en forma de caballero de la Blanca Luna.

No puedo resistirme á la tentación de leerlos estos sonoros y robustos, sentidos y delicados versos de la hermosa canción de Grisóstomo:

«Ya qué quieres, cruel, que se publique
de lengua en lengua y de una en otra gente
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mesmo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente
con que el uso común de mi voz tuerza;
y al par de mi deseo que se esfuerza
á decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezclados, por mayor tormento,

pedazos de las miserables entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
no al concertado son, sino al ruido
que de lo hondo de mi amargo pecho,
llevado de un forzoso desvarío,
por gusto mío sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
el temeroso aullido, el silbo horrendo
de escamosa serpiente, el espantable
baladro de algún monstruo, el agorero
graznar de la corneja, y el estruendo
del viento contrastado en mar inestable,
del ya vencido toro el implacable
bramido y de la viuda tortolilla
el sensible arrullar; el triste canto
del infamado buho, con el llanto
de toda la infernal negra cuadrilla,
salgan con la doliente ánima fuera,
mezclados en un son de tal manera
que se confunden los sentidos todos,
pues la pena cruel que en mí se halla,
para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusión, no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos
ni del famoso Betis las olivas;
que allá se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos,
con muerta lengua y con palabras vivas;
ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
playas, desnudas de contrato humano,
ó adonde el sol jamás mostró su lumbre,
ó entre la venenosa muchedumbre
de fieras que alimenta el libio llano;
que puesto que en los páramos desiertos
los ecos roncós de mi mal inciertos
suenen con tu rigor tan sin segundo,
por privilegio de mis cortos hados
serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desdén; atierra la paciencia,
ó verdadera ó falsa, una sospecha;
matan los celos con rigor más fuerte;
desconcierta la vida larga ausencia
contra un temor de olvido no aprovecha
firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte;
mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
celoso, ausente, desdeñado y cierto
de las sospechas que me tienen muerto,
y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
mi vista á ver en sombra á la esperanza,
ni yo desesperado la procuro:
antes por extremarme en mi querella,
estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese por ventura en un instante
esperar y temer, ó es bien hacello,
siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro celo está delante,
de cerrar estos ojos, si he de velle
por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
á la desconfianza, cuando mira
descubierto el desdén, y las sospechas
¡oh amarga conversion! verdades hechas,
y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh en el reino de amor fieros tiranos
celos! ponedme un hierro en estas manos,
dame, desden, una torcida sogá:
¡mas hay de mí! que con cruel victoria
vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere
buen suceso en la muerte ni en la vida,
pertinaz estaré en mi fantasía.
diré que va acertado el que bien quiere,
y que es mas libre el alma mas rendida,
y la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mía,
hermosa el alma como el cuerpo tiene,
y que su olvido de mi culpa nace,
y que, en fe de los males que nos hace,
amor su imperio en justa paz mantiene,
y con esta opinión y un duro lazo,
acelerando el miserable plazo
á que me han conducido sus desdenes,
ofreceré á los vientos cuerpo y alma,
sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras
la razón que me fuerza á que la haga

á la cansada vida que aborrezco:
pues ya ves que te da notorias muestras
esta del corazón profunda llaga,
de cómo alegre á tu rigor me ofrezco,
si por dicha conoces que merezco
que el cielo claro de tus bellos ojos
en mi muerte se turbe, no lo hagas,
que no quiero que en nada satisfagas
al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasión funesta
descubre que el fin mío fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
pues sé que está tu gloria conocida
en que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sisifo venga
con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitres, y ansimismo
con su rueda Egión no se detenga,
ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
trasladen en mi pecho, y en voz baja
(si ya á un desesperado son debidas)
canten obsequias tristes, doloridas
al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
con otras mil quimeras y mil mostros
lleven el doloroso contrapunto,
que otra pompa mejor no me parece
que la merece un amador difunto.

Canción desesperada, no te quejes
cuando mi triste compañía dejes;
antes, pues que la causa do naciste
con mi desdicha aumenta su ventura,
aun en la sepultura no estés triste.»

Leed, leed en alta voz, para que al gozar el espíritu del
estro, goce también el oído de la sonoridad del ritmo, las
bellas estancias que el porfiado D. Luis dedica á la hija del
Oidor, la discreta Clara.

«Dulce esperanza mía,
que, rompiendo imposibles y malezas,
sigues firme la vía
que tu mesma te finges y aderezas,

no te desmaye el verte
á cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
honrados triunfos ni vitoria alguna,
ni pueden ser dichosos
los que, no contrastando á la fortuna,
entregan desvalidos
al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón y es trato justo;
pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto,
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y ansí, aunque con las más
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo.»

Como verdaderos modelos de la poesía picaresca, pueden indudablemente citarse los romances que la desenvuelta Altisidora dedica á Don Quijote fingiéndose de él enamorada. Hé aquí el que, después de recorrida y afinada el arpa, entona al pie de la reja del desvanecido caballero:

«¡Oh tú que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!
Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se sienten abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas;
das las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia
ó en las montañas de Jaca;
si sierpes te dieron leche,
si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre fiera y brava.
Por esto será famosa
desde Henares á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de oro la adornan franjas,
¡Oh quién se viera en tus brazos,
ó si no, junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada;
los pies quisiera raerte,
que á una humilde esto le basta.
¡Oh qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herrerueros de holanda!
¡Qué de finisimas perlas,
cada cual como una agalla,
que, á no tener compañeras,
las Solas fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, púlcera tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima
No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos como el oro,

que, en pie, por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves si me escuchas,
que á la que es más dulce iguala,
y soy de disposición
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba;
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.»

«Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quijote, el cual dando un gran suspiro, dijo entre sí: ¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿á qué la perseguís, emperatrices? ¿para qué la acosáis, doncellas de á catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo, llore ó cante Altisidora, desespérese madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con todo esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.»

No es menos digno de la pluma del *Príncipe de los ingenios*, el romance que, aquella noche del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en casa de los Duques, entonó el manchego hidalgo al son de la vihuela para curar de sus amores á la doncella enamorada:

«Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio las armas
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas...
la honestidad es su dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,

que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.
El amor recién venido,
que hoy llegó, y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señalan,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo,
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros,
y hasta el cielo los levanta.»

Muy digno también de saborearse es el romance con estribillo que la doncella Altisidora dijo al andante hidalgo con fingido tono lastimero al verle partir del palacio de los duques, en dirección á Zaragoza.

Es un romance que recuerda aquel famoso que empieza:

«Alhá permita enemiga
que te aborrezca y me adores...»

y otros no menos celebrados del romancero clásico:

«Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.

Tú has burlado, monstruo horrendo
la más hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompaÑe, allá te avengas.

Tú llevas ¡llevar impío!
en las garras de tus cerrras
las entrañas de una humilde,
como enamorada, tierna.

Llévaste tres tocadores
y unas ligas (de unas piernas
que al mármol puro se igualan,
en lisas) blancas y negras.

Llévaste dos mil suspiros,
que, á ser de fuego, pudieran
abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.

Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompaÑe, allá te avengas.

De ese Sancho, tu escudero,
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena;
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.

Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.

Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompaÑe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres á Inglaterra.

Si jugares al reinado,
los cientos ó la primera,
los reyes huyan de ti,
ases ni sietes no veas.

Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertán,

y quédente los raigones
si te sacares las muelas,
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Sonetos, romances, estancias, ovillejos, glosas, la de

«Si mi fué tornase á es
sin esperar más será
ó viniese el tiempo ya
de lo que será después.»

redondillas, décimas, versos libres, los que empiezan:

«Yo soy Merlin, aquel que las historias...»

quintillas y octavas reales, las que entona al son de su arpa un hermoso mancebo vestido á lo romano, junto á la almohada del, al parecer, cadáver de Altisidora, constituyen toda la diversidad de metros que en el *Quijote* se encuentra.

Se podrá censurar, en estas composiciones poéticas, la defectuosa acentuación de algunos versos, las asonancias, especialmente en los sonetos, á los que también puede tildarse de no ser nunca bastante rotundo el último endecasílabo, es decir, de carecer de la fuerza, rapidez y novedad que requieren las severas leyes de esta clase de composición, pero cuál es el poeta de aquellos tiempos de quien no se puede, con igual razón, decir lo propio.

Don Diego Clemencín apenas perdona una sola composición, de las intercaladas en el texto del *Quijote*.

Ya en los versos anteriores al prólogo, dice de las décimas truncadas de Urganda la desconocida, que no las tiene ni siquiera por discretas y que ni entiende sus pensamientos, ni halla otra cosa en ellas que oscuridad, confusión y tinieblas, comentario que le inspiran igualmente las décimas que el Donoso, poeta entreverado, dedica á Sancho Panza y á Rocinante, y el soneto de Orlando Furioso á Don Quijote.

En la dolorida—canción del zagal Antonio,—censura que el autor copie la tosquedad ingrata de los pastores, en lugar de su sencillez encantadora. Ciertamente que caben muy bien afectos delicados y tiernos en pechos aldeanos, y que

bajo expresiones sencillas pueden presentarse ideas nobles, imágenes agradables y aun sublimes; cierto que el poeta, como el pintor, debe copiar á la naturaleza, embelleciéndola... pero, ¿es que esto no lo sabía Cervantes, es que no lo practicaba? ¿No eran una de sus más altas dotes y uno de sus más preciados méritos los de embellecer cuanto describía? No digamos, pues, que no sabía hacer esto, sino que en aquel romance quiso hacer lo otro.

La Canción de Grisóstomo también le parece mal á Clemencín; así lo declara, pero sin demostrar razones bastantes que lo justifiquen.

Habíanla antes elogiado Pellicer, Ríos y Navarrete, el primero, especialmente, analizando el bello artificio de la rima, el modo nuevo de las estancias ó estrofas, hasta entonces no advertido, y la viveza manifiesta de la pasión del pastor furioso, reputando á Cervantes por inventor de este género de canciones.

Nada de esto convence, sin embargo, al comentador implacable, y solo porque el verso:

«salgan con la doliente ánima fuera»

se repite en la *Galatea* y en los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, recordando á aquel de Garcilaso:

«echa con la doliente ánima fuera»,

y porque le parece embrollada gerigonza aquello de

«con lengua muerta y con palabras vivas»

sin duda por no haberse presentado aun en su época las miradas verdes, los suspiros azules y las horas grises de nuestros días; y porque

«á la desconfianza, cuando mira»,

no es un endecasílabo muy bien acentuado y porque

«esta del corazón profunda llaga»

le parece trasposición tan ridícula como aquella que cita Lope en la *Gatomaquia*:

«en una de fregar Cayo caldera»

solo por esto y por algún que otro reparo de menor importancia, condena toda una composición de ciento treinta y tres endecasílabos.

Igual dureza emplea cuando después de leer el soneto del capítulo XIII, que empieza,

«O le falta al amor conocimiento,»

justifica lo de haber puesto en boca de Don Quijote que su autor *debía de ser razonable poeta*, con estas palabras, procedentes también del mismo inmortal alcalaino: «no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño» cita que otra vez, más adelante, escribe al pie de la glosa de Don Lorenzo, juntamente con la de igual procedencia, de que no hay poeta que no piense de sí que es el mayor del mundo.

Y cuando ante las coplas de enamorado que el *Ingenioso Hidalgo* dedica en el bosque á Dulcinea del Toboso, extraña que Don Quijote se creyera *algún tanto poeta*, según más adelante dice.

Y cuando comenta los ovillejos ó coplas llamadas *de ecos* del capítulo XXVII, diciendo que Cervantes tenía tan mala mano para hacer coplas, como la sin par Dulcinea la tenía buena para salar puercos.

Y cuando tacha de incorrectos ó defectuosos, versos tan elegantes como,

«la pobre cuenta de mis ricos males»

del soneto «En el silencio de la noche...» hermosísimo por cierto (cap. XXXIV), cuyo retruécano de *pobres y ricos* le parece, injustamente, del peor gusto;

«y esta vuestra mortal triste caída»

de otro soneto del capítulo XL; ó

«la fuerza de sus brazos esforzados»

cuyo pleonasma da intenso vigor á este endecasílabo.

Y cuando más que de *malos*, califica de *peores* los ver-

sos de Merlín, aquel que las historias dicen que tuvo por su padre al diablo.

Y cuando simplemente desdeña ó califica de bufonadas los romances que mediaron entre la desenvuelta Altisidora y Don Quijote, sin reparar en la oportunidad de cuanto en ellos censura.

Y cuando del madrigal que cantó al son de sus mismos suspiros el enamorado andante, arrimado al tronco de un haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli, no distingue el árbol que era), dice que otros se han escrito mejores (!) y cita una antigua copla de la cual tiene al madrigal citado por deslucida imitación.

Y cuando, en fin, tras otras análogas tachas, dice del epitafio puesto por Sansón Carrasco en la sepultura de Don Quijote, que carece de chiste, si es de burlas, y no es bastante claro, si es de veras; que está muy lejos de corresponder al lugar que ocupa y al objeto á que se dirige; que la dicción es rastrera, los versos desmayados como casi todos los de Cervantes, y de los conceptos, alambicado el de la primera quintilla, y oscuro, el de la segunda; y que es desagradable ver deslucido el final de una tan hermosa fábula con un epigrama tan insulso.

Líbreme Dios de afirmar con exageración, que las agrias censuras de Clemencín carecen en absoluto de fundamento; antes por el contrario, suelen ser generalmente atinadas, pero tan excesivas, tan desproporcionadas con lo fútil de la razón que las mueve ó las inspira, y tan duras y monótonas, que más bien parecen un forzado estribillo empleado en ocasiones sin venir á cuento, y que llega á ser hasta molesto de puro machacón y repetido.

No diré tampoco que los mejores versos de Cervantes sean los intercalados en sus *Novelas ejemplares* ó en el *Quijote*, pero otras tenemos más firmes, indiscutibles pruebas, de que sabía versificar como el más grande de los poetas de su tiempo.

Los comentarios de Clemencín no significan, pues, tanto que sean ya la última palabra, constituyendo más bien afirmaciones secas, de pura obsesión ó monoideismo, que análisis razonado y sereno. Aunque solo fuese en la compa-

ración con otros buenos poetas de los que brillaban entonces, hubiera encontrado el comentador de Cervantes, manantial sobrado para toda justificación ó defensa.

Los mencionados defectos no eran, en verdad, defectos solo de Cervantes, sino comunes á todos los poetas de su tiempo, defectos que entonces no eran tenidos como tales, y cuyo reparo significó, con bastante posterioridad, un perfeccionamiento de la poética moderna, el que logró dar mayor sonoridad y robustez á la castellana rima.

De todos modos, la nueva generación, la que se esfuerza en demostrar que los genios no vienen acompañados al mundo, que no reza la preceptiva con los espíritus libres, no será ciertamente, la llamada á mantener en pie un error tamaño.

«Basta para la gloria del artista que la obra que produce sea bella; pero la literatura no es solamente expresión de belleza sin expresión de idea. Sobre la obra literaria se formulan siempre dos juicios: un juicio estético, que solo atiende á la belleza de su *forma*, y otro juicio *filosófico*, en que solo se mira á su *contenido*, al *fondo* de la concepción artística en sus relaciones con las eternas leyes de la verdad y del bien.

Todo lo que constituye la *forma* en una obra novelesca, plan ordenado y lógico, desenvolvimiento de su acción, verdad de los caracteres en los personajes que en ella figuran, viveza en los diálogos, sobriedad y exactitud en las descripciones, galanura en la frase, todas estas y algunas otras calidades se encuentran en el *Quijote*.

Y aún hay más,—como dice muy bien un notable crítico.—La moderna literatura francesa pretende haber descubierto la teoría del *realismo en el arte*, mediante la cual debe llevarse á la obra literaria la *realidad entera de la vida*, sin excluir los aspectos de ella feos, y aún repugnantes, que siempre se habían considerado como indignos de penetrar en los dominios de las Bellas Artes» (1).

Pues bien, esa teoría que en nuestra literatura picaresca tiene tan notables ejemplos, encuentra en el *Quijote* encar-

(1) Luis Vidart. Obra citada.

nación viva, palpitante realidad, como los ya citados apuros de Sancho que no pudo contener... el miedo ante los misteriosos ruidos de los batanes y aquella escena ocurrida la memorable noche de la venta, en la oscuridad de la alcoba, donde tales pendencias se armaron que, como el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban un punto de reposo; todo lo cual evidencia la soberana inventiva, la originalidad de aquel ingenio privilegiado, á quien no se le resistían los atrevimientos mayores aun cuando fueran totalmente opuestos á las reglas y enseñanzas generalmente admitidas.

Pero por encima de todas las maravillas de la forma, hemos de admirar y alabar la grandeza y majestad del pensamiento, esencia de toda obra de arte, y en el *Quijote*, prodigio de invención, que atraído por ideales llamamientos, navega sobre un mar revuelto de aventuras y bajo un cielo esplendente de poesía.

Profundizad aquellas admirables páginas y no incurriáis en la vulgar y equivocada idea de que el libro de Cervantes sea solo una hermosa sátira literaria, ó una parodia, ó una insuperable bufonada ú obra de burlas, guardadora del secreto de la risa y del más delicioso pasatiempo, según ha sido comprendido en Inglaterra, donde el *Quijote* fué siempre celebrado con interminables carcajadas; le tendréis por un verdadero poema de los tiempos modernos, representación fiel de los hombres y la vida de España, una verdadera epopeya entonada, sublime, hija de un soberano entendimiento, poeta, el que en Italia colocan al nivel de Dante, al nivel de Shakespeare en Inglaterra y al nivel de Goethe en Alemania, y de quien, como de Homero, se dice que ni tuvo antes á quien copiar, ni después ha tenido quien le copie.

De que Cervantes sintió por la Poesía sus más grandes y hondos amores nos hablan innumerables pasajes de sus obras.

«La poesía, señor hidalgo, á mi parecer—dice Don Quijote al caballero del Verde Gabán,—es como una doncella

tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sepa tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hala de tener el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, dóime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el grande Homero no escribió en latín porque era griego; ni Virgilio no escribió en griego porque era latino. En resolución todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escriba en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclina-

ción que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etcétera. También digo que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor, y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiera serlo. La razón es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes ó príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienas.»

Bajo esta misma alegoría describió Cervantes la poesía, en el capítulo IV del *Viaje del Parnaso*:

Y en esto por un lado descubrióse
del sitio un escuadrón de ninfas bellas,
con que infinito el rubio dios holgóse.

Venía en fin, y por remate dellas
una resplandeciendo, como hace
el sol ante la luz de las estrellas.

La mayor hermosura se deshace
ante ella, y ella sola resplandece
sobre todas, y alegre y satisface.

Bien así semejaba, cual se ofrece
entre líquidas perlas y entre rosas,
la aurora que despunta y amanece,
la rica vestidura, las preciosas
joyas que la adornaban, competían
con las que suelen ser maravillosas.

Las ninfas que al querer suyo asistian
en el gallardo brío y bello aspecto,
las artes liberales parecían.

Todas con amoroso y tierno afecto,
con las ciencias más claras y escogidas,
le guardaban santísimo respeto.

Mostraban que en servirla eran servidas,
y que por su ocasión de todas gentes
en más veneracion eran tenidas.

Su influjo y su reflujo las corrientes
del mar y su profundo le mostraban,
y el ser padre de ríos y de fuentes.

Las yerbas su virtud la presentaban,
los árboles sus frutos y sus flores,
las piedras el valor que en sí encerraban,
el santo amor castísimos amores,
la dulce paz, su quietud sabrosa,
la guerra amarga todos sus rigores.

Mostrábasele clara la espaciosa
via, por donde el sol hace cónfino
su natural carrera y la forzosa.

La inclinación, ó fuerza del destino,
y de qué estrellas consta y se compone,
y cómo influye este planeta ó sino,
todo lo sabe, todo lo dispone
la santa hermosísima doncella,
que admiración como alegría pone.

Preguntéle al parlero, si en la bella
ninfa alguna deidad se disfrazaba,
que fuese justo el adorar en ella.

Porque en el rico adorno que mostraba,
y en el gallardo ser que descubría,

del cielo y no del suelo semejaba.

Descubres, respondió, tu bobería,
que ha que la tratas infinitos años,
y no conoces que es la Poésía.

En *La Gitanilla*, leemos lo siguiente:

«Es la poesía una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran y, finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella comunican.»

Quien de este modo, tan repetidas veces que sería prolijo enumerarlas, se expresa, no podía ser amante desdeñado, sino predilecto, de la Poesía, y así lo reconoció el mismo Lope de Vega, su formidable enemigo, cuando dijo de él muchos años después de su muerte, lejos ya de todo motivo de lisonja:

«En la batalla donde el rayo austrino,
hijo inmortal del Aguila famosa,
ganó las hojas del laurel divino
al Rey del Asia en la campaña undosa,
la fortuna envidiosa
hirió la mano de Miguel Cervantes;
pero su ingenio en versos de diamantes
los del plomo volvió con tanta gloria,
que por dulces, sonoros y elegantes
dieron eternidad á su memoria.»

Aquella gran figura caballeresca de Don Quijote se agiganta por grados según transeurre su vida por los capítulos del libro, se agiganta cuanto más habla, porque palabras tiene de amor para todo lo bello, para todo lo grande, para todo lo bueno: los árboles, las flores, las montañas, las llanuras, los bosques, las fuentes, los ríos, las noches de luna, los cielos despejados; se agiganta cuanto más camina, cuanto más lucha, cuanto más resignado sufre, porque su móvil no es otro que amparar al desvalido: á la viuda, al huérfano, al anciano, al niño, redimir al opreso, socorrer al menesteroso, alentar al humilde, humillar al soberbio, y no

otra cosa hicieron los héroes y los mártires al consagrar y sacrificar sus vidas á la religión ó á la patria.

«Estos dos personajes humildes, nacidos de la fantasía de Cervantes—dice Quintana (1),—vencen en celebridad á los héroes más ilustres de la fábula y de la historia.»

La magna significación poética del *Quijote* está, pues, en todo latente: en la figura hermosa del protagonista y en todos los demás personajes principales ó secundarios, seculares ó clérigos, plebeyos ó nobles, fantásticos ó reales, rústicos ó poetas, galanes enamorados y doncellas desdeñosas; en las bellezas que canta de la Naturaleza, hermo-seándolas siempre con su fecunda y feliz imaginación; en el ambiente sublime de ese mundo ideal en que se desarrollan uno por uno, todos los incidentes, todos los episodios, todas las aventuras; en que se oye, como con voz de ensueño, la palabra solemne del protagonista, eco de nuestras mismas eternas esperanzas é ilusiones y anhelos de placeres, de amores, de grandezas, resumen y compendio de nuestros dolores y alegrías, de nuestros desengaños, de nuestras lágrimas; reflejo, en fin, de nuestra propia vida, y más aún que en nada, en la honda y desconsolada melancolía con que, según la frase de Ramón y Cajal, «campean y se exteriorizan en vibrantes y elocuentes acentos, el desaliento del apasionado ideal irrealizable, el doloroso abandono de una ilusión tenazmente acariciada, el *mea culpa*, un poco irónico quizá, del altruísmo desengañado y vencido», con que el autor del incomparable poema, infortunado soldado de Lepanto, cautivo de Argel, encarcelado de Sevilla, víctima de calumnias, desdenes, envidias, miserias y persecuciones sin cuento, supo desahogar en tono dulce y apacible todo el intenso dolor de una larga vida de tribulaciones, sonrojos y amarguras.

«¡Sufrir, brillar y fecundar! eso es el *Quijote*», dice el sabio Benot y añade: «El *Quijote* es una maravillosa procesión de realismos que marchan alegremente al compás de una gran sinfonía de ideales, y á su ritmo se allanan las fronteras en el espacio, y en el tiempo se dilatan los hori-

(1) *Noticia sobre la vida y obras de Cervantes*, 1797.

zontes, pues la alborozada comitiva siempre va cantando el himno cosmopolita del sentimiento, inteligible á todas las conciencias.»

Por eso la obra es universal, porque ante todo es humana, como el dolor que amarga toda vida, como la esperanza en el soñado ideal que nunca llega y por el que en balde se lucha, como la esencia poética de todo espíritu que en vuelo de incienso se eleva en espirales hasta las etéreas regiones de la fantasía.

Pero á más de ser la obra del dolor y la obra del poeta, el *Quijote* era la obra del genio, del genio que también es siempre poeta, que también es siempre universal y á cuyo ritmo se allanan también todas las fronteras en el campo del arte.

«Porque Cervantes—según ha dicho Max Nordau,— aunque español hasta la punta de los dedos y la raiz de los cabellos, pertenece á la humanidad entera. Del otro lado de los Pirineos se le comprende más, se le siente mucho mejor que á tantos otros poetas ibéricos que creen haberse remontado sobre el horizonte estrechamente local y haber escalado las cimas del pensamiento y del sentimiento universales. Y eso no es de ninguna manera sorprendente. El talento, por grande que sea, se adhiere siempre de una manera involuntaria, inconsciente, á los aspectos exteriores de la vida, que son los que establecen diferencia entre las regiones y entre los pueblos; el genio, en cambio, penetra hasta esas profundidades, hasta ese fondo de piedra tosca que es común á la humanidad de todos los países y de todos los tiempos.»

Y así, siendo Don Quijote la vida para lo ideal, la marcha en pleno ensueño maravilloso, la ascensión continuada á la luna y á las estrellas, el subjetivismo triunfante, inaccesible á las fealdades y vulgaridades de la realidad, la ilusión embriagadora y magnífica: siendo Sancho, la sumisión á las contingencias de lo real, la adaptación que concilia todas las circunstancias, la ausencia de toda idea superior, la vida vegetativa de la estúpida práctica, rica en satisfacciones de la carne, pero agena, en absoluto, á toda otra satisfacción, y sucediendo, como tenía que suceder, que la

extravagancia idealista, rayana en la locura, arrastra al buen sentido, y que el gran comedor y bebedor, que desearía reirse del pobre bobalicón, lo sigue, le admira y le ama, Cervantes creó en ellos los eternos símbolos, demostración sublime del mecanismo del pensamiento humano y encarnación inimitable de la ley de su desarrollo y su civilización.

Así, pues, la gran obra del *Príncipe de los ingenios*, ni tuvo antes precursores ni después ha tenido quien le iguale. Cervantes creó en el *Quijote* un nuevo género de composición, para el que no había reglas establecidas, género que parece el compendio de todas las bellezas, la armonía de todos los encantos de los demás, pues como el lírico, entraña los delirios y el fuego de la pasión, del entusiasmo, los arrebatos de una imaginación fogosa, henchida de sentimientos nobles y levantados, que al dulce aliento del estro que le inspira, se traduce y desenvuelve en expresiones sublimes, en pensamientos altos, en apasionados acentos de un corazón sensible y grande; como el bucólico, describe los bosques, los prados, los jardines, las fuentes, las pasiones y la vida de las gentes rústicas, sus amorosas inquietudes, sus inocentes placeres, los encantos que ofrece la naturaleza en la soledad envidiable de los montes; y como el épico, el más excelente y noble, el que requiere más ingenio, más talento, más instrucción, más entusiasmo, contiene una acción noble y extraordinaria, en la que el pensamiento capital, los personajes, los caracteres, las costumbres, el estilo y el plan, aparecen adornados con toda la pompa y atavíos que le prestan la historia, la fábula, las tradiciones populares y la inventiva del poeta.

«Cervantes no es solamente—ha dicho Heine—la florecencia de sus tiempos, sino la raíz del porvenir. Así como hay que reconocer en Shakespeare al creador del arte dramático ulterior, así debemos venerar en Cervantes al inventor é inspirador de la novela moderna. Cervantes, Shakespeare y Goethe, forman el triunvirato de poetas que en los tres géneros de realización poética, la epopeya, el drama y el poema lírico, han dado lo más sublime... Estos tres nombres se asocian bien, como unidos por un secreto lazo. Un

espíritu hermano irradia de sus reacciones. Los tres respiran una eterna dulzura como el soplo de Dios. Florece en ellos la modestia de la naturaleza...»

Imitémosle, pues, ya que á ello nos mueven cuantos le elogian; amémosle, ya que á ello nos inclina el nuevo libro, el hermoso libro de Navarro Ledesma. Ninguno como Cervantes para ser el maestro de la nueva generación, porque á su novedad, á su intensa originalidad literaria, que es de todos los tiempos, se unía la hombría de bien más grande del que era tan genio de virtud como de inteligencia, tan digno de ser admirado como de ser querido.

«Letras sin virtud—decía,—son perlas en el muladar.» Tiempo es de que aprendamos á practicar tan saludables enseñanzas.

Se quiere decir ahora que ya no entrañamos ni comprendemos aquella gran figura caballeresca amasada con tanta generosidad y grandeza y poesía; que no es el espíritu de Don Quijote el que, haciendo nido en nuestras almas, nos ha llevado á los desastres, y que el corazón nacional está ya vacío de aquel ánimo esforzado de nuestro loco.

Pero yo no me pongo á discurrir sobre esto.

Yo sé que estos días vamos á respirar en un ambiente de universales vítores, y que entre la hojarasca de gallardetes y guirnaldas y el bullicio de forasteros y músicas, y el animado colorido de iluminaciones y colgaduras, voy á asistir al *III Centenario de la publicación del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; yo sé que de aquel libro se hicieron y se hacen innumerables ediciones, que se agotaron y se agotan, y traducciones á todos los idiomas, por lo que en las más distintas lenguas y en los más apartados países, puede leerse y se lee; yo sé que en las cinco partes del mundo se reconoce la gloria de aquel gran ingenio *español*, cuya lozana y regocijada fantasía supo remontarse á la esfera de lo universal hasta alcanzar una popularidad cosmopolita; yo sé que de todos los pueblos de la tierra, singularmente de las más cultas naciones europeas y americanas, recibimos, aún hoy, después de los tres siglos, mensajes y parabienes.

Aún no han podido llegarnos las noticias de los trabajos

y formas diversas con que el Centenario se celebra en Méjico, en El Salvador, en el Perú, en la Argentina, en Chile, en Colombia, en Venezuela, en el Ecuador, en el Paraguay, en Cuba, en el Uruguay, en Guatemala, en Honduras, Costa Rica; sabemos, sí, que en muchas repúblicas las fiestas tienen un carácter popular y oficial á la vez. En Honduras el Gobierno decretó la erección de una estatua á Cervantes en uno de los puntos más céntricos de la capital.

La fiesta será, pues, no sólo continental sino de todo el mundo civilizado. Rusia, Austria, Suiza, Rumanía, Holanda, los Estados Unidos, responden en diferentes formas á nuestro homenaje. Así dice la prensa.

Italia, la patria del arte y de la poesía, la patria de Dante Alhigieri, de Petrarca, de Alfieri, de Manzoni, celebra el centenario con una fiesta escogidísima presidida por el rey.

Francia no le irá en zaga. En la Sorbona se anuncia una fiesta suntuosísima, en la que tomarán parte las primeras intelectualidades de París.

Londres tributará también cumplida justicia á la memoria de Cervantes, señalándose en esta demostración el eminente hispanófilo Martín Hume.

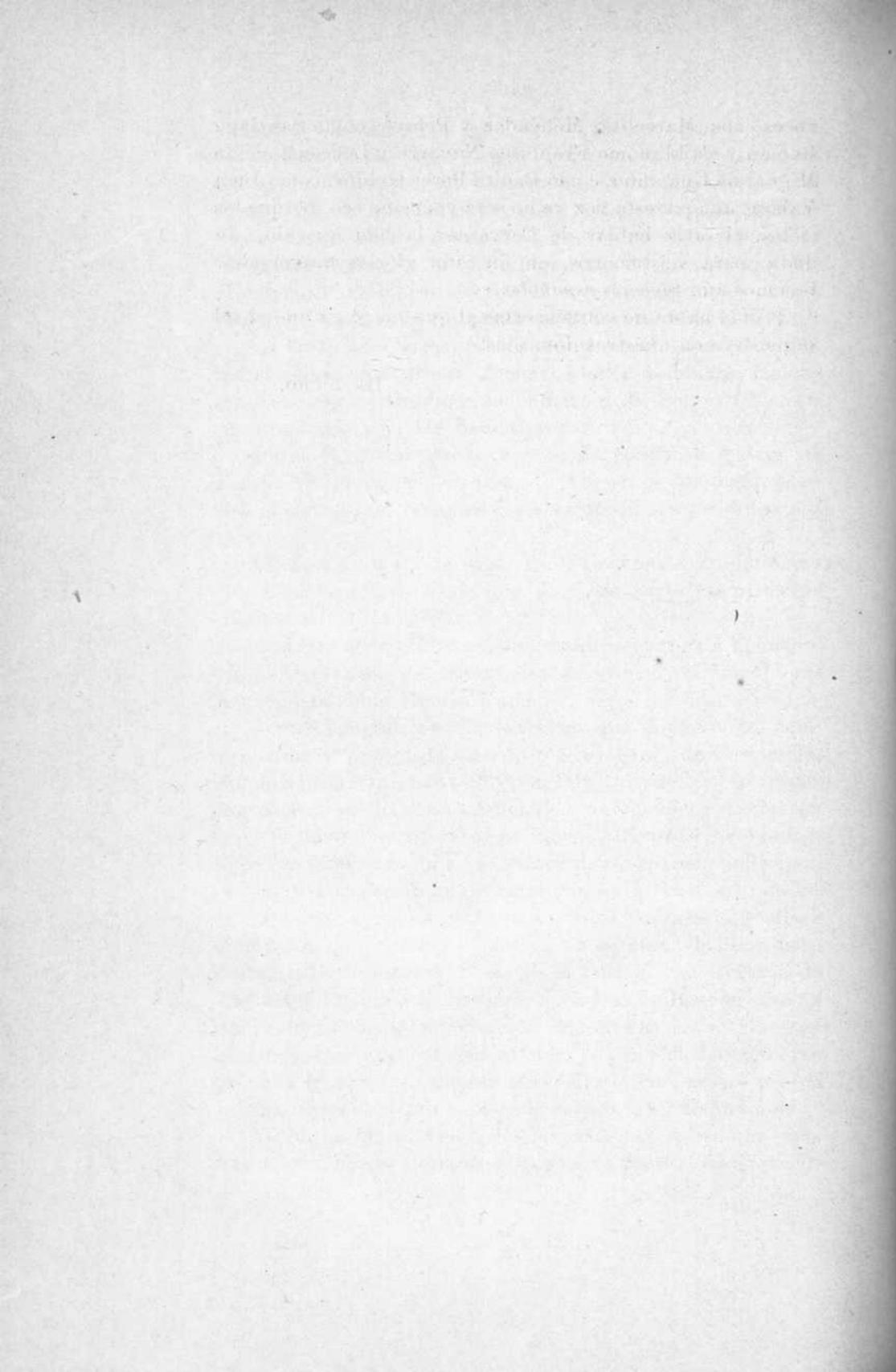
Y en Alemania, en la culta Alemania, donde mejor comprendido y apreciado ha sido y es el genio de Cervantes, donde se tiene intenso culto por Don Quijote, cuyos verdaderos alcances han sido señalados con honda penetración por sus más sabios literatos y críticos, allí revestirá el homenaje los caracteres de un acontecimiento extraordinario, en el que el entusiasmo ha de competir en intensidad con los trabajos apologéticos, entre los cuales trabajos descollará siempre el que, traducido por la galana pluma de la primera de nuestras escritoras, S. A. R. la Serma. Sra. Infanta de España y Princesa de Baviera, doña Paz de Borbón, nos ha aportado ya, como satisfacción doble, con lo honroso del elogio autorizado, el espontáneo y patriótico rasgo que movió á pluma tan insigne á servirnos en nuestro propio idioma conceptos que habían de sernos tan halagadores.

Yo sé, en fin, que en todas las naciones saben que para hacer los honores á cuantos vengan de fuera, tenemos aún

voces como Marcelino Menéndez y Pelayo, como Santiago Ramón y Cajal, como Francisco Navarro y Ledesma, como Miguel de Unamuno, como Benito Pérez Galdós, como Juan Valera, aunque esta voz ya no será voz, sino eco, porque los cielos, al oírle hablar de Cervantes la han querido, sin duda, para sí; tenemos, en fin, aún glorias universales; tenemos aún *ingenios españoles*.

¡Cómo habrá de convencerme el que me diga que el sol se pone ya en nuestros dominios!

HE DICHO.



Don Quijote y el Derecho.

Por José Canalejas.



DON QUIJOTE Y EL DERECHO

SEÑORAS Y SEÑORES:

Ya que me faltan otras dotes, habrá de acompañarme al menos la discreción, pensando cuando recorro con la vista los ámbitos de este salón que debo atener mi palabra á quien me escucha más que al natural anhelo de espaciar el pensamiento y discurrir ampliamente sobre el tema que me cupo en suerte; digo en suerte, porque yo no lo elegí. El amplio programa, los interesantes números del mismo que nos esperan, aguijan mi impaciencia, y así, sin exordio alguno, trazando no más el cuadro que desenvolvería en otra oportunidad, diré algo como homenaje que, en nombre del Colegio de Abogados y de la Academia de Jurisprudencia, rindo á la memoria del insigne Cervantes, asociándome á los magníficos discursos pronunciados en esta docta casa, que enaltecen sus timbres gloriosos y hacen honor á su ilustre Presidente y á los miembros de su Junta directiva.

No puedo acercarme á las magníficas oraciones de Menéndez Pelayo, Cajal, Valera, en las cuales se sintetiza todo cuanto el pensamiento y la elocuencia pueden decir en honor de Cervantes.

Claro está que hay en esos discursos, si la polémica y la contienda fueran lícitas en estas fiestas de la neutralidad, conceptos é ideas que pugnan con mis más ardientes convencimientos; pero no es la presente, hora de discutir sino de enaltecer, y aún aquellos agravios inferidos á la convicción propia, es bien acallarlos en respeto á la gran autoridad de quien los profiere. Viniendo al tema, para exponerlo

muy sobriamente, ejerciendo aquí el oficio que los representantes de las antiguas loas y entremeses hacían á fin de preparar al público para los grandes espectáculos, único papel que me he asignado y procuraré cumplir, séame lícito consignar que con verdadera extrañeza, con gran sorpresa, he leído, autorizándolo la firma de un docto escritor, que las enseñanzas jurídicas que se desprenden del libro inmortal de Cervantes estaban íntegras, que no se había publicado trabajo alguno sobre ellas. Y no es así, yo recuerdo, con el entusiasmo que me inspiró siempre su poderosa elocuencia, con la fascinación que ejercía sobre mi ánimo su extraordinario entendimiento, aquel magnífico discurso de Martos, que no llegó á leer en la Academia Española, en que disertaba acerca de los conceptos jurídicos de los grandes poetas del siglo de oro. La Jurispericia de Cervantes y el Quijote, de Gamero, el monumental estudio de Carreras, docto, perseverante, agudísimo literato catalán, que recomiendo á vuestro estudio, que es como recomendarlo á vuestro aplauso, y la disertación del maestro La Fuente acerca de Don Quijote desamortizador, y los estudios de Ureña y las publicaciones recientes de trabajos memorables de Olmedilla, y los alardes de erudición fastuosa desplegados en reciente certamen por los que concurrieron al concurso promovido por la Academia de Jurisprudencia, nos enseñan que está recopilado en el *Quijote* por Cervantes, así el pensamiento jurídico de las masas populares, como las grandes enseñanzas de los ilustres pensadores que iluminan la ciencia del derecho en los siglos XVI y XVII.

No sería, pues, empresa original la que aventurare discuriendo acerca de los conceptos jurídicos del *Quijote*; ella tiene en su apoyo una vasta literatura, cuyo examen juzgo impropio de las circunstancias presentes, defraudando la natural expectación del auditorio para otros temas más interesante.

Señores, el saber jurídico popular y la doctrina científica, se armonizan, se engarzan por el sutil ingenio y la hermosa dicción de Cervantes en el *Quijote*, de suerte maravillosa. Pero hay en las enseñanzas jurídicas del *Quijote*, recogiendo el pensar científico y la inspiración popular,

una demostración de algo que algún día, quizás alentado por la grandeza del empeño, sin medir la debilidad de mis fuerzas, acometa; la demostración categórica de que las modernas enseñanzas del Derecho, no ya la de la Antropología y la de la Criminología, desenvueltas por el ingenio de un ilustre Vicepresidente de esta Corporación, sino las enseñanzas del Derecho Penal, del Derecho Civil y aun algo del Derecho Internacional, tienen en Cervantes y en los grandes pensadores de su época, precursores ilustres, esclarecidos, de quienes irradian doctrinas y enseñanzas que ahora recojemos como nuevas. Porque, es caso extraño: la admiración española, se dirige á glorias y fastos de España, que no fueron sino germen de nuestra decadencia y todo el saber jurídico, toda la doctrina filosófica, todo el acerbo ético que constituye nuestra gran literatura del Siglo de oro, quedan como olvidados y á lo sumo distraemos nuestro espíritu, con las maravillas de la literatura dramática, con la novela, con la sátira, pero sin rendir culto á esa fervorosa visión científica, en la que están contenidas fundamentalmente, las doctrinas de Spencer y aun los arranques geniales del mismo Darwin.

Temerario parecerá el aserto, pero yo lo aventuraría hoy como una afirmación, y mañana, si fuera preciso, como punto de partida para una polémica. No hay en la novísima sociología nada que no tenga su germen en la gran literatura filosófica y social de los siglos XVI y XVII en España. Y en el mismo *Quijote*, ¡quién tuviera tiempo y espacio para discurrir acerca de cualquiera de los episodios, y singularmente de aquel genial del gobierno de la ínsula Barataria!

Nuestro concepto del Estado providencia, nuestras grandes preocupaciones por la sustentación del pueblo, las medidas de justicia que suscita el juego ó que promueven otros vicios sociales, cuanto constituye el contenido de los grandes problemas que preocupan á nuestros Parlamentos y pensadores, todo está de mano maestra esbozado en aquellos sabios consejos que Don Quijote da á Sancho, en aquellas observaciones ingenuas de Sancho á los que le asisten en el gobierno de la ínsula, en aquellas cartas amorosas á su esposa...

¿Y en el Derecho internacional? El concepto de la guerra; los límites de la conquista; la justificación de las contiendas bélicas; la prudencia y la medida en el vencedor; la doctrina del despojo, de los rehenes; todo cuanto nutre el contemporáneo Derecho internacional de la guerra hállase desenvuelto en la obra de Cervantes. Y el Derecho civil, procesal y mercantil, no sólo aquella gran libranza de los pollinos con que premiaba los servicios de Sancho, Don Quijote, sino en lo que constituye el fondo íntimo de la economía doméstica, y aun los barruntos de la economía política que, el Sr. Piernas hace treinta y cinco años recogió en hermoso libro, tan hermoso como diminuto, nunca olvidado por los que prestamos atención á estas materias; todo ello puede estudiarse en el libro inmortal.

Cotejar el texto de Cervantes con los de los grandes pensadores en cuyos cerebros germinan las doctrinas; cotejarle con los apotegmas, con los refranes, con las máximas, con las locuciones indoctas de la inspiración popular; trazar luego, con el auxilio de las obras y tratados forenses de la época, el conjunto armónico de las concepciones jurídicas, teóricas y prácticas de su tiempo, no lo estimo propio de la ocasión presente. Doctrinas, tendencias, propósitos, aspiraciones que constituyen la trama de la política, responsabilidad del Rey, límites del poder del Monarca, intervención de las representaciones populares en el Gobierno, arbitrios judiciales, tasa de la prueba, contiendas procesales, limitación del indulto, todo cuanto constituye la esencia del Derecho moderno, está en germen en la obra de Cervantes.

¿Despréndese de lo dicho que intente incurrir en la vulgar manía de presentar á Cervantes como un leguleyo, ni siquiera como un maestro en el arte de enjuiciar? Cervantes médico, Cervantes físico, Cervantes... á qué seguir, marino, militar, político y tantas otras cosas. No, Cervantes *genio*; Cervantes expresión de su época. Porque hay para mí una idea fundamental, la que resume la contienda entre aquellos que estiman que ha de entenderse el *Quijote* á la llana, y los que penetran en las investigaciones aguciosas del ingenio sutil por las rendijas de sus libros preocupán-

dose de encontrar *quintas esencias* y es que el Arte como la Ciencia son eternos protestantes de la realidad. El Arte y la Ciencia, esclavos de la realidad, se estancan, se petrifican. La Ciencia y el Arte, animados por el ideal, despiertan y realizan en la vida categorías y conceptos supremos.

No hay nada más revolucionario que la Ciencia y el Arte: sea cualquiera el simbolismo que se oculte ó esconda en Cervantes, su obra no se acomoda al lecho de Proeusto de la realidad. Entiendo yo que las condiciones de su época justificaban la protesta; pero aún cuando así no fuera, el Arte tiene, en días en que el pensamiento y la voluntad decaen, ó que retroceder á la Historia para engrandecer el presente con reverberaciones de glorias pasadas, ó ascender al ideal y ponerse en camino del porvenir. Así Don Quijote; así aquél triste caballero apaleado por los humildes campesinos; lacerado con la injuria, el agravio y la burla por los Duques; aquél hombre sano, recto, noble, caballeroso, despierta siempre en mi espíritu esta duda: ¿quería resucitar el pasado ó anticipar el porvenir? Y la resuelvo como *Heine*, pensando que quería anticipar el porvenir, pero con un caballo flaco, con una lanza endeble, con un organismo débil, y el porvenir, para anticiparle siquiera unos días ó unos años, necesita esfuerzos vigorosos, instrumentos resistentes; algo, en fin, de lo que ocurre en las grandes realidades de la vida contemporánea, algo de las ansias patrióticas que á tantos nos atormentan. Para que el porvenir se anticipe, para que pueda la España de hoy traer á los moldes y realidades de la vida presente, todo lo que nuestras ansias patrióticas anhelan, serían necesarios organismos robustos, caracteres vigorosos, que sirvieran de apoyo á esta gran transformación progresiva. (*Grandes aplausos.*)

Y así de todo: así en la obra genial de Cervantes, así en la contraposición armónica de aquellos dos caracteres, así en aquel desdoblamiento de una sola personalidad; porque yo no creo que hay en el *Quijote* de Cervantes la antítesis de Sancho y Don Quijote. Para mí, son uno sólo, y aun pudiera decir, si gustase de penetrar sentidos esotéricos, que para mí Don Quijote y Sancho representan España, repre-

sentan el momento de la historia patria, en el cual, decantando la grandeza de nuestros dominios, pensando que el sol no se ponía sobre ellos, transitaban por calles y ciudades, por caminos abandonados y por campos estériles, los frailes, los mendigos, los emigrantes; es decir, todos los elementos que representaban el desgobierno, los gérmenes de la decadencia, principio de la descomposición de España. De ahí el cuadro vigoroso de Sancho y Don Quijote; es decir, de la clase media, de la hidalguía modesta, del elemento popular, de la clase proletaria, todo ello disuelto y confundido ante una aristocracia en la cual no reverberaban las grandezas históricas de los grandes triunfos, ante una monarquía muy fastuosa que iba consumiendo todas las energías nacionales, encaminando á España á la ruina y á la decadencia. (*Grandes aplausos.*) Representan estos personajes la nación española de ayer, y casi podría decir la nación española de hoy, pensando en retener imperios coloniales, en conquistar zonas de influencia, en extender más allá de donde lo permiten sus medios, sus ambiciones, y, en cambio, su agricultura, su industria, su comercio, y, sobre todo, más aún que el cultivo de sus campos, el cultivo de su inteligencia, abandonado y yermo; todo esto representa ese sentido extraño á la realidad, ayuno de la realidad que se encarnaba en la gran figura de Don Quijote y Sancho.

Pero... (y con esto termino) el insigne Cervantes devolvió á Don Quijote á la razón, hizo más agudo y sutil por la educación y contacto de aquella gran inteligencia y corazón á Sancho, y los presenta, en los últimos días de su vida, como un hombre cuerdo que iluminaba con su pensamiento su tiempo, y un hombre rústico transformado por aquel gran educador y pedagogo del pueblo, que representa el estado medio.

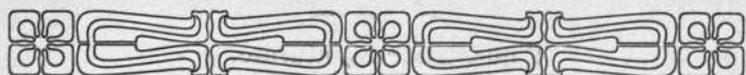
Creo que como España es inmortal y no puede enterrarse cual Don Quijote y Sancho, llegó la hora en la cual recobra la razón, vuelve sobre sí misma, atiende á restañar tantas heridas y quebrantos y tantos gérmenes de decadencia. Don Quijote loco, muere sano; España estuvo mal gobernada, pero algún día recobrará sus propias fuerzas, sus nobles impulsos, y será grande. (*Aplausos.*)

Gracias, señoras y señores, por vuestra benevolencia, pero permitidme que al terminar estas breves consideraciones, diga algo que está desbordando ya de mi pensamiento y más aún de mi corazón á mis labios, que diga en su presencia, aunque torture su molestia, que este Centenario, que representa una gloria positiva para esta Casa, representa un lauro inmarcesible para ese hombre. (*Señalando al Sr. Navarro Ledesma.—En este momento el público porrumpe en grandes y frenéticos aplausos.*) No hace mucho maravillaba á España el inolvidable Fernández Guerra, con su prodigioso libro sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón* y después no ha vuelto á escribirse otra obra como la de Navarro sobre Cervantes. El Centenario del *Quijote* es una revelación. Cada día creo más que en los elementos subalternos de la sociedad está la esperanza de España y creo también, sin hacer agravio á hombre tan ilustre como el que nos preside (*el Sr. Moret*), que en la juventud residen la esperanza y el porvenir de la patria. (*Grandes y estrepitosos aplausos*).

HE DICHO.

DON QUIJOTE

Por Francisco A. de Icaza.



DON QUIJOTE

¡Oh, famoso caballero,
el de la Triste Figura!
Ha reído el mundo entero
tu locura.

Sin pensar que en el abismo,
término de las edades,
locuras y vanidades
son lo mismo.

Que por diversos engaños,
cubiertos con altos nombres,
van á matarse los hombres
en rebaños.

Y en aventuras andantes,
piensan por encantamento
que los molinos de viento
son gigantes.

Se ríen de que trastornes
lo real en tus empresas;
se olvidan de las princesas
maritornes.

De que siempre habrá quien fie
en la bella Altisidora,
si de amor dice que llora
cuando ríe.

Y que, triste ó venturoso,
es el amador quien crea
para amar, su Dulcinea
del Toboso.

Se liberta á galeotes,
se combate con yangüeses,
se dan tajos y reveses
por azotes.

Y en los mundos del ensueño
se va á ciegas y al acaso,
sustituyendo á Pegaso,
Clavileño.

Y ni fieras ni titanes
habrá que la marcha impidan,
¡del mismo á quien intimidan
los batanes!

¡Oh, famoso caballero,
el de la Triste Figura!,
ha reído el mundo entero
tu locura.

Sin mirar que en el abismo,
término de las edades,
todas nuestras vanidades
son lo mismo.

LAS CANCIONES DEL "QUIJOTE,"

Por Cecilio de Roda.



LAS CANCIONES DEL “QUIJOTE,”

SEÑORAS Y SEÑORES:

«... porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes.»

Y si Don Tristán había inflamado de amor á la Reina Iseo al son de su arpa, y si el Príncipe D. Duardos, y Amadís de Gaula, y Don Olivante, y el caballero de Cupido y Don Belianis de Grecia eran músicos de diversos instrumentos, y si á Florambel de Lucea le llevaba siempre su escudero un laúd colgado del arzón y se combatió con un caballero enconradizo que hizo burlas de verlo, nuestro Ingenioso hidalgo, espejo fiel de todo el santoral caballeresco, escrupuloso cumplidor hasta de los más nimios artículos de las ordenanzas de la andante caballería, no podía menos de echar su cuarto á espadas en estos lances musicales, y utilizar en sazón oportuna su voz ronquilla y entonada.

Por cortesía de caballero canta el romance á Altisidora, de gatuno desenlace, por devoción á su dama entona el madrigalete á Dulcinea, al son de sus mismos suspiros; y en el ambiente que Don Quijote respira vibran las notas del romance del pastor Antonio, de los ecos y del soneto de Cardenio, de las canciones del mozo de mulas, del viejo romance de los antiguos *cantares de gesta*, que canta el labrador tobosino; del soneto á Casildea de Vandalia, que se acompaña con la vihuela el *caballero de los Espejos*, de las

seguidillas del paje que iba á la guerra, de la trova de la burlona Altisidora y de la égloga en honor de esta doncella, vuelta felizmente á la vida por la virtud de las mamonas, pellizcos y alfilerazos que con tan poca mansedumbre sufrió el paciente Sancho.

Todas estas canciones nada tienen que ver con la psicología de Don Quijote ni de los demás personajes; son las que se cantaban en España á fines del siglo xvi y principios del xvii. Su documentación no hay que buscarla en el libro de Cervantes, sino en los extraños á él; por eso en esta conferencia os he de hablar muy poco del *Quijote*; casi exclusivamente he de referirme al ambiente musical donde el *Quijote* se engendró.

La Música ha tenido siempre dos manifestaciones separadas: la popular y la culta. El pueblo ha cantado constantemente, el canto es en él un producto instintivo, casi una necesidad orgánica. La música culta no ha aparecido más que en los apogeos de las civilizaciones, cuando refinados los espíritus por un cultivo lento y laborioso, han sentido la necesidad de confiar á la Música una intensidad expresiva que el lenguaje no podía dar. De ahí que la Música, caminando á saltos, yendo de una cumbre á otra, y tardando á veces muchos siglos en encontrar terreno apropiado para echar raíces, sea de todas las artes la que ha arrastrado más perezosa existencia y la que más atrasada camina. Comparad los siglos que llevan de existencia la Arquitectura y la Escultura, las dos que encontraron primero sus medios de expresión, la piedra y el barro, y la mano y el cincel; los que lleva de vida la Pintura, hermana menor de aquéllas, que entre lo que tardó en encontrar sus medios propios y lo que el espíritu tardó en *ver*, dejó transcurrir muchos siglos; comparadlos con los que lleva de vida la Música, y si los siglos son años en lo historia de las artes, mientras las primeras peinan canas y la Pintura es una moza fresca, la Música anda todavía con niñera.

Las civilizaciones griega y romana, desconocedoras de la armonía, redujeron la expresión musical á la expresión melódica. Necesitando cantos propios la Iglesia cristiana, tomó aquello que había á su alcance: las modalidades dóri-

ca, lidia, frigia, hipodórica, etc. Para desterrar de sus templos todo resto de paganismo, les cambió los nombres por los de primer tono, segundo tono, y sucesivamente, y mientras los espíritus seculares andaban ocupados en la acción, en formar el lenguaje, y aquí entre nosotros en conquistar á los moros las tierras de España, la Iglesia guardaba aquella documentación que había heredado, sin hacer en ella grandes innovaciones, conservándola con el criterio tradicional que constituye su característica. Por eso cuando llegó el día, allá en el siglo xv, en que los españoles quisieron cultivar un poco el espiritualismo estético, encontraron por todo material educativo, en lo que á la música se refería, las modalidades griegas, que en fuerza de vivir tantos años la vida religiosa, habían vestido ya la sotana. Tomáronlas de allí con sus propios hábitos; fueron infundiéndoles, poco á poco, un espíritu más profano y más afectivamente expresivo; pero hasta dos siglos después, siguió conservando su arte las señales de la tonsura, y fué preciso que pasara mucho tiempo, que muchas actividades se empleasen en él y que sufriera muchas influencias, para que le desapareciera por completo el olor á incienso y el dejo á canto de facistol.

Si os fijáis en la historia de las artes veréis que todas han evolucionado del reposo á la movilidad, y que cuando han abandonado un camino para emprender otro, han partido de una concepción menos tranquila que la que había engendrado el estilo anterior. Así los órdenes de la arquitectura griega, van adornando cada vez más sus frisos y capiteles: los romanos introducen el arco, menos reposado que el dintel; el bizantino continúa su marcha progresiva; el ojival parte de unos elementos más inquietos que los estilos anteriores, y va agitándolos más y más en los períodos flamígero y florido; el árabe recorre las mismas etapas, y cuando el arte greco-romano resucita en el renacimiento, no transcurre mucho tiempo sin que el plateresco primero y Churriguera al final, lo movilizcen, adornen y exageren.

Esta ley biológica de las artes todas, se cumple también en la música. Los griegos empezaron por lo más sencillo, por la voz sola ó la monodia escueta, y la línea melódica sin armonía la fueron agitando rítmicamente hasta encon-

trar una rica variedad de combinaciones figurativas. La Iglesia tomó sólo los ritmos más tranquilos, más solemnes; su trabajo de muchos siglos creó la armonía polifónica, polifonía sencilla, de nota contra nota primero, de imitaciones después, basada en el reposo del acorde consonante, y más tarde con algunas pequeñas disonancias, preparadas y resueltas. Si el isocronismo y los ritmos más simples (el dáctilo y el troqueo) habían prevalecido únicamente, en cambio la armonía caldeaba la línea melódica con su interés sonoro.

En los tonos eclesiásticos, en este estilo de la polifonía, se engendró la canción culta ó cortesana, y muy probablemente también la canción popular.

Prescindiendo de las *Cántigas de Don Alfonso el Sabio* (siglo XIII), más bien religiosas que profanas, y reducidas simplemente á la indicación melódica, las primeras manifestaciones del arte cortesano en España, están contenidas en el *Cancionero de Palacio*, publicado por Barbieri; en el *Cancionero de la biblioteca Colombina*, traducido, aunque no publicado, por Pedrell, y en dos tomos manuscritos existentes en la Biblioteca de Medinaceli con los nombres de *Tonos antiguos* y *Tonos castellanos*, pertenecientes todos á los fines del siglo xv ó principios del siguiente, pues aunque la letra de estos dos últimos parece ser de fines del xvi, las canciones que de uno de ellos he traducido, acusan una antigüedad más rancia si se las compara con las de Pisador, Fuenllana, Valderrábano y Daza.

En todos ellos la canción está tratada á tres ó cuatro voces en estilo polifónico, sin acompañamiento instrumental; su interés, si grande históricamente, no lo es tanto desde otros puntos de vista. Por lo que al *Quijote* respecta, no tiene aplicación alguna.

No ocurre lo mismo con los libros de vihuela que comienzan á imprimirse en nuestra patria desde el descubrimiento de Petrucci. Antón Schmid (1) cita como existentes en España las imprentas de música de Joseph Brocar, en Alcalá

(1) Ottaviano dei Petrucci da Fossombrone, der erste Erfinder des Musiknotendrucks mit beweglichen Metalltypen, etc. Viena, 1846.

de Henares; Diego de Puerto y Francisco Zea, en Salamanca; Juan de León y Juan Gutiérrez, en Sevilla; Francisco Díaz Román, en Valencia, y algunas más en Valladolid, Madrid, Zaragoza, Toledo y otras ciudades.

En ellas aparecen á partir de *El Maestro*, de D. Luis Milán (Valencia, 1536); *Los seis libros del Delfin*, de Luis de Narváez (Valladolid, 1538); *Los tres libros de música en cifras para vihuela*, de Alonso Mudarra (Sevilla, 1546); la *Silva de Sirenas*, de Anriquez de Valderrábano (Valladolid, 1547); el de Diego de Pisador (Salamanca, 1542); la *Orphenica lira*, de Miguel de Fuenllana (Sevilla, 1554); el *Libro de cifra nueva*, de Luis Venegas de Henestrosa (Alcalá de Henares, 1557); *El Parnaso*, de Esteban Daza (Valladolid, 1576), y el de Cabezón para tecla, harpa y vihuela (Madrid, 1578), si bien este último las obras que contiene son muy anteriores á la fecha de su publicación.

Algunos de estos libros traen la cifra de motetes y otras composiciones religiosas; casi todos no se limitan á grabar composiciones de su autor, sino que mezcladas con ellas, insertan canciones de autores distintos. Su contenido lo constituyen romances, proverbios, canciones, villancicos, endechas y sonetos, casi siempre tratados en estilo polifónico, y de vez en cuando con alguna *fantasía* ó comentario al final de cada verso, fantasía encomendada á una sola voz instrumental, y generadora probable de la manoseada *fermata* italiana.

Las danzas y fantasías instrumentales tienen, por lo común, la forma de *diferencias* ó variaciones sobre un tema.

No creo que sea muy aventurado suponer que estas canciones fueran las favoritas y en boga entre el elemento culto. Y como las personas que en el *Quijote* cantan son el protagonista, el bachiller Sansón Carrasco, Cardenio, don Luis, el músico de la égloga, todos con cierta cultura, y como lo que cantan son romances, sonetos y madrigales ó villanescas, es decir, lo mismo que en los libros de vihuela se contiene, creo que ofreciendo una muestra de lo último que en el siglo XVI se publicó en este género, puede formarse una idea exacta, ó aproximada cuando menos, de

cómo eran las canciones que aparecen en el libro de Cervantes.

Dos únicos reparos podrían ponerse á la congruencia de estos ejemplos: la distancia que media desde la publicación del libro de Daza (1576) á la del *Quijote* (1605-1615), y la demasiada ciencia de aquellos compositores para que sus obras fueran fácilmente asimiladas por el público. Pero como de un lado las artes caminaban entonces sin el vértigo de hoy; como las décadas representaban para la expansión y vulgarización menos que hoy unos pocos años, y como, por otra parte, la música tenía en aquellos tiempos una importancia grande en los estudios, había cátedras de ella en las Universidades de Salamanca y Alcalá, y en los tiempos no se oía más música que la polifónica, con la que todos estaban familiarizados, no extrañará que este género fuera, como antes decía, el favorito y acogido por las clases cultas.

De su carácter he de añadir muy poco. Nuestros compositores de fines del siglo xvi habían recibido la influencia de los contrapuntistas neerlandeses; muy poco la de aquella escuela italiana de Cacini, Peri y Monteverde; absolutamente nada del coral protestante, que en Alemania tan popular fué. Con sus procedimientos tradicionales sólo iban en busca de dos fines: de la corrección en la escritura, y de realzar la expresión y el sentimiento de la poesía que tomaban. Era la nuestra, por entonces, una escuela de expresivistas muy superior á la que se desarrolla en la decadencia de nuestros siglos xviii y xix.

He elegido, para que los oigáis, un madrigal en el estilo del que canta Don Quijote, un soneto en el carácter del que entona, acompañado de su vihuela, el *caballero de los Espejos*, y un romance. En romance se cantaban los amores, las trovas, los sucesos históricos, las aventuras caballerescas y las tradiciones y consejas. Por ser una forma tan popular en España, por la poca diferencia que hay, como tipo de canción, entre el romance narrativo y el amatorio, diferencia reducida á un menor énfasis y altisonancia en la composición musical, y por no hacer los tres ejemplos en el sentimiento amatorio, he preferido daros uno del tipo narrativo, á pesar de no aparecer de este modelo en el *Quijoté* más

ejemplar que el del labrador del Toboso, y de contar el amatorio con los del cabrero del rabel, D. Luis, el mozo de mulas, Altisidora y Don Quijote.

Los tres ejemplos los he traducido del libro de vihuela de Esteban Daza; los dos últimos no han sido publicados; el primero lo fué por el Conde de Morphy, pero su traducción, hecha con mejor deseo que fortuna, adolece de tantos errores, que creo poder asegurar que la que os ofrezco es completamente nueva. Entre otras cosas al Sr. Morphy se le escapó el sentido polifónico de las obras de nuestros vihuelistas; no vió más que los sonidos simultáneos en el ataque, no su prolongación, resultando de aquí una falta de técnica tan grande, que en la escritura aparece como música bárbara lo que puede presentarse como modelo de corrección y de saber.

VILLANESCA.—Es uno de los más interesantes aciertos de nuestro gran Francisco Guerrero, muerto en 1600. Su expresión es tan dulce, tan suave, tan amorosa, que su interés histórico casi queda obscurecido por su interés poético. Es un *Lied* digno de figurar en un concierto de hoy.

ROMANCE.—El de Esteban Daza es muy típico por el sentimiento heroico, altisonante, declamatorio, que vibra en él. En esta forma de estrofas se cantaban los romances amatorios, los moriscos, los de todas clases.

He aquí su texto completo:

Enfermo estaba Antioco,
Príncipe de la Suria,
de Estratonice la Reina
ferido de amor yacía.

Muger era de su padre
Rey Demetrio se decía
el rey era viejo anciano
y ella linda á maravilla.

Mal doliente está en la cama
calla y siempre padecía
por ser como es su madrastra
sufre y la llaga encubría.

Determina de morir
antes que de su mal diga
y cuanto él más lo encubre
muy mayor daño le hacía

Muchos médicos le curan
ninguno la causa atina
uno, tomándole el pulso
la reina que á verlo iba,
alterose al punto tanto,
que el médico la entendía
fuese luego para el Rey
desta manera decía

diciendo: sepa su alteza
que Antioco moriría
su mal no lleva remedio
que por mi muger moría
y yo no se la daré
aunque me cueste la vida.
Mucho le regala el Rey
dale ciudades y villas.

Dijo el médico: Señor
si como es la muger mía
fuese la tuya, el buen rey
dime si se la darías.

La música del SONETO es de un compositor español— Pedro Ordóñez,—á quien rarísimamente he visto nombrado en los trabajos históricos sobre nuestros maestros del siglo xvi. Saldoni, sólo dice de él en sus Efemérides de 1860, que era citado con elogio por los compositores italianos.

Sin perder de vista la expresión del sentimiento general en la composición, va fijándose minuciosamente en las palabras y en las frases de más relieve, con un cuidado y un detalle quizá exagerados, pero que denuncian una inspiración directa en la poesía.

Son curiosas la interpretación musical dada á las palabras «mudo soy», «dícesme que no te hable, mas he miedo», la entonación pasional de todo él, dentro del sistema armónico de la época, y la novedad de ciertos giros y dibujos.

Cuatro palabras sobre la música popular. Si fué engendrada probablemente al calor de los tonos eclesiásticos, ó más propiamente aún al de las escalas y modalidades griegas, si en su carácter había algo del sentimiento de las canciones que acabáis de oír, en cambio rítmicamente había ganado en riqueza, sobrepujando en mucho á la música cortesana.

Su contacto con la música árabe primero, después con la de los gitanos que vinieron de Flandes en tiempo de Carlos I trayendo sus cantos típicos de origen egipcio, le había hecho adquirir una gentileza y un aroma particular.

Poco, muy poco, se conserva de ella, pues no me atrevo á creer que la parte principal de las canciones polifónicas á que antes me refería, ni que las de los vihuelistas tuvieran una grande semejanza con lo que el pueblo cantaba. Los documentos más auténticos creo que se encierran en el tratado del ciego Salinas, impreso en 1577. En los libros VI y VII, al tratar de la métrica musical, trae mezclados con cantos religiosos, algunos en castellano, á los que generalmente acompaña la indicación *quod sic comuniter cantatur*. Estas muestras, reducidas al apunte de los dos primeros versos de algunas canciones como «Milagro bien sería—si vos señora mía», «Monjica en religión me quiero entrar—por no mal maridar», «Rosa fresca con amores—Rosa fresca con amor», sorprenden por la exactitud y acierto de la prosodia musical y por el flexible movimiento del dibujo melódico.

De las coplas lascivas y descompuestas á cuyos cantores impuso Sancho gravísimas penas en su gobierno de la ínsula, y contra las cuales tanto claman el P. Mariana en su *Tratado de los juegos públicos*, Cristóbal Suárez de Figueroa en la *Plaza universal de todas ciencias y artes* (1615), y otros escritores de la época, no hay para qué hablar aquí, ya que no parecen por el Quijote.

Aquí termino, porque ni los límites de esta conferencia consienten mayor extensión, ni sería oportuno en una velada disertar más ampliamente sobre la historia de nuestra música en el siglo XVI.

Y ya que el Ateneo ha querido que un modesto aficionado, sin títulos ni oficiales ni no oficiales, os hable de estas cosas, sed vosotros benévolos también y no os quejéis mucho si he ocupado vuestra atención y defraudado vuestras esperanzas.

HE DICHO.

Libro de Vihuela *El Parnaso* de Esteban Daza.
(1576)

VILLANESCA.

Francisco Guerrero.

Tono original.

Tenor.

Pra - do ver.dey flo - ri - do Pra - do
El fres.co y man.so vien - to El fres.co

Vihuela.

$\text{♩} = 76.$
P

ver.dey flo - ri - do fuen - te cla - ra a
y man.so vien - to que os a - le - gra es.

le - gres ar - bo - le - das y som - bri - as
- tá de mis sus - pi - ros, in - fla - ma - do

poco cres. *dim.*

- ra qui - zá la a. blan. da - rá vues. tra fres - cu -

dim.

- - - - ra qui - zá la a - blan - da -

pp

- rá - vues - tra fres - cu - - - - ra

ROMANCE.

Esteban Daza.

Tono original.

Voz.

En - - fer - mo es - ta - ba An - ti - o -
Mu - ger e - ra de su pa -

♩ = 84.

Vihuela.

co Prin - ci - pe de la Su - ri -
dre Rey De - me - trio se de cí

a De Es - tra to - ni -
a el re - y e - ra vie -

ce la rei - na fe -
jo an - cia - no y

ri - do de a - mor ya - cí -
e - lla lin - da á ma - ra vi -

- a ya - - ci - - a.
 - lla - á ma.ra - ví - - lla.

Pedro Ordoñez. **SONETO.** Tono original.

Tenor.

Ay! mu - - do soy ha -

Vihuela.

p *ritenuto.*

$\text{♩} = 69.$

- blar no pue - - do mue.ro por ha - blar lo que he -

a tiempo.

- sen - ti - do Se - ño.ra si me fue - -

.. se — con — ce — di — — do — con — ce —

- di — — — do es — — tan — — do.

pa — da — cien — — do ca — — da — — cre — do

di — ces me que no te ha — ble

mas he mie - do en tan gran - de —

pp

si - len - - - cio ser per - di - - - do. Li -

cen - cia, — mi se - ño - ra — yo te pi - do Yen

mf

- ton - ces de mi bo - - ca — al - za - ré — el

de - - - do di - cho - sa fué mi suer - te y

des - di - cha - - da a - go - ra a - go - ra que ni ha -
(sic)

- blar - - te ni ser - vir - te a - go - ra - - -

que ni ha - blar - te ni ser vir - - - te no

pue do pues que tú me lo has man - da - do no

pue do pues que tú me lo has man - da - do

rei - - na que ti - ra - - na, ti - ra - na

no o - so de - cir - te aunque mis - di - as

cres - - cendo.

— has ti - ra - - - - ni - za - - do —

dim.

— man.da o - ir — pues que mue.ro

pp

por que rer - - te, man.da o - ir pues — que mue.ro

mf

por que rer - - te —

dim. *rall.*

Gonzalez.

Letanías de Nuestro Señor Don Quijote.

Por Ruben Dario.



LETANIAS DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

Rey de los hidalgos, Señor de los tristes,
que por fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

¡Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad
contra las certezas, contra las conciencias,
y contra las leyes, y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad!...

¡Caballero errante de los caballeros,
varón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos, ó entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes,
y las tonterías de la multitud.

Tú, para quien pocas fueron las victorias
antiguas, y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo á Orfeo, tienes á Orfeón.

Escucha, divino Rolando del sueño,
á un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia tí.
Escucha los versos de estas letanías
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso ví.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma á tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol...
por advenedizas almas de manga ancha
que ridiculizan el sér de la Mancha,
el sér generoso y el sér español!

Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel... *Pro nobis ora*, gran Señor.
(Tiembla la floresta de laurel del mundo,
y, antes que tu hermano, vago Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso,
ruega casto, puro, celeste, animoso,
por nos intercede, suplica por nos;
pues casi ya estamos sin savia y sin brote,
sin alma, sin vida, sin paz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
afonos, recetas que firma un doctor;
de las epidemias, de horribles blasfemias,
de las Academias, libranos, Señor.

De rudos malsines, falsos paladines,
y espíritus finos, y blandos y ruines,
del hampa, que sacia
su canallogracia
con burlar la gloria, la vida, el honor...

del puñal con gracia
libranos, Señor.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias,
y contra las leyes, y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad,

Ora por nosotros, Señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes
coronado de áureo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

NOTA. Esta poesía y la de Francisco A. de Icaza, fueron magistralmente
leídas por Ricardo Calvo.

DISCURSO RESUMEN

Por Francisco Navarro y Ledesma.



DISCURSO RESUMEN

SEÑORAS Y SEÑORES:

¿Qué decir ahora, qué podré deciros yo ¡pobre de mí! cuando váis á escuchar la voz de un muerto como Cervantes, cuando acabáis de oír la palabra de un vivo tan ilustre como el Sr. Cañalejas; cuando la América española nos ha enviado el parabién por boca de su aeda más suntuoso y de su vate más delicado; cuando para glorificar á Cervantes han resurgido las voces de los grandes y casi desconocidos músicos españoles de su época, de aquellos que, según el fraile platónico, hacían que el aire se serenase y se vistiera de hermosura y luz no usada y en los espíritus inquietos y en los despiertos oídos hacían sonar la no escuchada música pitagórica de las esferas, el armónico palpar del cosmos, en que los astros cantan como ruiseñores, siguiendo el compás de sus eclípticas, donde cada vibración es tal vez un siglo? ¿Qué deciros, qué hacer?

Durante nueve noches hemos rendido culto en esta Casa á Nuestro Señor Don Quijote. Concluída la fervorosa novena ¿nos será lícito añadir á este dictado de Señor nuestro el de Padre nuestro? ¿No estamos nosotros, los españoles del siglo xx, por gran desdicha nuestra, absolutamente faltos de inmediata ascendencia espiritual clara y conocida? No nos falta ¡naturalmente! la paternidad material, que el fatalismo de la especie procura: pero ¿dónde están nuestros padres espirituales? ¿Quiénes son los que han formado y dirigido nuestras almas, los que han educado nuestro sentimiento, los que han industriado nuestra inteligencia, los

que han acerado nuestra voluntad? Permitidme que sea inmodesto, consentidme que sea franco, y con inmodestia y con franqueza diga que todos los españoles menores de cuarenta años somos y debemos considerarnos, en cuanto no hace á la materia, como unos pobres, como unos desdichados incluseros. Por eso nos esforzamos en buscar un Padre común, que nos dé un apellido glorioso, una imagen querida y venerable á quien volver los ojos en nuestros apuros y tribulaciones, un nombre alto, sonoro y significativo á cuyo son podamos en el día de la paz congregarnos para nuestros íntimos ágapes y en el día de la lucha marchar en pos de él, como tras los claros clarines, como tras los broncos tambores, como tras las tremolantes banderas. Y ese nombre es el que aquí ha sonado en estos días de nuestro culto y esa imagen es la que poetas y músicos, sacerdotes y guerreros, médicos y abogados, eruditos é imaginadores, catedráticos y pequeños filósofos, obreros y periódistas, nos han presentado en esta cátedra, por donde pasaron y pasan en teoría solemne, ya matemáticamente escuetos, geoméricamente desnudos, ya vestidos con doctoral rozagancia los axiomas orondos y pontificales, los secos é indiscutibles postulados, los vivaces teoremas, los entremetidos escolios de la ciencia universal: en esta cátedra, donde las tesis se han espaciado y expandido satisfechas, donde las antítesis han gruñido, han chillado, han sostenido justas y torneos incruentos al parecer, en donde las síntesis han rodado, bellas y redondas, más para encanto de la vista y deleite del oído que para satisfacción del hambre intelectual: y donde las valientes, las brillantes, las quijotescas hipótesis han cabalgado en Pegasos y en hipógrifos nunca vistos, llamando en su seguimiento á los audaces, á los renovadores, á los idealistas, á los tenidos por locos, que las seguían saltando aquí y allá hasta formar escuadrón poderoso y turbulenta cabalgada en pos de su penacho blanco, como el del paladín de la leyenda.

Por esta cátedra, pues, hemos sentido, ó creo yo que hemos sentido, en los días pasados y en el presente, correr un cálido y vivificante soplo de amor á Don Quijote, á Nuestro Padre y Señor Don Quijote: amor de hijos abando-

nados que encuentran á su progenitor cuando ya ellos son adultos, probados por la vida, incapaces de irreflexivos y súbitos entusiasmos: amor represado y antiguo, meditado y consciente, como el que tenemos á nuestros libros y á nuestras ideas, á las cicatrices de nuestras luchas, á los fecundos desengaños, maestros del vivir. No es ya, y me siento orgulloso al decirlo, no es ya el nuestro aquel amor loco ó bobo, inconsciente y facilitón con que nuestros padres, los mismos que declaraban, repitiendo un dicho quintanesco, que Cervantes no fué poeta, le proclamaban marino, cosmógrafo, administrador militar, jurisperito, economista y otras cosas ordinarias. El nuestro (ya lo habéis visto en las noches pasadas) es un amor sereno, prolífico, semental de ideas provechosas y de inútiles y sublimes ideales. Grata satisfacción debe inundar nuestros ánimos: hemos encontrado nuestro apellido, nuestra imagen familiar, la natural progenitura de nuestro espíritu; somos los descendientes de Don Quijote, de ello nos envanecemos, con ello nos honramos, llenos de altivez exhibimos el viejo pergamino de nuestro abolengo quijotesco. ¿Sabéis dónde le hemos encontrado? Donde se encuentran tales prendas: en nuestro almarío, en el escondido almarío de la patria, que no está cerrado como el arcón del Cid ó la huesa de los amantes de Teruel, sino abierto de par en par al aire del mundo, al sol de los cielos, al calor de la humanidad.

Este sentimiento ha resplandecido en las palabras que aquí se han pronunciado: en las de Salillas, el antropólogo, que nos ha dicho cómo y por qué nació Don Quijote en una cárcel: en las de Cejador, el lingüista, que nos ha mostrado el idioma de Don Quijote como la más completa fórmula viva del pensamiento hispano: en las de Roda, el músico, que nos enseñó cómo á este idioma hablado respondieron en la época de Don Quijote, el ritmo de la música y el de la danza: en las de Palomero, el amable y tolerante poeta, Kempis de Don Quijote, como el otro lo fué de Cristo, pero con mayor blandura y humanidad: en las de Ovejero, el catedrático artista que emparejó la muerte de Don Quijote con la del héroe ibseniano, probando que la idea asalta los tiempos y destruye los pórticos y muros de las escuelas: en las

de Vicenti, el político sagaz, el hombre de mundo, el artista del vivir, que nos enseñó á ver en Don Quijote el caballero del honor, perdido y derrotado en una sociedad deshonrada: en las de Royo Villanova, el médico cruel que nos presentó la historia clínica del pobre Don Quijote y de sus pobres descendientes: en las de Mesa, el doncel enamorado del amor, que plañió los pinceles de Velázquez, muerto sin retratar á Don Quijote: en las del padre escolapio Jiménez Campaña, que, cumpliendo su altísima misión en la novena, nos dijo el sermón de Don Quijote y de Sancho Panza: en las del comandante Ibáñez Marín, que nos explicó tantas cosas, dejándonos entrever lo que fueron los ejércitos de nobles y bravos Quijotes mandados por barrigudos Sanchos Panzas: en las del obrero socialista Morato, que acompañó á Don Quijote en su amor y simpatía por los oprimidos: en las del crítico Bonilla, que nos enseñó los enlaces y entronques del pensamiento quijotesco con la totalidad del pensar español: en las del castizo y elegante cronista Nogales, que comparó el fruto sazonado de Don Quijote con el serondo fruto del Buscón Don Pablos: en las del pequeño filósofo Azorín, que nos presentó la visión perturbadora de Don Quijote, trastornando las normas apacibles en la burguesa casa del caballero del Verde Gabán: en las del soñador Urbano, que combatió el pretense esoterismo de Don Quijote: en las del estudioso mozo Pérez de Ayala, en quien parece revivir (y todos lo deseamos) el espíritu egregio de su maestro Clarín y que nos dió cuenta de cómo Don Quijote ha labrado en las almas extranjerías: en las de nuestro querido secretario Val, quien, como poeta nuevo, estaba obligado á declararnos la vieja poesía del Quijote: y en fin, en las hermosas palabras del Sr. Canalejas y en los nobles versos de Icaza y de Ruben Darío, que esta noche habéis oído y que no necesito encarecer.

Todos ellos coinciden, todos muestran patentemente la existencia de ese noble amor filial quijotesco, cuya resurrección debemos estimar como un renacimiento de las energías mentales y cordiales que muchos juzgaron agotadas. Don Quijote ha iluminado todas estas preclaras inteligencias, jóvenes las más, ninguna avejentada: Don Quijote

ha levantado y hecho exultar todos estos corazones. Bien será terminar esta novena, diciendo: *Sursum corda. Gratias agamus Domino Quijoti nostro.*

Y dirigiéndonos luego á la tumba del Ingenioso hidalgo manchego, turbaremos su augusto reposo y con voz firme y segura, le diremos:—Despierta, caballero de los Leones. En los nidos de antaño ya hay pájaros hogaño.

Esto es lo que sacamos en limpio y en claro de cuanto aquí se ha dicho. Existe entre nosotros, quizás como no existió nunca, un sentimiento quijotesco, que ha sobrepujado á los siglos, que ha vencido á la derrota y á sus bochornos y que tal vez no hubiese vencido á la victoria y á sus excesos, porque el vencer á la victoria no es costumbre de españoles, según notaba aquel obispo rebelde, aquel católico vacilante, aquel pensador medio Quijote, medio Sancho Panza, que se llamó Melchor Cano.

¿Qué hemos de hacer con este sentimiento? Cultivarle, favorecerle, fecundizarle, y para ello lo que más importará será no convertirle en un concepto, no esterilizarle para la acción bienhechora, para la acción paridora, para la acción madre y nodriza; porque los sentimientos que se truecan en conceptos, son la peor y más vitanda cosa del mundo. Dígalo, en los tiempos mismos de Don Quijote, la fe cristiana que tornaba el amor en odio; la caridad, en Inquisición; el altar del incruento sacrificio, en quemadero infame de criaturas de Dios; la poesía agreste y natural de la Biblia, en el teatral embolismo teológico de los autos sacramentales; la túnica de Cristo, morada como las violetas, como los lirios, como las cuencas de los ojos amantes y febriles, en la negra túnica de Loyola, cortada de paño de ataúdes. Dígalo también el sentimiento del amor humano, que ya en tiempo de Don Quijote iba convirtiéndose en un concepto frío y metafísico; los requiebros y sales amorosas que Calixto tomó de labios de Celestina, y ésta destiló en la alquitara del Archipreste de Hita, patriarca del humorismo español, iban trocándose en los quintaesenciados conceptillos de Góngora y de Villamediana y anidaban como víboras en los corazones secos de los maridos vengadores de Calderón y en sus manos ponían el puñal del asesino, la tea del

incendiario, el bisturí del médico de su honra, toda la farsa hueca, rimbombante, inhumana y cruelísima del llamado honor calderoniano. De este convertirse el sentimiento en concepto nació ¿qué otra criatura había de nacer?, nuestro siglo XVIII, estéril, seco, engurruñado, avellanado, célibe, híbrido, afrancesado, andrógino, abate. Parecía que Don Quijote estaba muerto y enterrado para siempre.

Pero, no; afirmémoslo, como de lo dicho aquí y de lo aquí sentido resulta. Nuestro sentimiento amoroso hace revivir á Don Quijote. Esos pájaros de los nidos de antaño, cantan, oficiosos y alegres, el alborear. Dejemos al Hidalgo que levante la losa de su sepulcro; pero, ¡mucho cuidado!, no vayamos á dejarle que ascienda á los cielos, como el otro Redentor. Hagamos que Dulcinea del Toboso esté esperándole llena de ansiedad, como esperó Magdalena á Cristo, en el jardín del sepulcro. Entonces veremos salir del sarcófago á Nuestro Señor Don Quijote y decir á la angustiada Dulcinea:—Mujer, ¿por qué lloras?—Y ella, pensando que es el hortelano, porque no le conocerá porque Don Quijote habrá cambiado mucho, tal vez diga, como San Juan nos cuenta:—Señor, si tú te le has llevado, dime donde le has puesto, y yo le llevaré... Y Jesús, digo Don Quijote, mirándola amoroso y benigno, poniéndole la mano en el hombro, dirá con dulce y desmayada voz:—Dulcinea...—como el Otro dijo:—María... y Don Quijote dudará, al verla, si subir al cielo ó quedarse en la tierra para hacer fecundos sus amores, porque conocerá que Dulcinea de España ya no es una virgen fatua ó prudente, una moza simplecilla, sino una bella matrona, sabia en amores, como la de Magdala, capaz de amar á su amante y de amar al amor. Y Don Quijote, ya entonces vencido de la hermosura, no dirá como el Otro:—*Noli me tangere*, sino que abrirá sus brazos, ofreciéndose el goce de la paternidad, de la perpetuidad de su raza. Y tendrá hijos Don Quijote.

Para conseguir esto, que el vivificador espíritu de Don Quijote se quede entre nosotros, redimiéndonos de nuestras culpas (porque el trabajo de la Redención ni termina en la Cruz ni tampoco en el lecho de Alonso Quijano), ¿qué tenemos que hacer? El falso Don Quijote francés, con su saga-

ciudad no quijotesca, sino sanchuna, nos lo dijo: Cultivemos nuestro jardín, hagámosle grato, atractivo y fructuoso, que las flores cubran el sepulcro, que las frondas de los frutales en torno á la losa nacidos, nos hagan desechar para siempre la idea de la muerte, que hasta ahora nos acoquinó y nos desquijotizó. Saquemos de la muerte la vida, al contrario que hasta ahora hicimos; emprendamos la acción creadora, empeñémonos en el trabajo con idea. Y para amar la vida, amemos al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha y sigamos al Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.

Pero me dirá alguien,—¿es que para calmar nuestras ansias de renacer, para satisfacer nuestros anhelos de revivir, basta la imitación de Don Quijote? ¿Es que un amor ideal, estético, literario, es suficiente como fórmula de vida? ¿No hay en esto algo de retórico aliño, algo de rebuscada imprecisión, algo de ineficaz vaguedad? Si á la imitación de Don Quijote nos entregamos, ¿no seguirá callado, socarrón insidioso, manejando oculto los hilos de nuestras aventuras el listo, el sagaz, el antipático bachiller Sansón Carrasco, el teólogo á medias, padre y maestro de todos los *cucos* que en España han sido y han gobernado, y han mangoneado, y se han aprovechado hasta hundir á la nación en la vergüenza y en el descrédito?

Y á tan terrible reparo, yo sólo contestaré que dejéis ensancharse y crecer el amor á Don Quijote y á Sancho Panza, juntos, amigos y hermanos, como razón pura y razón práctica conjuntas, como buen señor y fiel escudero: y se podrá entonces decir de nuestra patria que es la tierra de Don Quijote ó la tierra de Sancho, pero nunca, jamás se dirá que es la tierra de Sansón Carrasco, de la medianía endiosada y triunfante.

Esto, para mañana—argüiréis todavía,—pero ¿y hoy? Hoy, amigos, hermanos míos en Don Quijote, dejemos á Sansón Carrasco que gobierne, que mande, que maneje el cotarro. Su propia insignificancia, su misma vulgaridad, su conocida y patente medianía acabará con él. Hemos de verle morir de consunción, de anemia, de atrofia, de abulia, de ataxia, de afasia, de asistolia, de insuficiencia. Ya arrastra

los pies, ya le tiemblan las manos, ya se le enturbia la mirada, ya balbuce, ya rehila, ya tirita, encorvado, embozado en su capa corta, dejando caer sobre la roja nariz el pico del tricornio. Es el viejo fantasmón que todos conocéis, que muchos han temido. Dejadle que se muera y sean su gorigori nuestras risas: y sea también su muerte la última muerte de que se hable aquí, en esta tierra donde por siglos y siglos tan sólo de la muerte se ha hablado.

¿Será pequeño nuestro triunfo, será dudosa nuestra redención si matamos á la muerte? La preparación espiritual que hemos realizado en estos días de solemne culto á Don Quijote no ha sido como esas clásicas juntas de españoles Carrascos de las que se quiere *que salga algo práctico*, según la frasecilla corriente. De aquí no ha salido nada práctico, nada tangible, nada cobrable, nada gacetable. ¿Verdad, amigos, que es un gusto inesperado y exquisito, un gusto platónico y esencialmente quijotesco? Hemos oído la sutil vibración de los sentimientos, hemos aspirado el grato perfume de las ideas, hemos paladeado el agrisulce sabor de las voluntades en tensión... y hemos tenido el valor estóico, el quijotesco valor de no aprovechar nada de esto para nuestras particulares granjerías. Con esas vibraciones, con esos perfumes, con esos sabores, nuestros Sansones Carrascos habrían abierto una tienda, es decir, habrían construido un sistema político ó una doctrina filosófica, sociológica ó económica cotizabile. Nosotros nos hemos contentado con amar á Dulcinea, y con su amor tenemos, debemos tener bastante para ser felices, como Adán, el buen Adán, era feliz en el Paraíso, cultivando su jardín (según aconsejaba Cándido) y amando á Eva. Pero ya que somos Quijotes y amamos á Dulcinea, ya que somos Adanes y amamos á Eva, no olvidemos que la serpiente está enroscada en el árbol. Para que sea perdurable nuestra felicidad, matemos á la serpiente. Hazaña será esta digna de auténticos caballeros andantes, de verdaderos hijos de Don Quijote. Matemos á la serpiente, como lo hizo el caballero Perseo en la leyenda griega, el caballero San Jorge en la bretona, el caballero Sigfrido en la germánica. Matemos al dragón, matemos á la muerte y á sus miedos y espantos, en

los cuales se apoyan todas las negras opresiones que en los tiempos de Cervantes y en los nuestros nos agobiaron y nos agobian, y si realizamos y llevamos á feliz remate esta hazaña y proclamamos en altas y vencedoras voces nuestro amor á la vida, sabremos hacerla fecunda, grande y noble, y Nuestro Padre y Señor Don Quijote nos dará su bendición, y su creador el divino, el Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra, nos otorgará el mayor de los dones del Espíritu humano, el que ya creímos perdido para siempre ó inexorable y perpetuamente desterrado de nuestros corazones: el dón mirífico y fecundo de la sacrosanta, de la redentora Alegría.

HE DICHO.

Clarines del siglo XVII.

del libro de guitarra de
Gregorio Sanz.
(1674)

I.

arreglados por
Cecilio de Roda.

En Do
Trompeta

En Do
Trompeta

Timbales.

The first system of music consists of three staves. The top staff is for the first 'En Do Trompeta' part, the middle for the second, and the bottom for 'Timbales'. All are in 3/4 time. The top two staves have treble clefs, and the bottom has a bass clef. The music begins with a treble clef and a key signature of one sharp (F#).

The second system of music consists of three staves. The top staff is for the first 'En Do Trompeta' part, the middle for the second, and the bottom for 'Timbales'. All are in 3/4 time. The top two staves have treble clefs, and the bottom has a bass clef. The music continues from the first system.

The third system of music consists of three staves. The top staff is for the first 'En Do Trompeta' part, the middle for the second, and the bottom for 'Timbales'. All are in 3/4 time. The top two staves have treble clefs, and the bottom has a bass clef. The music continues from the second system.

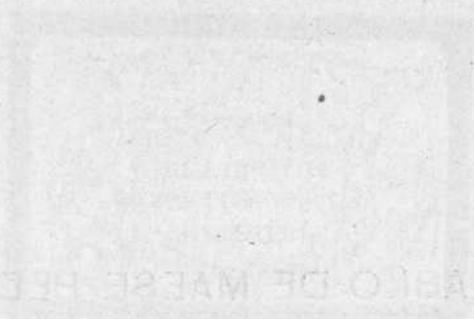
The fourth system of music consists of three staves. The top staff is for the first 'En Do Trompeta' part, the middle for the second, and the bottom for 'Timbales'. All are in 3/4 time. The top two staves have treble clefs, and the bottom has a bass clef. The music concludes with a double bar line and repeat dots.

RETABLO DE MAESE PEDRO

Música arreglada por Cecilio de Roda.

Dibujos de Joaquín Xaudaró.

RELATÓRIO DE MESTRE PEDRO



RELATÓRIO DE MESTRE PEDRO

Relatório de Mestre Pedro



RETABLO DE MAESE PEDRO

Parte II. Cap. XXVI de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.



MUCHACHO.—Esta verdadera historia que aquí á vueas mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor Don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza:



y vean vueas mercedes allí cómo está jugando á las tablas Don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está á las tablas Don Gaiferos,
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir:



y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.



Miren vuestas mercedes también cómo el Emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á Don Gaiferos, el cual ya

ven cómo arroja impaciente de la cólera lejos de sí el table-
ro y las tablas, y pide apriesa las armas,



y á Don Roldán su primo pide prestada su espada Durin-
dana, y cómo Don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino.



Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcón parece vestida á lo moro es la sin par Melisendra que desde allí muchas veces se ponía á

mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás.



¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio.



Miren también cómo aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den doscientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas

de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detrás;



y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros.

DON QUIJOTE.—Niño, niño, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y reprobadas.

MAESE PEDRO.—Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

MUCHACHO.—Yo lo haré así.



Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de Don Gaiferos, á quien su

esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

Caballero, si á Francia ides,
Por Gaiferos preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio:



basta ver cómo Don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo.



Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del fal-

dellin de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo.

Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo,



y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías.

Veis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía.

Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes; lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida.

MAESE PEDRO.—Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.

MUCHACHO.—No faltaron algunos ociosos ojos, que lo

suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma;



y miren con qué prisa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan.

DON QUIJOTE.—Eso no, en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.

MAESE PEDRO.—No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle.

¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiración y todo?

Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

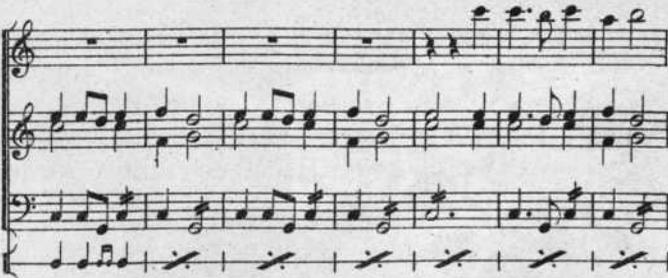
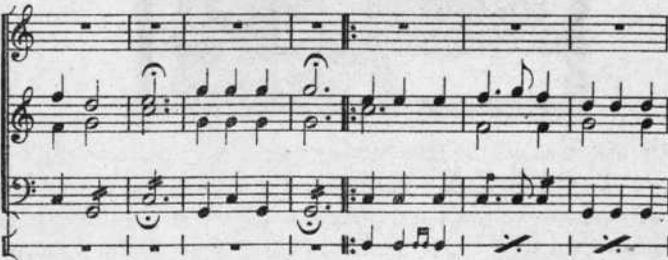
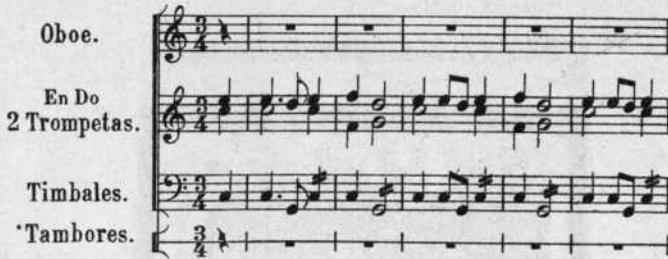
DON QUIJOTE.—Así es la verdad.

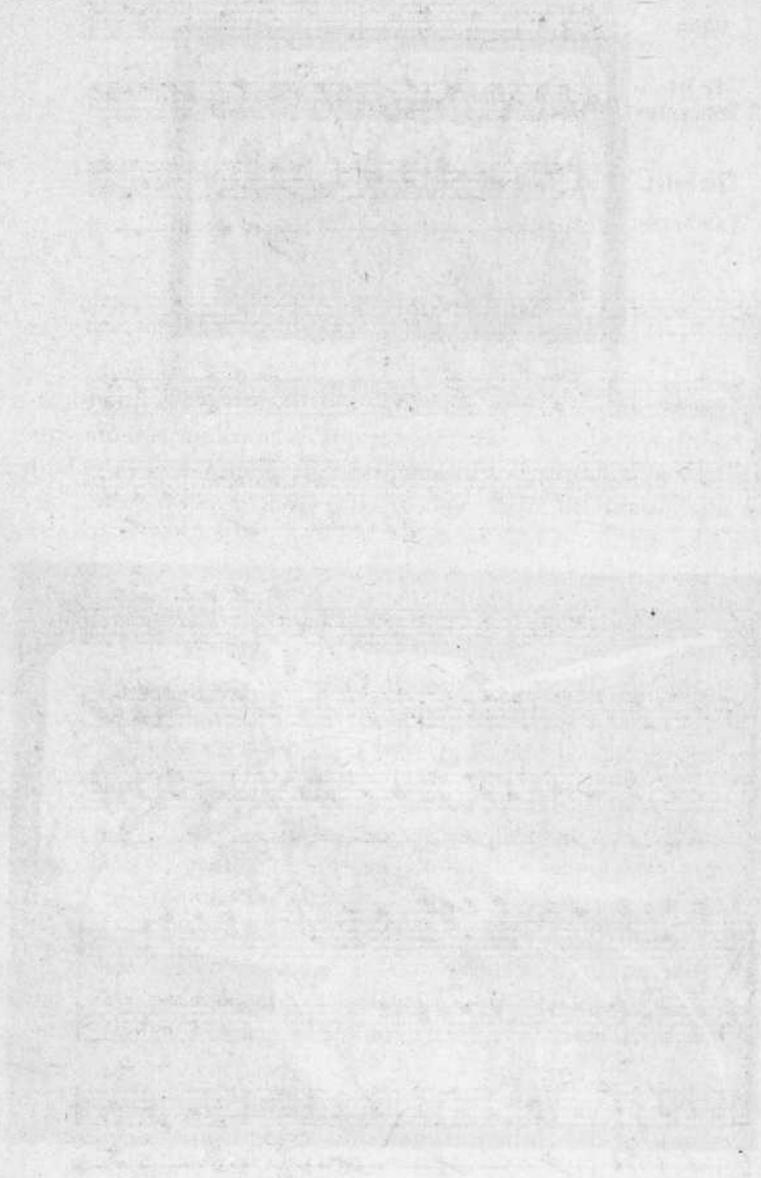
II.

Oboe.

En Do
2 Trompetas.

Timbales.
Tambores.

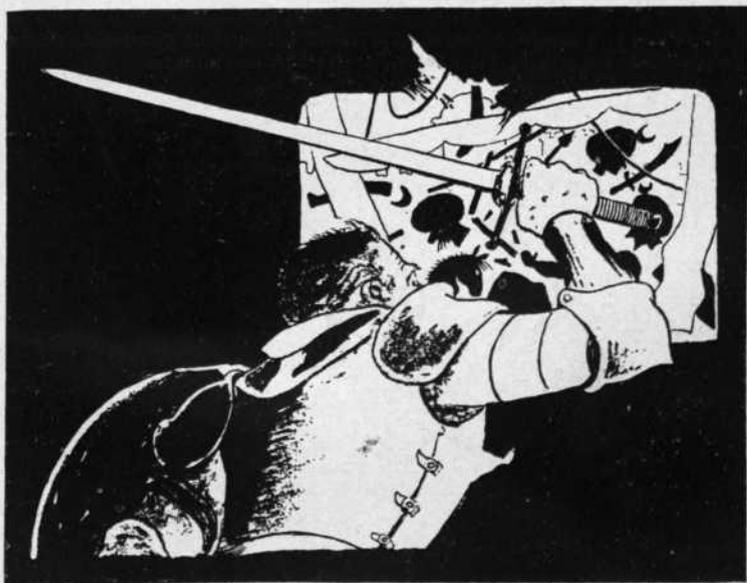




MUCHACHO.—Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes;



cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.



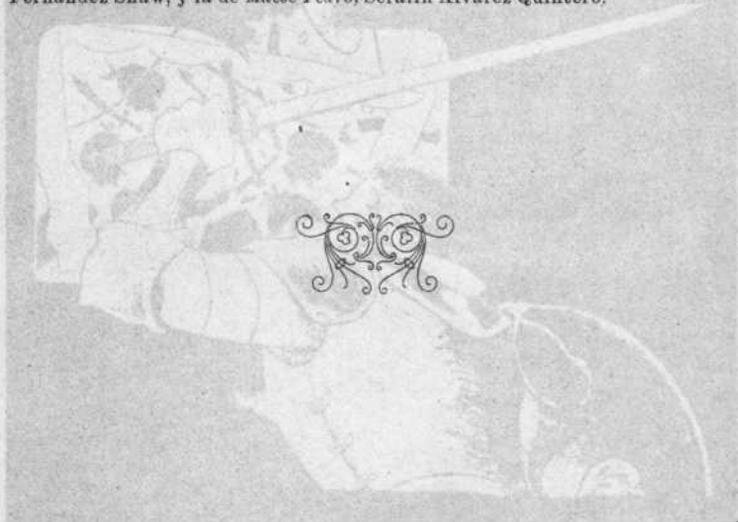
DON QUIJOTE.—No consentiré yo que en mis días y en

mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como Don Gaiferos. Detenéos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis, si no, conmigo sois en la batalla.

MAESE PEDRO.—Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote; y advierta que estos que derriba, destroza y mata, no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire, ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda.

DON QUIJOTE.—Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen Don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra.

Leyó la parte del *Muchacho*, el niño Rafael Calvo; la de *Don Quijote*, Carlos Fernández Shaw, y la de *Maese Pedro*, Serafín Alvarez Quintero.



ÍNDICE



ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	V

Conferencias.

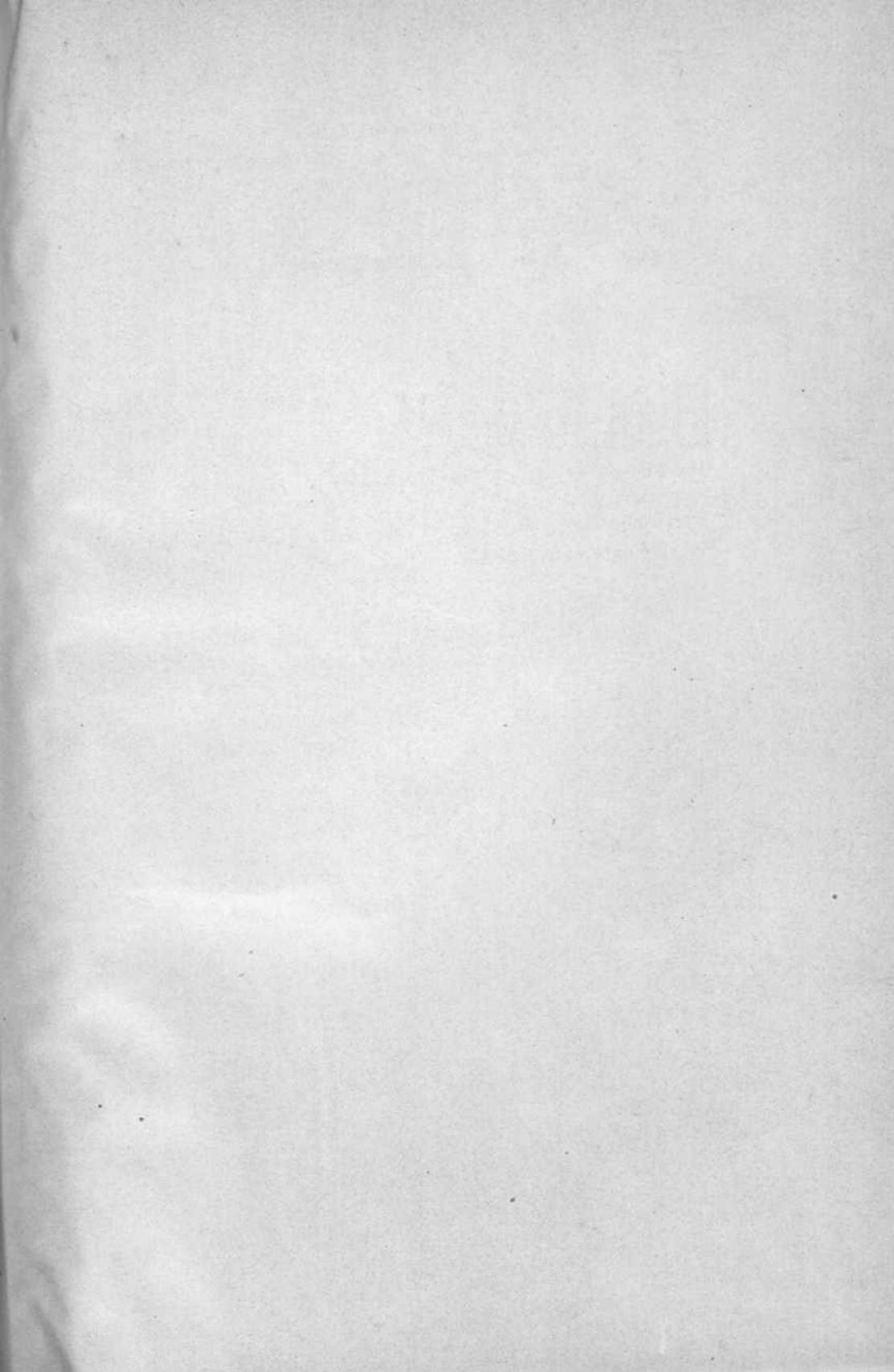
CÓMO SE HIZO EL «QUIJOTE», por Francisco Navarro y Ledesma:	
Primera conferencia, 29 de Abril.....	3
Segunda conferencia, 30 de Abril.....	38
LA CRIMINALIDAD Y LA PENALIDAD EN EL «QUIJOTE», por Rafael Salillas.....	87
EL «QUIJOTE» Y LA LENGUA CASTELLANA, por Julio Cejador.....	121
LOS INSTRUMENTOS MÚSICOS Y LAS DANZAS EN EL «QUIJOTE», por Cecilio de Roda.....	147
LA IMITACIÓN DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE, por Antonio Palomero.....	179
DE LA MUERTE DE DON QUIJOTE, por Andrés Ovejero.....	189
EL RETRATO DE DON QUIJOTE, por Enrique de Mesa.....	213
DON QUIJOTE Y LA LOCURA, por Ricardo Royo Villanova... ..	223
DON QUIJOTE Y EL HONOR, por Alfredo Vicenti.....	253
DON QUIJOTE Y LAS ARMAS, por Ibáñez Marín.....	267
DON QUIJOTE EN CASA DEL CABALLERO DEL VERDE GABÁN, por José Martínez Ruiz (Azorín).....	293
DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN, por Francisco Jiménez Campaña.....	301
DON QUIJOTE Y EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, por Adolfo Bonilla y San Martín.....	317

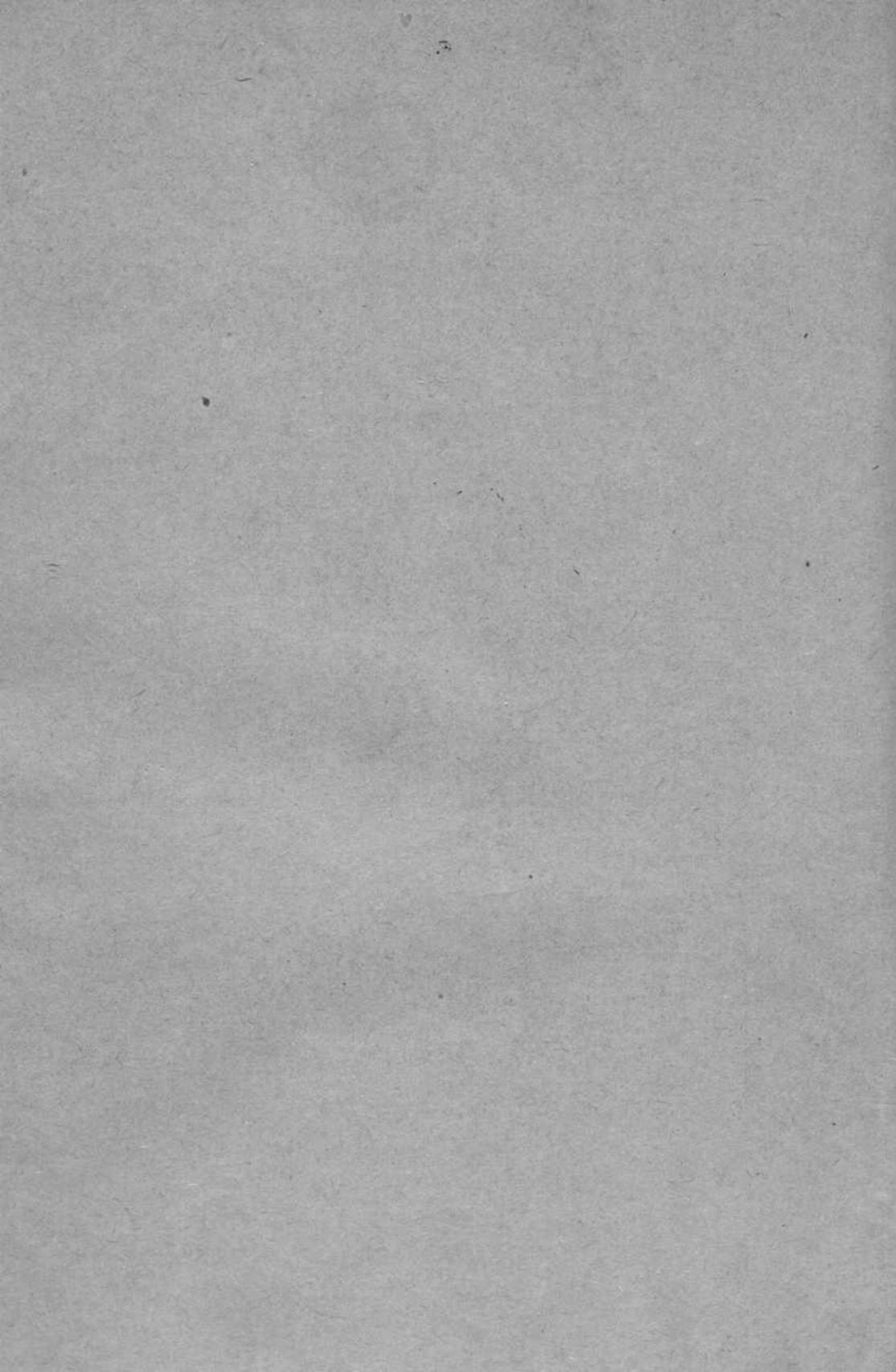
	Págs.
DON QUIJOTE Y EL BUSCÓN, por José Nogales.....	339
DON QUIJOTE Y LOS OPRIMIDOS, por Juan José Morato.....	351
DON QUIJOTE EN EL EXTRANJERO, por Ramón Pérez de Ayala.....	361
¿ES UN LIBRO ESOTÉRICO EL «QUIJOTE»? , por Rafael Urbano.	381
LA POESÍA DEL «QUIJOTE», por Mariano Miguel de Val.....	395

Velada.

DON QUIJOTE Y EL DERECHO, por José Canalejas.....	441
DON QUIJOTE (poesía), por Francisco A. de Icaza.....	451
LAS CANCIONES DEL «QUIJOTE», por Cecilio de Roda.....	455
LETANÍAS DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE (poesía), por Ru- ben Darío.....	467
DISCURSO-RESUMEN, por Francisco Navarro y Ledesma....	473
Retablo de Maese Pedro.....	485







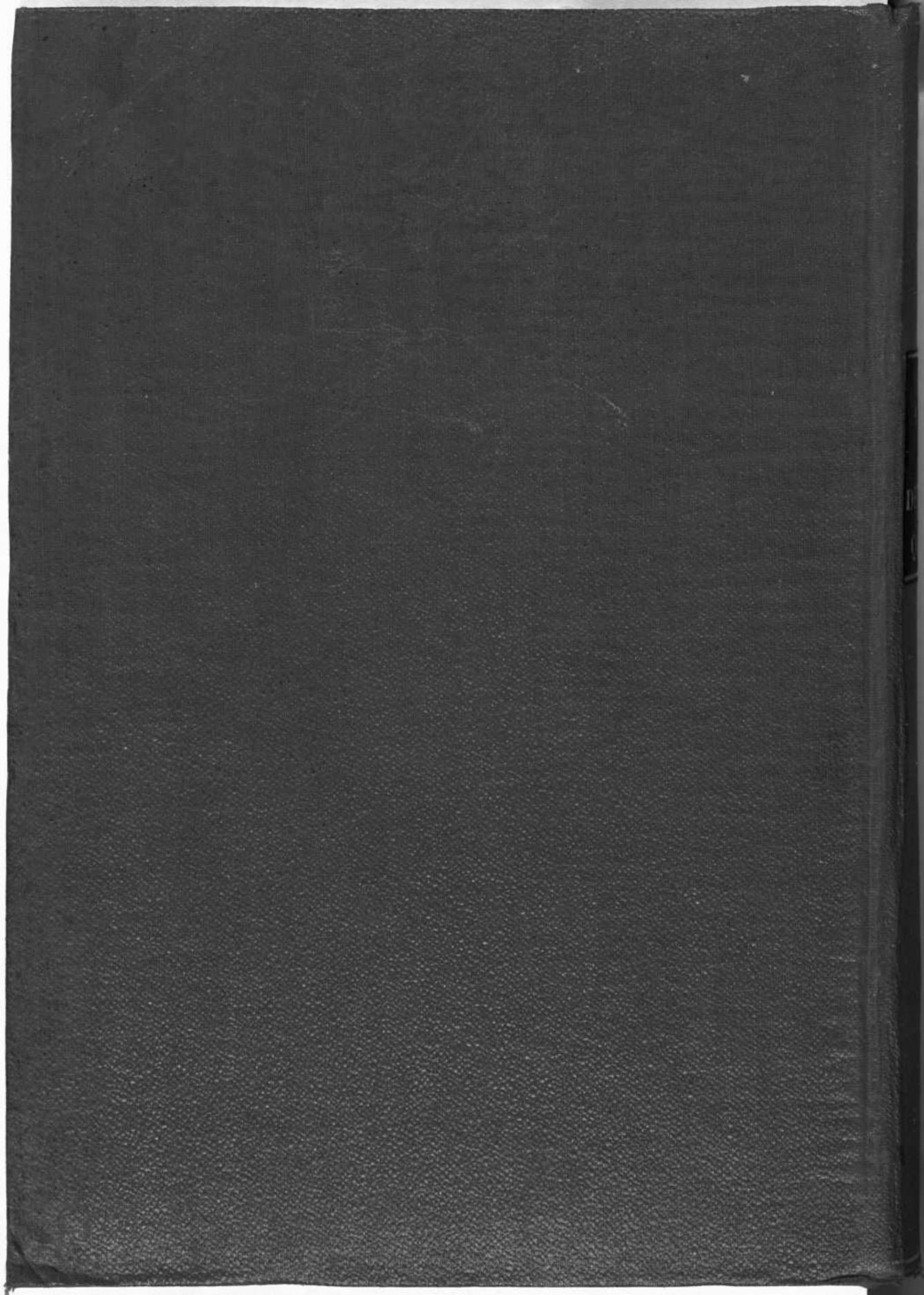
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.	1468	Precio de la obra.....
Estante..	8 57	Precio de adquisición.
Tabla.....		Valoración actual.....

Número de tomos....



1468.

ATENEEO
DE MADRID
QUIJOTE